

D a n a C u r t

A romantic scene featuring a man and a woman on a motorcycle. The man is driving, and the woman is sitting behind him, her arms wrapped around his neck. They are positioned on a sandy beach with the ocean and a hazy sunset in the background. The overall mood is intimate and romantic.

*Pasión sobre
dos ruedas*

Romance con un chico rudo

Pasión sobre dos ruedas

Romance con un chico rudo

Dana Curt

Derechos de autor © 2020 Dana Curt

Título: Pasión sobre dos ruedas
Copyright © 2020 Dana Curt
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia shutterstock_1120951910

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta qué, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Epílogo</u>

Capítulo 1

Dio

Sentí que el whisky me quemaba mientras bajaba por mi garganta. Todavía podía recordar cuando papá me dio mi primer trago. Tenía once años. *El agua de vida*, dijo.

—¿Sigues pensando en la rubia con la que te acostaste ayer? — Cobra interrumpió mis pensamientos, golpeándome la espalda tan fuerte; que casi derramó el whisky del vaso. Cabrón.

—¿Cuál? — Pregunté, girando en mi taburete del bar hacia ellos. Los otros se rieron, Cobra sonrió.

—Anoche sólo había dos rubias—, dijo, y en mis labios apareció una sonrisa. Cobra era un bromista, pero no era bueno para aceptar una chiste. Aunque, no estaba bromeando. Quise decirselo antes, pero luego lo olvidé.

—Exactamente—, dije, y él se abalanzó sobre mí, arrancándome el vaso de las manos.

Anoche había dos rubias. Claire o algo así, la de las tetas grandes, y ni siquiera recuerdo el nombre de la otra. Tenía labios rojos y gruesos y recuerdo que me calzaban como un guante de látex alrededor de mi pene. Ella era la única chica en la que Cobra había estado interesado desde la semana pasada.

Slash y Reyes me lo quitaron de encima, mientras él apretaba los dientes y me abría las fosas nasales. No iba a pelear con él. Me estaba divirtiendo, él era de la familia. No había razón para que yo recibiera un puñetazo.

Respiraba con dificultad cuando me lo quitaron de encima e hizo un rápido tirón con las manos para bajarse la camisa que se le había subido hasta el pecho.

—Más vale que sea tu idea de una broma, Dio—, dijo, y yo miré tímidamente a los demás. Estaban sonriendo, pero yo sabía que secretamente esperaban que fuera una broma.

¿Le digo que gritó mi nombre mientras me estrellaba contra ella por detrás? ¿Qué me dejó tres mensajes de voz esta mañana? Fue tan fácil irritar a Cobra. En el último año desde que tomó el lugar de Calavera en el Club, se convirtió en el tipo que usamos de saco de boxeo. No era como si fuera un hermano para mí. Me hubiera encantado ver su cara si le dijera que la chica que le gustaba era de las que se corría a chorros.

—Sólo bromeo, hermano—, dije en su lugar y me vacié el whisky en la garganta.

Cobra se tomó un momento para analizarlo. Pasó de fruncir el ceño y resoplar a sonreír y reír en cuestión de segundos.

Llamé la atención del “Rey” mientras Cobra se sentaba en un taburete a mi lado y ordenaba

otra ronda para todos nosotros. Reyes sabía lo que había pasado. Me vio ir a la parte de atrás del Club con las dos mujeres. Me advirtió con una señal de que era mala idea. Le alcé mi vaso vacío y le sonreí. ¿Qué era la vida si no estaba hecha para follar con cualquiera disponible? Y esa rubia estaba disponible anoche. Yo no hubiera dicho nada si Cobra se hubiera acostado con ella anoche. Siempre y cuando llegara a ella primero.

—Saben, podrían darme una mano con esto—, Big T nos trajo nuestros vasos. Siempre había trabajado en el Club. Se decía que antes se le conocía como “El Psicólogo”, porque aparentemente, solía recostarse en una de las bancas y escuchar a estos hombres tatuados derramar sus corazones sobre él. Ahora que estaba retirado, era el mejor camarero del Club.

Reyes le silbó a Slash como si estuviera llamando a un perro.

—Puedes usar a este—, dijo y todos nos reímos a carcajadas. Big T puso los ojos en blanco, dando al mostrador un golpe con el trapo que tenía en el hombro.

—¿Quieres poner a los dos tipos más grandes aquí detrás de la barra? — dijo y cruzó sus voluminosos bíceps sobre su pecho. Todavía no podíamos dejar de reírnos. Sólo pensar en Slash y Big T detrás de la barra, apretándose.

—Contrataremos a otro mesero, Big T, y no dejes que estos chicos te afecten con sus idioteces—, fue la voz de papá la que interrumpió nuestras risas. Estaba sentado al final del mostrador, rodeado por Coronado y los otros miembros mayores del club. Había escuchado la conversación y había hablado con su voz profunda, que tenía el poder de silenciar a todos en la habitación.

Estas eran las cualidades que importantes para él:

Poder

Respeto

La motocicleta

Mujeres

Había hecho todo lo posible para inculcarme esas cualidades, para prepararme para cuando fuera mi turno de ser presidente de los “Outlaws”. Era sólo que a veces se me confundía el orden en que van esas cosas.

—Sí, señor—, dijo Big T y volvió a trabajar en el bar. A mucha gente le gustaba llamar a papá —Señor— o sólo —Angello—. Nunca los corrigió. Éramos una gran familia, una familia de hermanos como Coronado solía decir, pero papá se aseguró de que todos supieran quién era el jefe de la familia. Era él. Y luego iba a ser yo.

Nos llamó la atención y levantó un vaso a modo de saludo, yo hice lo mismo, brindamos y bebimos.

—Entonces, ¿cómo estaba ella? — Cobra se había acercado a mí mientras yo no miraba. Me volví hacia él, un poco confundido. ¿De quién estaba hablando?

—Las tetas que te anotaste anoche. ¡Hombre, la escuché gritar! — dijo con una risa y bebió un poco de su cerveza. No pude evitar preguntarme cuáles fueron los gritos que escuchó.

—¿Quieres que te invite a ver la próxima vez que tenga a una chica inclinada sobre mi motocicleta? — Pregunté. Reyes y Slash se rieron. Cobra se encogió de hombros y se sentó en su silla, inclinándola peligrosamente hacia atrás, pero manteniéndola perfectamente equilibrada.

—Tal vez aprenda algo—, dijo con una risa y yo sacudí la cabeza.

Cobra era un buen tipo. Era nuevo en el Club, sólo un cachorro, pero me cubría las espaldas. Lo que significaba que yo siempre cubriría la suya.

Estábamos jodidos. ¿Cuánto tiempo habíamos estado bebiendo? El tiempo se había solapado y entrelazado, para transformarse en un largo chorro de alcohol y chistes malos.

—¿Quién de ustedes va a arropar a mi hombre esta noche? — La voz de una mujer nos interrumpió. Todos nos volvimos a la puerta del bar al unísono y vimos a Ruby de pie, con las manos en las caderas. Sus rizos marrones rizados enmarcaban su cara, y sus ojos eran severos.

Mamá.

—Angello, tu vieja está aquí para recogerte—, escuché a Coronado bromear y papá le dio una sonrisa. La mirada de mamá me buscó en la oscura multitud del bar y puso los ojos en blanco. Se había casado con un motociclista. Había criado a un motociclista. Esta era la vida con la que se había conformado, no la que había elegido y, a veces, me daba pena.

Vi a papá deslizarse perezosamente de su taburete y alcanzar su chaqueta de cuero, mientras que mamá permanecía de pie en la puerta, observando cada movimiento de papá.

Se necesitó mucha confianza y muchas agallas para forjar el sólido matrimonio que mamá y papá compartían. No habría sido fácil para ella. El código de vida de papá incluía a las mujeres. Estaban al final de su lista de prioridades, pero estaban ahí. No tuve que estrujarme el cerebro para recordar cuántas veces lo había pillado con otra mujer, y cuántas veces mamá había amenazado con irse.

En ese entonces culpé a papá. Lo culpé por el dolor que le causó a mamá, y juré que nunca haría pasar a otro ser humano por eso. No haría pasar a mis hijos por el dolor de ver a una familia desmoronarse. Por eso Miriam nos dejó a la primera oportunidad que tuvo. No podía soportar ver a mamá destrozada, una y otra vez. Aunque papá no le había sido infiel en más de ocho años, Miriam siempre creyó que volviera a suceder. No quería estar cerca cuando sucediera. Ahora vivía en la otra parte de la ciudad, y en secreto me alegraba que se mantuviera alejada del Club. Los chicos no estarían babeando en cada oportunidad que tuvieran de verla.

Algunos de los chicos gritaron y vitorearon cuando papá se acercó a mamá. Había visto fotografías de los dos juntos cuando se acababan de conocer, antes de que Miriam y yo naciéramos. Eran muy atractivos y probablemente todavía lo eran.

Papá la agarró por el culo y la tiró hacia sí, antes de besarla. Puse los ojos en blanco y miré hacia otro lado. Crecí viendo a los dos babeando el uno sobre el otro. Qué asco.

—¡Váyanse a casa! — Les ladré, y los demás siguieron animando. Cuando papá la soltó, me miró directamente y arqueó las cejas, antes de volverse hacia los demás.

—Todos ustedes deberían irse a casa. Es tarde, chicos—, dijo, con una voz amenazante y autoritaria. A lo largo de los años, se había desempeñado bastante bien en su papel de matriarca, y yo sabía que eso sólo había fortalecido el matrimonio entre los dos.

—Ruby es una gema, ¿entiendes? — Cobra bromeó y yo sacudí la cabeza con indulgencia.

—¿Cómo está Miriam? — Slash preguntó, sabiendo exactamente el efecto que tendría en mí.

Mi cabeza ya nadaba en alcohol y luchaba contra las ganas de seguir el consejo de mamá.

—A salvo ahora que está lejos de ti—, le dije y se rió. Miriam estaba fuera de su alcance y todos lo sabían, pero eso no les impidió tomar fotos en mi ausencia cada vez que podían.

—Oye, ¿no estás satisfecho con una hermana que preguntas por otra? — Cobra se apresuró a intervenir. Slash había empezado a ver a Sofia, la hermana de Cobra, y se habían embarcado en una extraña vida juntos. Una relación que ninguno de nosotros pensaba que iba a funcionar. Sofia era dulce y sabía lo que quería. Slash era joven y desaliñado y tenía demasiadas cosas en el pasado de su familia como para reconocer que tenía algo bueno con ella.

Pero disfrutó de lo mucho que esto molestaba a Cobra, sin embargo.

El Rey se puso de pie. Pude ver en su cara que estaba acabado. Desde que papá lo tomó bajo sus alas hace cuatro años, fuimos los mejores amigos.

—¿A dónde vas? — Slash le preguntó y Reyes señaló su reloj. Eran las tres de la mañana.

—¿Tienes que decir tus oraciones matutinas? — Cobra dijo con una risa, y Slash, Reyes y yo le disparamos miradas amenazantes. La religión de Reyes estaba fuera de discusión, al igual que Miriam. Incluso yo pensé que era un poco raro cuando lo conocí, pero ya sabíamos que era lo que lo mantenía cuerdo. Solía ser un chico de la calle, la pandilla iba a matarlo si no salía y creía que era su religión la que lo había traído a Angello. Respetamos sus creencias. Cobra parecía ser un estudiante lento y no se había dado cuenta lo importante que era respetar los límites.

—Recuerda lo que dijo tu madre—, me dijo Reyes, y me hizo un gesto de despedida con dos dedos. Le sonreí.

—Reyes—, lo llamé mientras lo veía salir del bar, despidiéndose de los demás mientras se iba.

Ahora sólo estábamos Slash, Cobra y yo en este extremo del mostrador, todavía revolviendo nuestras bebidas. Al menos Slash tenía a Sofia esperándolo en casa. Todo lo que yo tenía era Roxana, y no era exactamente un ser humano. Era tarde y había bebido demasiado, pero también era demasiado temprano para irme a dormir.

Saqué el teléfono del bolsillo de mis jeans y me desplazé por los mensajes.

Encuétrame detrás de la barra

Le envié un mensaje a la rubia. La que sin duda Cobra había estado llamando toda la noche. Pude ver por la mirada furtiva de sus ojos a su móvil que estaba esperando que ella respondiera a sus mensajes.

“Estaré allí en diez minutos.”

Ella respondió casi instantáneamente.

Capítulo 2

Ana

Estaba de pie frente al espejo en el dormitorio de Clara, mirándome porque no había decidido si lo que llevaba puesto se veía bien o era terrible.

—¿Servirá esto? — Hice eco de mis pensamientos en voz alta. Clara estaba tendida en su camarote, que habíamos estado compartiendo durante los últimos cinco días. Ella veía su teléfono y finalmente me miró con desgana.

—Bueno, depende, ¿qué impresión quieres crear? — dijo ella y yo miré mi reflejo un poco más. ¿Qué impresión quería crear?

Por favor, dame un trabajo para poder alquilar un apartamento del tamaño de una caja de cerillas en el lado malo de la ciudad. Si te gusta la forma en que mis vaqueros me abrazan el culo, tal vez te guste la forma en que puedo verter bebidas en un sinfín de vasos que no te importará si los rompo. Tal vez si me das este trabajo, podré ahorrar suficiente dinero para terminar la universidad.

—Creo que esto necesita una camisa negra—, dije, en lugar de responderle a Clara, y comencé a quitarme la camiseta. Caminaba con el sujetador rosa que llevaba puesto y un par de vaqueros que eran los únicos decentes que podía encontrar.

Cuando miré a Clara, noté la mirada de simpatía que tenía en sus ojos. No quería que fuera comprensiva. ¡Quería que me ayudara a encontrar una camisa negra!

—Te habría ofrecido una de las mías, pero flotarás en ella—, dijo y sonrió. Le gustaba autodespreciarse. Ella era qué... ¿una talla 16? Era grande y curvilínea y tenía el tipo de tetas del que ponían celosa a cualquiera, pero le gustaba llamarse a sí misma esa fea palabra... —gorda—. Para mí, era hermosa y necesitaba amar más su cuerpo.

—No seas tonta, Clara, en serio tienes que dejar de hablar de ti misma de esa manera—, dije, agachándome para arrojar ropa de las cajas mientras las revisaba.

—Estoy siendo honesta. Tú eres flaca, yo no... lo que significa que mi camisa negra más pequeña... ya sabes, la que se me abren los botones cuando me la pongo, será cinco tallas más grandes para ti—, continuó en ese mismo tono y yo le puse los ojos en blanco.

Todavía no encontraba una camisa.

Estaba encorvada en el suelo ahora, arrojando ropa a mi alrededor. Estaba revisando caja tras caja, pero no había señales de una camisa negra en ninguna parte.

—¿Qué diablos voy a usar? Todo está en cajas. ¡Necesito estar apropiadamente vestida! —

No le ladro a nadie ni a nada en particular.

—Cálmate, Ana, te encontraremos algo—, dijo Clara y yo sacudí la cabeza, todavía frustrada con todos y todo. Sabía que no tenía motivos para desquitarme con ella, pero me esforzaba mucho por controlar mis emociones y ahora las cosas empezaban a descontrolarse un poco.

—¿Qué voy a hacer? — Dije, una lágrima se elevó en mi voz y ella saltó de la cama y se acercó para darme un abrazo.

—Voy a revisar la lavandería y veré si puedo encontrar algo para que te pongas, ¿de acuerdo? — dijo ella y yo asentí con la cabeza y le lancé una sonrisa. Estaba agradecida por tener una amiga como ella, y me había detenido justo antes de hacer erupción.

La única manera era seguir adelante y cuanto antes dejara atrás mis frustraciones, más fácil sería para mí continuar.

Clara salió de la habitación en busca de una camisa negra o algo apropiado que me quedara bien, y yo me quedé en el suelo, revisando ropa y otras cosas... la mayoría de las cuales ni siquiera recordaba haber comprado.

Era extraño ver que toda mi vida había entrado en cinco cajas. Cinco cajas de cartón perfectamente cuadradas eran la suma total de mi vida. Me alegré de no haber adoptado el cachorro al que iba a ir a ver las Navidades pasadas, todo este calvario habría sido un millón de veces más difícil si también fuera responsable de otra alma.

Con los brazos hundidos en una de las cajas, intenté sacar un material sedoso que pensé que podría ser la camisa negra que recordaba haber comprado hace unos años. En cambio, cuando la saqué, vi que era una bufanda de seda y la dejé caer de mi mano, como si hubiera tocado lava.

Estaba en el suelo inocentemente a mis pies. Con estampados de naranja y beige, una que solía usar bastante a menudo, no necesariamente porque me gustara... el naranja nunca fue realmente mi color... pero más porque fue uno de los primeros regalos que José me dio. Y cuando pasaba el día con él atado al cuello, me recordaba a él y me gustaba ese sentimiento, de pertenecer a alguien.

José y yo nos habíamos conocido un año después de entrar a la universidad, bueno, mi universidad. Él ya tenía un cargo importante en su trabajo y una carrera. El hecho de que fuera un poco mayor me dio una especie de emoción que no había experimentado con otros chicos antes. Los besadores descuidados y los bailarines torpes de la secundaria se habían convertido en este hombre que tenía un trabajo, podía alquilar un apartamento por sí mismo y durar más de tres minutos en la cama.

La tonta de 20 años creía que había encontrado al hombre de sus sueños. La tonta no se dio cuenta de que había otras señales que observar. Que no era exactamente el paraíso donde estaba viviendo.

A los seis meses de salir, me pidió que me mudara con él y estaba más que encantada de

tener la oportunidad de salir de casa. Debí haber ido a la universidad, debí haber estudiado para ser una Técnico Veterinaria como siempre quise, pero en vez de eso, me conformé con jugar a las casitas con un hombre que no conocía realmente.

José tenía las cualidades de un buen novio.

Me abría las puertas del coche, me ofrecía mi silla en la cena, respondía a mis mensajes y me dejaba pequeños regalos en el baño antes de irse a trabajar. Estas eran las señales que estaba buscando que yo mirase. Yo creía que eran indicaciones de que había encontrado a mi alma gemela.

Lo que no veía era la forma en que me miraba, si la sonrisa le llegaba a los ojos cuando yo hacía una broma. Si me daba un beso de buenas noches cuando nos íbamos a dormir. Si siempre me acostaba con él a mi lado.

Yo era más joven que él, y me hizo creer que no entendía lo que era tener un trabajo real y responsabilidades reales. Siempre afirmó que estaba fuera ganándose la vida para nosotros, para construir una casa para nosotros y el hecho de que trabajara duro y trabajara hasta altas horas de la noche; se suponía que eran testamentos de lo mucho que quería que tuviéramos una buena vida.

En mi mano estaba ahora el pañuelo que había tirado al suelo. El regalo que me había dado en nuestra tercera cita y el que me gustaba llevar a menudo, no importaba lo chillón que pareciera con la ropa que llevaba puesta. Y mientras lo tenía en mis manos, todavía podía recordar aquella vez que no volvió a casa en todo el fin de semana.

Un fin de semana entero. Imbécil.

Apenas respondía a mis llamadas y sólo respondía a mis mensajes para hacerme saber que estaba vivo y bien. Cuando regresó, rechazó todas mis preguntas con la excusa de que estaba ocupado en las reuniones y no podía salir de la oficina.

Fue entonces cuando empecé a ver las otras señales. Traté de pensar en todas las noches que no había vuelto a casa, o si había vuelto tarde; cómo había estado bebiendo y cómo su ropa olía al perfume de otra persona. Siempre se había asegurado de que yo supiera que trabajaba con muchas colegas femeninas, pero ¿cuán cerca estaban trabajando juntos como para que sus perfumes se hubieran pegado a su ropa?

Ese fin de semana fuera era una línea que había cruzado y después de meditarlo durante dos días, decidí enfrentarlo.

Yo tenía veintitrés años, trabajando dos días a tiempo parcial y todavía soñando con una vida rodeada de animales. Mi agenda diaria había girado en torno a José hasta ese momento, y quería saber si todo había sido en vano. Si me había estado engañando todo este tiempo.

Cuando me enfrenté a él después del trabajo esa noche, pude ver la rabia en sus ojos. No me había dado cuenta de lo mucho que odiaba que lo interrogaran. Habíamos compartido una relación tranquila y de helado de vainilla con sexo programado una vez cada cuatro semanas, si tenía suerte. Nunca antes le había levantado la voz y las peleas que tuvimos; siempre terminaban con él

llevándome a cenar o comprándome algo caro. El hecho de que lo desafiara por primera vez, no lo complacía. Ni un poco.

Continué presionándolo. Interrogando sobre las noches que llego tarde. El perfume. El fin de semana fuera y su bofetada salió de la nada. Me agarró la mandíbula y se sintió como un puñetazo y caí al suelo alfombrado por la fuerza del impacto.

—Levántate. ¡Deja de lloriquear! — me había ladrado, mientras yo lo miraba por detrás de mis ojos llorosos. El sabor metálico de la sangre estaba en mis labios, mientras goteaba por mi nariz.

Me tomó por los hombros como a una muñeca de trapo y me sujetó a la pared.

—No puedes cuestionarme. No mientras tengas comida en tu plato y ropa para vestirte—, había gruñido.

Y temprano a la mañana siguiente, mientras empacaba mis cajas en silencio; traté de recoger todas las cosas que me había dado a lo largo de los años y las puse cuidadosamente a un lado. De alguna manera echaba de menos esta bufanda y había encontrado el camino al fondo de este montón de ropa.

Eso fue hace cinco días. Clara era mi mejor amiga y la única persona a la que podía recurrir en mi hora de necesidad. Mis dos trabajos a tiempo parcial tuvieron que ser abandonados porque tenía miedo de que José me encontrara allí.

Afortunadamente Clara vivía en otra parte de la ciudad, y no sabía mucho de ella, pero yo siempre tenía miedo, siempre miraba por encima del hombro. Había visto un lado de José que nunca había previsto y me había asustado.

—¿Qué hay de esto? — La voz chillona de Clara interrumpió mis pensamientos y me volví hacia ella con una palidez mortal en la cara, como si hubiera visto un fantasma. Cuando me miró, supo inmediatamente en qué había estado pensando y vino corriendo hacia mí.

—Ana, no tienes que preocuparte. Sabes que puedes quedarte aquí conmigo todo el tiempo que necesites—, dijo, con su voz más afectuosa y yo asentí con la cabeza, luchando contra las lágrimas calientes que me pinchaban la parte posterior de los párpados. Fue muy dulce por su parte ofrecerse, y aprecié su generosidad, pero no iba a aceptar más limosnas de nadie.

No me había dado cuenta de que eso era lo que estaba haciendo todos esos años con José, y era por eso que él tenía tanto control sobre mí.

—Gracias, encontré algo más—, le sonreí a Clara y saqué una camisa blanca de una de las cajas y empecé a ponérmela. Ella me miró en silencio y pude ver que la simpatía volvía a sus ojos. Forcé una sonrisa en mi cara y me puse de pie. De ninguna manera iba a dejar que nadie sintiera lástima por mí.

—Me tengo que ir—, dije, tan alegremente como pude y me fui a la entrevista.

Capítulo 3

Dio

Slash y Reyes estaban conmigo cuando entramos en la casa de empeños del Sr. García. A lo largo de los años, nuestro club de motociclistas había formado una relación de trabajo perfectamente pacífica con la mayoría de los negocios locales. Nos daban dinero y nosotros les dábamos protección.

—¡Dio! — El Sr. García estaba detrás del mostrador, puliendo un reloj de bolsillo que definitivamente no parecía antiguo. Tenía sus gafas en el puente de su nariz, y se las quitó cuando caminé hacia él.

—Sr. García—, dije y puse mis manos en el mostrador de cristal, mirando hacia abajo para ver sus últimas mercancías. El tipo de cosas que la gente empeñaba por dinero era de locos.

—¿Tienes el dinero? — Slash habló. No tenía paciencia para charlar y el Sr. García asintió con la cabeza vigorosamente.

—¿Cómo va el negocio? — Le pregunté en su lugar, mientras se limpiaba las manos sucias en un trapo antes de caminar hacia su escritorio, donde todos sabíamos que había un compartimento secreto que usaba para guardar el dinero.

—No me puedo quejar de los negocios, pero los “Hell’s Angels” son otra cosa—, respondió el Sr. García, metiendo billetes de dólar en una bolsa de plástico. Reyes se puso a contarlos.

—¿Qué están tramando esos imbéciles? — Pregunté con una risa, y escuché a Reyes y a Slash reírse un poco detrás de mí también. El Sr. García, sin embargo, no apreció mi uso de esa palabra.

—Me han visitado dos veces esta semana—, dijo, con una expresión agria en su rostro mientras entregaba el grueso fajo de dinero a Reyes, quien comenzó a contarlo.

—Este no es su territorio—, me quejé y el Sr. García suspiró.

—Ayer asustaron a mi dependienta—, dijo y me sorprendió oírle usar esa palabra. Siempre consideré al Sr. García como un caballero.

—Lazlo, en el pub “La Cantera” me dijo lo mismo. Los Hell’s Angels les hicieron una visita recientemente también—, dijo Slash y me volví hacia él con los ojos entrecerrados.

—El Sr. García se quejó y cuando lo miré, pude ver que estaba más que molesto.

—¿Qué hicieron? — Le pregunté y me di cuenta de cómo se negaba a mirarme a los ojos.

—Se llevaron algunas cosas—, respondió en voz baja y mis puños golpearon instintivamente

su mostrador de cristal. El hecho de que los Hell's Angels estuvieran en mi territorio, acosando nuestros negocios; no era algo que fuera a tolerar.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo? — Le ladré al Sr. García y pareció encogerse y me aclaré la garganta.

—Vigilaremos esta calle—, añadí con voz ronca y él asintió con la cabeza.

—No estaba seguro de qué hacer—, respondió, y yo me acerqué al mostrador y le agarré el hombro y le di una sacudida.

—Slash se quedará a vigilar la tienda—, le dije y él asintió con la cabeza otra vez.

—Está todo —, me dijo Reyes. Terminó de contar el dinero y le di al Sr. García un rápido asentimiento.

—No tienes que preocuparte por las Hell's Angels—, lo tranquilicé de nuevo y luego me di la vuelta y salí de la tienda con Slash y Reyes detrás de mí.

Afuera, saqué un cigarrillo de la caja y me lo puse en los labios. Reyes sacó su Zippo y me presentó la llama ardiente que yo aproveche. Inhale una profunda bocanada, permitiendo que el humo llenara mis pulmones.

—Que se jodan—, dije, mientras Reyes encendía el cigarrillo de Slash y luego el suyo propio.

—¿Qué les pico en los huevos para que empezaran a hacer esta mierda? — Slash dijo, tirando del humo de su propio cigarrillo. Tiré cenizas del mío al pavimento y sacudí la cabeza.

—¿Angello sabe de esto? Debiste habernos dicho sobre La Cantera en el momento en que te enteraste—, apreté la mandíbula.

—Sí—, respondió Slash.

—Las cosas pueden salirse de control si empiezan a invadir. Necesitan ser pateados de vuelta a sus cuevas—, dije, Reyes y Slash asintieron con la cabeza consciente de que esto era un asunto serio.

Los Hell's Angels y los Outlaws tenían una larga historia de rivalidad, pero cuando papá asumió el cargo de presidente, se había establecido un límite de territorio muy claro entre nosotros. Habíamos salido victoriosos de nuestra última gran guerra, lo que significaba que nuestro territorio era más grande. Nuestras reglas se aplicaron, y los negocios locales operaron bajo nuestros términos. No se realizaba ningún comercio en la zona sin nuestro conocimiento y sin que recibiéramos un pago apropiado.

En los últimos dos años, no ha habido grandes alborotos y los Hell's Angels parecen mantener el perfil bajo, manteniéndose fuera de nuestro camino. Pero si estaban comenzando a sacudir los negocios locales, significaba que planeaban hacer una aparición nuevamente.

—Quédense aquí—, les dije y decidí que necesitaba hablar con papá. Caminé hasta mi Harley y arranqué la moto con los últimos centímetros del cigarrillo colgando de mi boca.

Sabía dónde estaría, en “La Dama Afortunada”.

Mi mente seguía ocupada por los Hell’s Angels cuando abrí las puertas del bar y entré. Necesitábamos averiguar qué habían estado haciendo los malditos y qué otros negocios estaban tratando de robar y sacudir. Necesitábamos aumentar nuestra fuerza de seguridad en estos lugares y si no había otra opción, otra guerra tendría que ser declarada.

Fue entonces cuando la vi detrás del mostrador, donde siempre estaba Big T. Estaba puliendo los vasos con la cabeza inclinada sobre ellos y me miró cuando caminé hacia ella.

Capítulo 4

Dio

Joder.

Era como si mis miembros hubieran dejado de moverse y mi cabeza fuera a explotar.

Podría ser el trasero más delicioso que he visto en mucho tiempo. La Dama de afortunada estaba llena de gente en ese momento, pero mis ojos estaban fijos en ella.

¡Ese pelo!

Rojo fuego caía como una cortina de seda brillante alrededor de sus hombros, cubriendo sus orejas y enmarcando su cara. Era largo también e inmediatamente mi cerebro fue a lo que se sentiría al envolver un poco de ese pelo alrededor de mi puño y tirar de su cabeza hacia atrás mientras montaba sobre ella por detrás. Ahora se balanceaba, mientras se movía, contorneaba sus caderas suavemente.

Llevaba una camiseta de tirantes, negra, y una sección delgada de su vientre destellaba cada vez que movía un poco los brazos. Su piel estaba pálida y lechosa, y sentí mi verga moverse en mis pantalones. Me pregunté qué tan rosada se vería su piel si la agarraba con los dedos, apretando su brazo para mantenerla en posición mientras la cabalgaba.

Desde donde yo estaba, pude ver que llevaba unos pantalones vaqueros y sus caderas sobresalían por debajo de ellos. Era pequeña y tenía curvas en los lugares correctos. Cada vez que se giraba un poco hacia un lado, veía lo apretado que estaba el tejido de los jeans sobre su trasero. Quería sentir la suavidad del interior de sus muslos.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos por un momento, antes de que mirara rápidamente hacia otro lado. En ellos vi a una buena chica que era capaz de hacer cosas malas. Ojos verdes brillantes como piedras preciosas, llamativamente brillantes en la palidez de sus mejillas. Un mechón de su brillante cabello rojo cayó sobre su cara, mientras continuaba puliendo algunos vasos más.

No podía apartar la vista de su cuerpo. La forma en que sus brazos desnudos temblaban cuando los movía. Podría envolver mi palma entera alrededor de su brazo, apretar la carne. Sus pechos encajaban perfectamente en las palmas de mis manos y en mi boca.

Big T se había acercado por detrás de ella y le estaba hablando, y yo había olvidado todo lo de buscar a papá. Angello era lo último en mi mente, ahora que había puesto mis ojos en lo que tenía que tener.

Podía sentir mi pene protestando en mis pantalones. ¿Por qué tardaba tanto? Cuando veía algo que me gustaba, algo que mi verga también aprobaba, lo cogía. Esta vez, algo me estaba

reteniendo.

Noté el tatuaje en su hombro cuando movió sus brazos para alcanzar una botella de whisky detrás de ella. Su trasero estaba en exhibición, ahora que estaba de espaldas a mí. Estaba de puntillas, estirando su cuerpo. Su camiseta se subió y vi la carne pálida de su espalda. Su cintura lo suficientemente pequeña como para ser sujeta con una mano, la suave depresión en medio de su espalda donde estaba su columna vertebral. Podía trazar la línea con mi lengua y soplar sobre ella. A ella le gustaría eso. Tenía el presentimiento de que le gustaría.

Su tatuaje era una delicada flor rosa, algo así como una rama de flor de cerezo enrollada alrededor de su hombro. Le quedaba perfectamente bien y me preguntaba qué la habría motivado a hacérselo. ¿Cuándo fue la última vez que miré a una mujer así? ¿Cuándo había mirado más allá de las tetas y el culo a una chica? Ella tenía ambas cosas y eran de excelente calidad, pero había más que solo eso en ella. Se trataba de la forma en que se movía, la forma en que era tímida y miraba hacia otro lado, el destello de rebeldía que había visto en esos ojos verdes.

Esta chica ya estaba domesticada, pero quería ver lo malvada que podía ser en la cama.

Mi pene estaba empujando en mis pantalones por salir y apreté la mandíbula. Unos minutos más mirándola, e iba a explotar. Me convertiría en un animal, la doblaría sobre el mostrador y me follaría su culo hasta que me gritara que parara. Si no la hacía mía en los próximos minutos, la arrastraría hasta la parte de atrás del bar y le daría duro.

Entonces Big T volvió a aparecer. Él estaba hablando con ella y ella estaba de pie con una delicada mano en su cadera. Me impactó. Ella estaba trabajando aquí.

¡Ella era la camarera que había sido contratada para ayudar a Big T detrás de la barra!

Por un momento, entrecerré los ojos y se me secó la boca. Me pasé una mano por el pelo y gruñí en voz baja. ¿Cómo no se me ocurrió que estaba trabajando en el momento en que la vi? ¡Estaba puliendo los vasos, Big T le estaba enseñando lo que tenía que hacer! Era una empleada.

Miré alrededor del bar que estaba lleno de gente y con música muy fuerte ahora. Algunas de las admiradoras habituales estaban sentadas en los regazos de sus hombres favoritos. Todas con los labios rojos, el escote expuesto y las vaginas apretadas. Maquillaje hecho a la medida, de acuerdo a nuestros variados gustos. Estas chicas eran un juego justo. Podía tirarme a tantas como quisiera. Prácticamente nos rogaban por ello. ¿Y qué hay de la chica de Cobra? Podría llamarla de nuevo. Podía tirarme a cualquiera de estas chicas para quitarme de encima la necesidad animal de esta nueva muchacha.

Apreté los puños y la miré.

Estaba sonriendo, escuchando atentamente lo que Big T le decía, asintiendo con la cabeza y me miró otra vez.

Nuestros ojos se encontraron y yo me fije en la forma de sus labios. Tenía un brillo rosa pálido, que hacía que sus labios se vieran brillantes y resbaladizos. Esa boca tendría que abrirse mucho para acomodar la verga que reventaba mis pantalones. Tuve que evitar lanzarme a ella.

Ella apartó su mirada de mí otra vez, para mirar a Big T. Y supe que no estaría con ninguna de estas chicas hoy. Tenía que tenerla a ella.

Su vagina era lo suficientemente apretada, sus caderas eran lo suficientemente delgadas, sus piernas eran lo suficientemente largas como para que pasaran alrededor de mi cuello. Quería oírle gritar. Quería probar la suavidad de su piel.

Pero Angello había establecido una regla estricta para los Outlaws. No se nos permitía tocar a ninguno de los empleados. Posiblemente esa era la razón de que nunca contratamos demasiadas empleadas y por lo que mantuvimos tantas admiradoras alrededor. Usualmente satisfacían todas nuestras necesidades, y nos impedían fraternizar con cualquier empleada. Pero ninguna otra empleada se parecía a esta.

Podía sentir las ondas eléctricas quemando mis venas. Se necesitaba energía física real para permanecer de pie donde estaba y no agarrarla. No podía ir en contra del Club. No podía ir en contra de las reglas que mi padre había establecido y las que yo le ayudé a hacer cumplir. Le habría dado una paliza a Slash o Cobra o a cualquiera de los otros si tocaban a una empleada, no porque me importara, sino porque operábamos siguiendo órdenes. Y esta era una orden que Angello había establecido.

Y aun así, aquí estaba yo, prácticamente babeando por esta chica que no sabía que había sido contratada.

Respiré profundamente tratando de estabilizarme. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para distraerme. Podía sentir a alguien caminando hacia mí. Era Candy, una de las groupies que ronroneaba como un gato cuando la estaban cogiendo.

—Me preguntaba cuándo vendrías—, me dijo al oído con una voz sugerente, y se inclinó para lamer suavemente el lóbulo de mi oreja como un gatito bebiendo leche. Yo seguía mirando en dirección al mostrador, viendo a la chica nueva moverse como un sueño mientras servía bebidas bajo la atenta mirada del Big T.

—¡Vete a la mierda! — Le ladré a Candy, volviéndome hacia ella con los ojos inyectados en sangre y furiosos. Se acobardó por un momento, y luego frunció las cejas.

—Sólo estaba comprobando si me necesitabas. Pareces tenso—, dijo con voz de arrullo y luego se dio la vuelta y se alejó de mí. Le miré el culo con esos pantalones de cuero apretados que llevaba, tenía un cinturón grueso con pinchos en la cintura que había usado varias veces para atar sus muñecas a la cama cuando me la follaba. Pero esta noche, ella no haría nada por mí. Esta noche, quería sentir la suavidad aterciopelada de la vulva de esta chica y ella estaba fuera de mi alcance.

Tal vez eso fue lo que me hizo desearla más. O tal vez no fue eso en absoluto, y fue porque ella era tan malditamente hermosa.

Capítulo 5

Ana

La primera noche en el trabajo, y ya podía sentir que mi vida empezaba a encajar. ¿O me estaba engañando a mí misma? Bueno, ¡al menos ahora tenía un trabajo! Lo que significaba que ya no tendría que ser una carga para Clara. Podía conseguir mi propio apartamento y empezar a seguir con mi vida.

La Dama afortunada era un bar muy concurrido, y me había hecho una idea del lugar en la última hora que estuve ahí. Para empezar, no se parecía a ninguno de los otros lugares en los que había trabajado. Hombres tatuados con chaquetas de cuero, bebiendo como peces y sin embargo no lo suficientemente borrachos, sus modales eran ruidosos y rudos y el puñado de chicas que estaban en el bar estaban claramente allí como alhelí, una decoración para la habitación, para servir como tetas y culos andantes. Hace un par de semanas, me habría alejado de un lugar como este, encogiéndome ante el sonido de una de sus voces. Pero la falta de medios de vida me había llevado a hacer locuras, como aceptar un trabajo en este lugar.

El bar estaba lleno de gente, la música alta me ensordecía mientras me esforzaba por captar todo lo que Big T me decía.

Para ser justos, tanto el hombre mayor que me había entrevistado para el puesto como Big T que me mostraba el lugar donde trabajaría... parecían tratarme con respeto. Sus maneras eran obviamente diferentes, menos educadas y más ásperas en comparación con lo que yo estaba acostumbrada, pero no me había sentido amenazada. Parecía que me trataban de manera diferente a las otras chicas del lugar. Como si mi trabajo aquí fuera diferente al de ellas y por eso, estaba agradecida.

Big T, a pesar de su “enormidad” y los tatuajes que tenía en exhibición; era más como un gentil gigante. Su voz era más suave que la de los demás y tenía paciencia conmigo, ya que me mostró el lugar y explico cada una de mis labores.

Era un jueves por la noche y según él, los descuentos atrajeron a muchos de sus clientes en esa noche. Había señalado su propio chaleco de cuero, y los chalecos que algunos de los otros tipos llevaban. Sin darme muchas explicaciones, dijo que cualquiera que llevara un chaleco como ese tenía sus bebidas gratis. El resto de la gente tendría que pagar. Tomé notas mentales de la variedad de bebidas que Big T dijo que a los chicos les gustaba beber y pensé que eventualmente tendría que aprenderlas. Parecía que estos tipos eran la clase de gente que no tenía la paciencia de dar órdenes detalladas cada vez que se acercaban al bar. Eventualmente tendría que saber y servir tan pronto como los viera.

—Estarás bien, chica—, me dijo Big T con una sonrisa en su cara y yo le devolví la sonrisa, apreciando el estímulo. Esto es lo que necesitaba ahora mismo. Necesitaba motivación y un medio para ganarme la vida. Por muy buenas que fueran las intenciones de Clara, su simpatía sólo terminaba por enfurecerme más que por animarme. No era culpa suya, por supuesto, yo estaba

enfadada por la situación en la que me había puesto a mí misma.

Big T me había dado la tarea inicial de pulir y arreglar algunos de los vasos que ya estaban lavados, cuando el tipo entró.

Había mirado hacia arriba, esperando ver entrar a otro grupo de hombres musculosos, pero mis ojos se fijaron en esta figura con una sacudida. Me había tomado aproximadamente cinco segundos apartar mi mirada de él. Una sensación como de jadeo, subiendo por mi pecho me atacó en ese instante. Este tipo, aunque similar en muchos aspectos a los otros, no se parecía en nada al resto.

Era alto, probablemente un pie más alto que yo y se elevaba por encima de casi todos los demás en el bar. Se paró cerca de la puerta, con su mirada amenazadora sobre mí. Ojos azules tormentosos, peligrosos y fijos en mi cara. Sentí que estaba enojado porque había invadido su territorio. Definitivamente estaba enojado por algo.

Su pelo parecía castaño, al menos ahora lo era a la tenue luz de la barra, y tenía un corte faux hawk en medio de su cabeza, lo tenía desaliñado y pulcro al mismo tiempo; una especie de estilo sin esfuerzo. La sombra del atardecer oscureció su mandíbula cincelada.

Era musculoso, con hombros anchos y un pecho amplio sin estar demasiado trabajado. Llevaba el mismo chaleco del que Big T ya me había hablado. Así que pertenecía al grupo de todos los que estaban ahí en ese momento, aunque no tenía ni idea de quienes se trataba.

Agarré con fuerza el vaso en mi mano, mientras intentaba no volver a mirarlo. Podía sentir mis mejillas sonrojándose, ardiendo mientras intentaba mantener la calma. Ningún otro tipo había tenido ese efecto en mí antes. Nunca había pensado que era el tipo de chica que podía mirar a un hombre y sentir una necesidad sexual ardiente.

Sus bíceps sobresalían bajo su chaqueta de cuero y ya había notado los tatuajes que se le subían al cuello. Mi mente se dirigió inmediatamente a cómo se vería sin su ropa. Su pene. Los músculos de sus muslos. Abdominales con six pack.

Tuve que sacudir un poco la cabeza para dejar de visualizar el cuerpo desnudo de este tipo.

Big T me hablaba de nuevo, diciéndome algo sobre la caja registradora. Mientras intentaba prestar atención, no pude evitar mirar hacia la puerta.

Se había acercado más al mostrador, lo suficiente para que notara los hoyuelos que se formaban a los lados de sus labios. Como si estuviera decidiendo si sonreír o no. Seguía mirándome y yo estaba viendo el peligro en esos ojos azules. Un instinto en el fondo de mis entrañas me decía que me mantuviera alejada.

Me separé de él y volví a Big T otra vez. Nada bueno podría venir de mirar a ese hombre. Definitivamente era un problema.

Pero oh es tan delicioso, irresistible problema. Nunca antes había estado cerca de un tipo que me lanzara sobre su hombro, y este hombre definitivamente podía. Sin ningún problema.

Parecía que podía balancearme como una muñeca de trapo en sus brazos y me estremecí un poco al pensar en su pene dentro de mí vagina. Él sería rudo. No se lo tomaría con calma y ahora mismo, sólo necesitaba que me follaran. Necesitaba a alguien que me mostrase la luz del día, para poder olvidarme de José y de todo lo demás que había ido tan mal en mi vida. Y este tipo parecía el candidato perfecto.

Big T se había alejado para atender a algunos clientes, dejándome sola con los vasos.

—¡Cariño! — Escuché que alguien me llamaba y miré a un grupo de hombres sentados en una mesa, chasqueando sus dedos hacia mí.

Puse una sonrisa en mi cara, y caminé alrededor del mostrador hacia ellos. Fui consciente todo el tiempo de los ojos del misterioso desconocido sobre mí. Me estaba mirando trabajar y aun así, no se había acercado a mí. No podía volver a mirarlo, sin entregarme por completo al deseo de que me sacara del bar y me llevara a su cama. Me preguntaba si él ya sabía lo que yo quería.

—Eres nueva—, dijo uno de los hombres cuando me acerqué a la mesa. Le sonreí y asentí con la cabeza, consciente de ser observada tan de cerca por este grupo de hombres que me intimidaban. Eran mayores, con barbas canosas y garabatos y tatuajes desteñidos en su piel. Hombres duros que podían tomar sus bebidas sin que el alcohol les afectara.

El hombre me cogió la cadera y sentí que mis músculos se ponían rígidos.

—¡Quita las manos de la camarera, Mickey!—, ladró otra voz y levanté la vista para ver al hombre mayor, el autoritario que me había entrevistado y se presentó sólo como Angello. Me dio una sonrisa casual y volvió a hablar con la gente a mi alrededor.

El hombre retiró sus manos de mí y yo mantuve la sonrisa en mi cara.

—¿Qué puedo ofrecerte? — Pregunté y fue cuando escuché su voz por primera vez.

—Big T tomara sus órdenes. —, su voz era profunda y suave como el terciopelo, se filtraba directamente en mi alma y sentí que mis hombros se ponían rígidos cuando me giraba sobre mis talones para mirarlo.

Estaba parado justo detrás de mí, sonriendo ahora y sentí que se me secaba la boca.

—Dio—, dijo, con esa misma voz dolorosamente sexy y sentí que se me puso la piel de gallina en los brazos. Sabía que me estaba sonrojando. No esperaba que su voz fuera tan sexy como él.

—¿Perdón? — Dije en voz baja mientras se acercaba a mí.

—Ese es mi nombre. ¿Cuál es el tuyo? — preguntó y vi la forma en que su mirada bajó a mis pechos, arrastrándola a lo largo de mis piernas y luego volvió a mirar mi cara de nuevo.

—Bueno, parece que me llaman cariño por aquí—, dije y su sonrisa se amplió, y me di

cuenta de lo profundo que eran los hoyuelos en sus mejillas. Esa sonrisa me derretía desde mi centro y prometía dejarme en un charco que llegaría hasta mis zapatos. Era demasiado para mí.

—Pero mi nombre real es Ana—, continué y esta vez, se acercó aún más a mí. Nuestros cuerpos no estaban en contacto, pero se sentía como si se hubiera acercado y me hubiera tocado. Como si sus manos estuvieran en mis pechos, en mis pezones. Podía sentir una humedad caliente que se extendía entre mis piernas. Mi cuerpo se rebelaba contra mí y mis modales educados. ¿Le estaba abriendo la boca? Luché por mantener la compostura mientras él me miraba a los ojos.

—Me disculpo en nombre de mis amigos, Ana. Me aseguraré de que te llamen por tu nombre —, dijo, y algo en sus ojos me dijo que cumpliría cada palabra que salió de su boca. Como si se fuera a asegurar de que estos hombres me llamaran por nada más que mi nombre. Sentí como si mi aliento se hubiera quedado atrapado en mi garganta.

—Yo... no me importa. Quiero decir, no importa... no me importa—, estaba torpe con mis palabras, tratando de formar una frase coherente sin hacer un completo ridículo.

Dio siguió sonriéndome, como si disfrutara viéndome luchar. La compostura que había logrado mantener hace unos minutos se disipaba rápidamente.

—¿Y Dio es tu nombre o es así como te llaman? — Me las arreglé para preguntar y su sonrisa se amplió. Su mirada bajó de nuevo a mis pechos e instintivamente, los empujé hacia afuera. Quería que los viera. Quería que me desnudara con los ojos. No podía imaginarme por qué me estaba mirando. Había chicas mucho más sexys que yo caminando por este lugar. Acababa de ver a una acercarse e intentar hablar con él. ¿Por qué me hablaba?

—Puedes llamarme Dio—, respondió, rebanando mis pensamientos con esa voz suya otra vez. Me lamí los labios, mis palabras se pegaron a la parte posterior de mi garganta mientras intentaba dar una respuesta decente. Me sentí estúpida parada frente a él, bajo su deliciosa mirada tormentosa. El nombre le venía bien y traté de sonreír, para no parecer tan tonta.

—Soy nueva—, dije, antes de que pudiera detenerme. ¡Claro que sabía que yo era nueva! Todos aquí sabían que yo era nueva. La sonrisa en su cara creció y asintió con la cabeza.

—Bienvenido a la familia—, dijo y casi me ahogo. ¿La familia? ¿De qué estaba hablando? Esto era un bar y yo era una empleada. De repente me sentí muy ingenua y me pregunté si había sido la decisión correcta. Mirar fijamente a los ojos azules de este tipo definitivamente no parecía la decisión correcta.

—Gracias—, le respondí y su mirada se dirigió al lugar entre mis piernas. Donde la humedad ya había empezado a extenderse, donde podía sentir mis labios palpitando, mi clitoris hinchándose con deseo. Quería que me tocaran, bruscamente, ser clavada contra la pared. Y lo más importante, quería que él me tocara.

No podía creer que tuviera estos pensamientos, mientras él estaba justo delante de mí.

—¡Dio! — Un tipo grande con una barba oscura desaliñada y pelo oscuro le llamó desde la puerta. Los dos lo miramos, hasta que Dio se volvió hacia mí otra vez.

—Sé buena, Ana—, me dijo, con sus hoyuelos profundos en las mejillas y se dio la vuelta sin esperar una respuesta y se acercó a una mesa de otros tipos.

Volví al mostrador, como en un sueño. Todavía siento que me ha pasado las manos por toda la piel. Sabía que mi cuerpo goteaba de deseo por este hombre del que no sabía nada. Haría cualquier cosa que él quisiera que hiciera. Estaba bajo su hechizo, no importaba lo mucho que intentara resistirlo. Todo lo que tenía que hacer era mirarme una vez más. Pero no lo hizo.

Lo observé desde atrás de mis bandejas con vasos llenos de cerveza mientras servía las mesas, escondida, mientras reía y bromeaba con sus amigos en la mesa central más grande del bar. Era como si ya no supiera que yo existía. Era una mala noticia. Podía sentirlo en mis huesos y aun así no había nada que pudiera hacer con la lujuria que recorría mis venas. Se había apoderado de mi sistema cuando se suponía que estaba trabajando.

¡Todo esto fue culpa de José! Traté de culparlo por hacerme desear a este hombre. Ni siquiera me reconocí a mí misma. No podía recordar otra vez que hubiera sentido esta necesidad animal de un hombre. Pero sabía que tenía que alejarme. No había ninguna posibilidad en el infierno de que me permitiera enamorarme de alguien tan rápidamente después de que mi relación anterior hubiera terminado. Todavía no estaba en mi sano juicio. No era yo misma. Esto era una locura y esa era la única explicación a cómo me sentía.

Capítulo 6

Dio

Escuché a Big T hacer la última llamada, pero mi mente estaba nadando. Había bebido demasiado de nuevo. Los otros estaban sentados a mi alrededor, Cobra estaba haciendo una broma sobre la falta de tatuajes de Reyes. Sólo tenía uno, de una cruz; para que coincidiera con la cruz que siempre llevaba alrededor del cuello.

No he podido pensar en nada más en toda la noche, excepto en la pelirroja Ana detrás de la barra. La había observado toda la noche, siguiendo la forma en que su trasero se movía bajo ese pantalón de mezclilla. Hasta que Big T le dio la señal y me imaginé que su turno había terminado. Había recogido sus cosas de la parte de atrás de la barra y se fue, dando vueltas alrededor de las mesas llenas de gente. Tuve que hacer todo lo posible para no interceptarla en su camino.

—Chicos, váyanse a casa—, Big T se acercó a nuestra mesa y empezó a recoger nuestras botellas y vasos. Los otros empezaron a levantarse, ligeramente inestables en sus pies y yo parpadeé. Dándome cuenta ahora de cuánto había bebido.

—Voy a dormir arriba—, le gruñí a nadie en particular y me acerqué a una de las literas, sintiendo mis pasos en la oscuridad. Ni siquiera me había molestado en escuchar la respuesta de los demás, sólo necesitaba estar solo.

En la oscuridad, me estrellé contra una de las camas, con una botella de cerveza aún en la mano. No podía quitarme a Ana de la cabeza. Pasé toda la noche en guerra conmigo mismo, maldiciendo a mi padre en voz baja por establecer esta ridícula regla.

Aunque me alegré de que esta regla existiera porque la mantenía a salvo fuera del alcance de todos los demás. Le habría torcido el cuello a cualquiera que pensara en acercarse a ella. Estaba a centímetros de sacar mi arma cuando Mickey casi la tocó. ¿Cómo iba a soportar verla trabajar en el bar todos los días, sabiendo que probablemente todos los demás tenían los mismos pensamientos que yo? Ella era fresca y tenía un aire de belleza virgen intacta. Prácticamente podía ver la baba goteando por los lados de su boca.

No podía permanecer despierto mucho más tiempo. El alcohol se filtraba en mi sistema, sobrepasando mis sentidos y me encontré a la deriva en el sueño. Seguía pensando en ella y en cómo olería su pelo en mi cara, en lo apretado que estaba su vagina y en cómo se sentiría mi verga dentro de ella.

Pero eso es todo lo que podía hacer... sólo soñar con ella, porque no podía tenerla.

A la mañana siguiente se llamó a todos a “la Iglesia”. Angello la había llamado así, y todo el Club sabía que nos íbamos a reunir en la oficina que estaba en el sótano de la Dama Afortunada.

Por suerte para mí, todo lo que tenía que hacer era lavarme la cara y bajar. Me dolía salir la cama, me baje arrastrándome cuanto me permitía el constante latido en mi cabeza. Mi móvil sonó con la alarma recordándome el mensaje que se envió y todo lo que quería hacer era estrellarlo contra la pared y volver a fantasear con la pelirroja de nuevo.

Ana. Pestañeé al pensar en ella. Ella se sentía real para mí. Había pensado tanto en ella que la podía sentir en la misma habitación en ese momento. Esas largas y delgadas piernas, la curva de sus caderas, el estiramiento de sus pechos debajo de ese top negro. Su vientre. ¿Sus pezones serían rosados o más bien oscuros? Me había despertado con la idea de chupar uno de ellos, apretando sus pechos hasta que chillara.

Nunca antes había despertado fantaseando con una mujer. Eso probablemente se debía a que nunca me había ido a dormir sin tener la chica que quería. Por otro lado, sentía que nunca estaría completamente satisfecho de Ana. No importaba cuántas veces la tuviera, seguiría queriendo más.

Cuando bajé las escaleras, todos se habían reunido en la oficina alrededor de la gran mesa de roble en la que papá se sentaba cuando quería intimidar a alguien en una reunión. Fui el último en llegar, pero hoy me importaba todo una mierda.

—Gracias por bendecirnos con tu presencia—, dijo papá, cuando entré por la puerta. Cobra sonrió y me pasó una mano por el pelo. Tenía una resaca de muerte.

—Slash, tienes la palabra—, le dijo papá y se aclaró la garganta antes de hablar, sus ojos marrones dorado brillaban con anticipación a la invitación a expresarse.

—Anoche vigilé la casa de empeños del Sr. García. Dio me lo pidió porque el Sr. García se quejaba de que los Hell's Angels le han estado haciendo visitas amenazantes últimamente—, comenzó a decir.

Estaba de pie en medio del círculo de hombres, con los brazos cruzados sobre el pecho. Papá estaba detrás del escritorio con sus puños cerrados, inclinándose mientras miraba a Slash con los ojos entrecerrados.

—¿Viste algo? — Coronado fue el que preguntó, se impacientó y Slash sacudió la cabeza.

—Nada anoche, pero tengo un mal presentimiento. Varios se quejaron de lo mismo la semana pasada y el Sr. García dijo que algunos de los otros negocios también fueron sacudidos—, continuó Slash y papá me miró y yo apreté la mandíbula.

—Puede que vuelvan a atacar la tienda—, dijo Slash y yo me adelanté.

—Reyes y Slash deberían vigilar el lugar por un par noches—, dije y papá asintió.

—Estaba pensando lo mismo—, dijo Reyes.

—¿Qué crees que están planeando? — Cobra preguntó y todos miramos mientras papá respiraba profundamente.

—Sea lo que sea, tenemos que estar preparados—, dijo.

—Disparen apenas los vean—, dije y hubo silencio por unos momentos en la oficina. Sabía que los demás me observaban intensamente, tanto como observaban a papá para ver si estaba de acuerdo.

—Disparen en cuanto los tengan a la vista—, dijo, y yo sentí como se puso en funcionamiento un murmullo en la habitación.

—No vamos a permitir que se burlen de nosotros—, papá habló de nuevo y hubo silencio en la habitación.

—Slash, Reyes, preséntense mañana por la mañana en la tienda del sr. García y asegúrense de hacer las maletas para pasar la noche ahí—, les dijo papá, a lo que ambos asintieron con la cabeza.

Después de eso nos dispersamos, no antes de que intercambiara miradas de reconocimiento con papá primero. No lo hablamos abiertamente, pero esta era la clase de guerra para la que me había preparado toda mi vida. Este era el tipo de decisiones que tendría que tomar cuando me hiciera cargo del Club de motoqueros, y estaba listo para tomarlas.

Capítulo 7

Ana

Había pasado una semana, y todavía no podía dejar de pensar en Dio.

Dominar el trabajo fue tarea fácil. Tenía que servir los tragos y controlar quién pagaba y quién no. Big T siempre estaba cerca, lo que significaba que no tenía que decidir nada por mí cuenta. Además, algunos de los tipos con chaquetas siempre estaban en el bar, y en su presencia, siempre me sentía segura. Me di cuenta de que pertenecían a una especie de club... Tenía mis sospechas de que era un club de motociclistas. Y Dio también formaba parte de él.

Todavía me miraba cuando me paseaba alrededor del bar con las bandejas, me desnudaba con los ojos, vigilando cada uno de mis movimientos. Y cada vez que lo veía, no podía deshacerme de la sensación que me provocó la primera noche que nos conocimos. Me estaba volviendo loca.

Big T me había dado instrucciones cuando me uní, junto con el resto de mi entrenamiento. Se suponía que los empleados no debían acostarse con ninguno de los miembros, es decir, con ninguno de los tipos con chalecos. Lo que significaba que el Dio estaba fuera de los límites. Me preguntaba si era por eso que no había venido a hablarme desde el primer día. Tenía que mantener mis muslos apretados, cada vez que lo veía, porque cuanto más pensaba en cómo no podía tenerlo, más lo quería.

Mi turno acababa de empezar cuando llegó Dio esa noche. Chaqueta de cuero, pelo peinado perfectamente, sus hombros levantados y sus ojos azules fijos en mí que en ese momento me encontraba detrás del mostrador. Se paró cerca de una de las mesas, quitándose los guantes. Oí el rugido de su moto afuera y comencé a reconocer el sonido distintivo de su motor. Mi cuerpo ya estaba preparado para su entrada, pero incluso entonces, sentí como si me hubiera agarrado por la cintura y me hubiera arrastrado hacia él.

Todavía era temprano y el bar estaba vacío. Sólo Big T trabajaba en la bodega detrás de mí y había otro cliente en una esquina lejana, tomando un trago más temprano de lo habitual. Dio caminó sigilosamente hacia mí, mientras yo contaba el dinero en la caja registradora. En realidad, no estaba contando absolutamente nada. No podía concentrarme con él allí.

—¿Eres feliz trabajando aquí? — fueron sus primeras palabras. No me había hablado en una semana, y aquí estaba, haciéndome esta pregunta profundamente personal. Lo miré atrevidamente a los ojos y me obligué a sonreír y asentí con la cabeza.

Los ojos de Dio revoloteaban sobre mi cuerpo, bebiendo en la forma de mis pechos, la inclinación de mi cuello... Me sentí desnuda y vulnerable otra vez. No pude evitar imaginarlo tomando la iniciativa, empujándose contra la pared...

—Sí, me gusta estar aquí—, dije en su lugar, tragándome mis fantasías mientras me miraba.

Quería pasar mis dedos sobre su piel, sentir sus músculos moverse.

—Avísame si alguien te da problemas—, dijo y puso su casco en el mostrador a mi lado. Podía sentir mis mejillas sonrojadas con esas palabras. Sabía que si había un hombre que podía mantenerme a salvo, era Dio. No lo conocía, pero al menos sabía eso de él. Seguía mirándome con los ojos entrecerrados y yo aparté la mirada de él.

—Gracias, pero todos aquí son buenos conmigo—, respondí y mis hombros se endurecieron cuando se inclinó hacia mí sobre el mostrador. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué iba a hacer? No se nos permitía acercarnos tanto.

—Avísame si crees que están siendo demasiado buenos contigo—, dijo, en voz baja y ruda, y sentí que se me trababa el aliento en la garganta. Sabía exactamente de lo que estaba hablando. Hablaba de las cosas que yo quería que me hiciera. Podía sentir mis dedos temblando bajo el mostrador. Una semana fantaseando con él. Una semana de tocarme y pensar en sus dedos ásperos en mi clítoris. Podía sentir mi piel echando chispas.

—Ana, oh hey, Dio—, Big T había salido de la bodega. Dio se deslizó a una distancia respetable de mí e inclinó su cabeza hacia Big T.

—Hay un nuevo cargamento de cerveza en la parte de atrás, puedes recibirlo y reponerlo en la nevera—, me dijo Big T, sustituyéndome en la caja registradora. Intenté reponerme rápidamente. Estar tan cerca de Dio tuvo un efecto desconcertante en mí y necesitaba sacudírmelo de encima rápidamente.

—Claro—, dije.

—Te ayudaré—, se apresuró a decir Dio y, por suerte, parecía que Big T no sospechaba nada.

Con mis sentidos completamente inconscientes y mis dedos todavía temblando de tensión, me di la vuelta y caminé hacia la parte de atrás. Dio estaba detrás de mí y pude sentir su presencia.

—No debes tener miedo de pedir ayuda. Esos envíos pueden ser pesados—, le oí decir. Había cajas de cerveza apiladas cerca de la nevera y caminé hacia ellas, agachándome para recoger una.

—Puedo manejarlo—, dije, y Dio se agachó para recoger una también.

—Pareces tan delicada que creo que te vas a romper—, dijo, justo cuando levanté una caja. Era muy pesada, pero aun así pude levantarla y sus cejas se arquearon con sorpresa.

—Estoy impresionado. ¿Qué más puedes hacer que yo no sepa? — dijo, siguiéndome hasta la nevera. En sus brazos, la caja con la que luchaba por llevar, parecía una pluma. Sus bíceps estaban tensos, pero sólo un poco. Podría haber llevado al menos tres de ellas juntas si hubiera querido.

Empujé la puerta de la nevera, me volví hacia él para sonreír y me siguió dentro. Era una

pequeña habitación de forma cuadrada, fría por la baja temperatura y con una tenue bombilla azul fluorescente colgando del techo.

Coloqué la caja en el suelo, y luego oí que la puerta se cerraba detrás de mí. Me di la vuelta y me encontré a Dio de pie justo detrás mío. Me estrellé contra él y jadeé con sorpresa. Nuestros cuerpos habían chocado, y en el siguiente momento, él estaba caminando hacia mí, obligándome a retroceder hasta que mi espalda se apretó contra la fría pared de la nevera.

Dio quedó sobre mí, su rostro se inclinó y aún en la oscuridad, pude ver que me miraba profundamente a los ojos. Había querido estar a solas con él durante tanto tiempo y ahora se hacía realidad.

—Tengo el presentimiento de que te va a gustar esto—, le oí decir, justo cuando bajaba la cara y nuestros labios se encontraron en un beso profundo. Sentí su lengua deslizarse sobre mis labios, antes de que me abriera la boca con fuerza y me metiera la lengua. Jadeé de nuevo, alcanzando sus musculosos hombros y justo cuando le rodeaba el cuello con los brazos, me alzo.

Me había colocado en la cima de una pequeña torre de cajas, su lengua explorando mi boca todo el tiempo. Mis piernas se separaron instintivamente y él se metió entre ellas. Su lengua dentro de mi boca, arqueando y alcanzando cada espacio... incliné mi cara para acomodarla a la de él, tratando de devolverle el beso pero él tenía el control. Él era el que iba a decidir qué pasaría después.

Traté de presionar mi cuerpo contra él, y su mano se levantó de mi cintura, enrollando ligeramente mi camiseta y luego me tocó el seno izquierdo. Me quejé en su boca y me besó aún más furiosamente.

Podía sentir su verga palpitando contra mi vagina mojada. Estábamos separados por la ropa, pero sabía que él deseaba quitármela. Estaba lista para recibir su lengua en el monte de mi clítoris.

Dio apartó su boca de la mía, y vi que sonreía, mientras yo estaba sin aliento.

—Tan dulce, tan tímida—, dijo con voz gutural baja y yo arqueé mi espalda, empujando mis pechos hacia él. Quería más. El beso no era suficiente.

Su mano que me estaba acariciando el pecho se movió sobre mi vientre ahora, bajando hasta que tocó mis bragas mojadas bajo mi falda.

Me mordí el labio y cerré los ojos. Sus dedos habían empezado a acariciar mi clítoris a través de mis bragas y podía sentir mis jugos saliendo de mi vagina y bajando por mis muslos. Los dedos de Dio eran gruesos y ásperos y no estaba siendo amable conmigo. Al igual que yo, él también había intentado contenerse durante una semana, pero ahora era imposible. Tenía que tener una parte de él dentro mío.

—Veamos qué tan apretado está esta vagina—, dijo, acercando su cara a la mía y me quejé de nuevo. Tiró de mi calzón con el pulgar y aunque me había preparado para lo que venía, no había anticipado el empuje. Dos dedos, rápida y expertamente utilizados. Me empujó sus dedos

dentro y pude oírme llorar. Mis piernas estaban abiertas a su alrededor y él deslizaba sus dedos dentro y fuera de mí. Mis jugos lo ayudaron, lo invitaron a entrar, señalándole que yo quería más.

—Apretado—. Justo como pensaba—, dijo y su pulgar encontró mi clítoris.

Podía sentir mis sentidos tambaleándose. Alcancé mis pechos y los apreté. Lo único que me satisfaría ahora sería su pene dentro de mí. Dio me miraba a la cara, con los ojos entrecerrados, viendo como él lograba acercar mi cuerpo cada vez más al clímax.

Su pulgar frotó mi clítoris mientras sus dedos golpeaban mi coño, dentro y fuera, mezclados con mis bajos gemidos. Estuve a punto de rogarle que lo hiciera con su verga, pero tenía la sensación de que no querría que le dijeran qué hacer.

—Acaba para mí, princesa—, le oí decir, y eso fue todo lo que necesitaba. Su permiso. Mi cuerpo se sacudió y pude sentir como mis jugos se deslizaban fuera de mí y quedaban en sus dedos. Dio no dejó de arar en mí, sus dedos me alcanzaron profundamente y se deslizaron hacia afuera, la fricción hizo que mis pliegues temblaran de placer. Mi clítoris estaba hinchado y palpitante y él sabía exactamente cómo hacer que mi orgasmo durara más que nunca.

Se sentía como una experiencia extrasensorial, como si mi alma estuviera amargada y este placer inaudito me hubiera sanado. No podía creer lo bien que se había sentido, y ni siquiera le había tocado su pene todavía. Cuando mi respiración comenzó a disminuir, mis ojos comenzaron a ajustarse en la oscuridad otra vez. Dio sonreía. Estaba satisfecho con su resultado. Había hecho que pareciera fácil y natural, aunque nunca me había acostado con un tipo que me pudiera hacer acabar así. Sólo con sus dedos.

Su móvil sonó, de repente llenó los pequeños confines de la nevera y Dio se alejó abruptamente de mí. Sus cejas se entrecruzaron inmediatamente y sacó su teléfono. La luz blanca de la pantalla iluminó su cara y sentí un dolor en la boca del estómago.

El sentido estaba volviendo a mi sistema. Acababa de tener un orgasmo. Con alguien con quien se suponía que no debía meterme. ¿Podría perder mi trabajo por esto? ¿Le presumiría de lo que hicimos a Big T o a Angello? Mi corazón se aceleraba. No podía perder este trabajo. Necesitaba el dinero.

Dio me miró, mientras metía su móvil en el bolsillo. Tenía la mandíbula apretada y la sonrisa había desaparecido de su rostro.

Sin decir una palabra, se alejó hacia la puerta. Le sostuve la mirada, mi corazón aún estaba corriendo a una milla por minuto. Abrió la puerta a empujones, justo cuando cerré las piernas y la luz llenó la habitación por unos momentos.

Y luego se fue.

Capítulo 8

Dio

Volví a llamar a Reyes cuando regresé a mi moto.

—Cobra tiene información—, dijo Reyes en el teléfono mientras yo aceleraba el motor.

—¿Información sobre qué? —Pregunté.

—Los Hell's Angels—. Quiere que nos encontremos con él—, respondió Reyes y pude oírlo encender su propio motor.

—¿Dónde está?

—Está jugando póquer en “Las gatitas”—, me dijo Reyes y yo puse los ojos en blanco. Era obvio. ¿Dónde más podría estar?

—Te veré allí en quince minutos—, dije y corté la llamada.

Las gatitas era un pub en el centro, y era menos que un pub y más como un club de striptease. Por alguna razón, después de haber estado con Ana, no estaba interesado en mirar cuerpos desnudos.

Apreté los dientes mientras me volvía a poner el casco y salía del estacionamiento del bar. Esto era nuevo para mí. ¿Desde cuándo no quería ir a un club de striptease porque acababa de meterle el dedo a otra chica? ¿Qué me había hecho Ana?

Sentí el viento azotando mi cara mientras montaba la motocicleta, agarrando el manillar fuertemente con mis manos.

Acababa de romper una de las reglas de papá. Una regla que había sido religiosamente seguida por todos los miembros del Club. Técnicamente, no me había acostado con ella, sólo la había hecho venirse y era lo más dulce que había visto. Su cuerpo tembló cuando acabo y todavía podía sentir su persistente olor en mis dedos. Almizclado y fuerte, sorprendente para una chica tan deliciosamente dulce. Deseaba poder lamer esa vulva, tenerla en mi boca, sentir sus jugos caer sobre mi lengua.

Pero cada vez que pensaba en Ana, pensaba en cómo había ido contra del Club. Casi me había acostado con una empleada cuando no debía hacerlo. Iba a asumir el cargo de presidente eventualmente, y no podía ser yo quien rompiera las reglas que mi padre había establecido.

Una cosa que sabía era que quería más. Lo que acababa de pasar no era suficiente, y si volvía a pasar, habría consecuencias. Papá no lo dejaría pasar sólo porque yo fuera su hijo. Las reglas eran iguales para cada miembro del club.

Las calles serpenteaban y yo conducía mi maquina con furia. Quería deshacerme de esa sensación pegajosa de tener la boca de Ana en la mía, mis dedos en ella. Tenía un trabajo que hacer. Tenía otras cosas en las que concentrarme. Fantasear con la vagina de Ana era la menor de mis preocupaciones. Debería haber quedado satisfecho, pero no lo estaba.

Esto que sentía era una jodida mierda.

Capítulo 9

Dio

Reyes y yo entramos en Las gatitas e inmediatamente, el humo nos rodeó como una neblina. La música no estaba muy alta, pero lo suficiente para que el suelo retumbara bajo mis pies. Reyes y yo buscamos a Cobra mientras pasábamos por los escenarios que estaban alrededor del salón. Postes brillantes y mujeres desnudas con tetas falsas bailaban a nuestro alrededor.

Movían sus cuerpos de forma experta, con sus caderas girando y sus tetas rebotando mientras se deslizaban y bailaban al ritmo de la música. Eran expertas en lo que hacían. Lo sabía por experiencia había estado con la mayoría de estas chicas. Se movían mucho, pero sus carnes seguían estando apretadas y sabían exactamente cómo mover las caderas.

El lugar era oscuro y lo iluminaba sólo un par de luces fluorescentes rosadas y púrpuras. Aún no habíamos encontrado a Cobra, pero estábamos seguros de que estaría allí en algún lugar. Pasamos por los sofás y las cabinas donde los hombres estaban desparramados, algunos en grupos con estas chicas por todas partes. Si venías cargado con un fajo de dinero, podías hacer que estas chicas hicieran prácticamente todo lo que quisieras.

En cualquier otra noche, hubiera admirado las pantaletas con estampados de burbujas, los pezones hinchados y las cinturas diminutas, aunque esta noche, todo lo que podía pensar era en la forma en que Ana había temblado cuando le toqué la vagina por primera vez. En cómo había dejado que mi lengua se deslizara por su garganta. Qué dulce sabor tenía y mis dedos aún olían a ella.

—Ahí está—, Reyes me sacó de mis pensamientos y vi a Cobra, sentado en un gran sofá púrpura con una chica casi desnuda en su regazo. Sonreía y se alegraba cuando nos vio caminar hacia él, y dio un largo pitido a su cigarro. El olor se hizo más fuerte cuando nos acercamos a él, y por la mirada vidriosa de sus ojos, pude ver que había estado fumando algo que no eran cigarrillos. Cobra estaba drogado.

—¡Mis hermanos están aquí! — Cobra abrió los brazos y nos ofreció el porro a Reyes y a mí, y ambos lo rechazamos. Intentábamos hacer un trabajo, lo que significaba que debíamos mantenernos sobrios. Al menos lo más que fuera posible.

La chica se deslizó sobre Cobra, levantando el culo en el aire con su tanga rosa de lentejuelas clavada en el culo. Sus enormes tetas falsas colgaban sobre la cara de Cobra mientras nos miraba. Su mano se deslizó por su espalda desnuda mientras ella se movía como si estuviera en trance. Tenía purpurina en toda su piel, plata y oro, a juego con el maquillaje que se le había puesto en la cara. Volvió la cabeza hacia un lado y vi la mirada de invitación en sus ojos.

Se la habría arrebatado a Cobra. Cualquier otra noche, hubiera sido mi cara la que colgara en sus tetas, mis manos metiendo billetes en su tanga, pero no sentí nada esta noche. No estaba excitándome en lo más mínimo. Lo cual apestaba. Ana me había hecho algo que no podía explicar.

—¿Qué está pasando? — Le pregunté a Cobra, centrándome en él de nuevo e ignorando sus saludos abiertamente felices. Estaba drogado y no tenía paciencia con él. Sólo quería sacarle la información y salir de este lugar.

—Acabo de ganar al póquer, hermano—, dijo y levantó una mano sosteniendo unos billetes de cien dólares.

—Felicidades—, dijo Reyes con una voz impaciente y sombría, mientras que Cobra tomó otra bocanada de hierba, tosiendo ligeramente cuando dejó salir el humo de sus pulmones. La chica se inclinó y le lamió un lado de la cara, como para consolarle.

—¿Contra quién jugabas? — Le pregunté, consciente de que tendríamos que sacarle la información. No estaba de humor para aguantar sus desvaríos.

—Con dos tipos de los Cazadores del Caos—, dijo Cobra y Reyes y yo intercambiamos miradas. No eran exactamente una pandilla rival, pero se asociaron con los Hell's Angels.

—Esos hijos de puta están reclutando, los Hell's Angels quiero decir—, dijo Cobra, de repente se puso serio, y la chica en su regazo le alcanzó la entrepierna. Me incliné, agarré a la chica por la cintura y la quite de encima de Cobra. Ella tropezó, chillando y luego riéndose mientras se alejaba de nosotros.

—Tienes que decirnos exactamente lo que has oído, Cobra. Concéntrate—, dijo Reyes y Cobra respiró hondo.

—Vale, vale. Los chicos dijeron que están reclutando, recogiendo a chicos de la calle y entrenándolos—, dijo. Reyes y yo volvimos a intercambiar miradas.

—¿Entrenarlos para qué? — Pregunté y Cobra se pasó una mano por el pelo, como si estuviera nervioso por contarnos la siguiente parte.

—¿Qué dijeron? — El rey lo engancho de nuevo.

—Tienen un ring de peleas clandestinas. Apuestan en las peleas—, nos dijo Cobra y yo me alejé de él y apreté la mandíbula.

—¿Y están usando niños para esto? — Pregunté, clavando mis ojos en Cobra.

—Eso es lo que dijeron esos tipos. Es un rumor de segunda mano, pero es algo. Nos dijiste que estuviéramos atentos—, dijo Cobra y Reyes se adelantó para darle un golpe en la espalda.

—Buen trabajo, hombre—, le dijo y Cobra pareció satisfecho.

Reyes y yo nos dimos la vuelta y empezamos a caminar hacia la salida. Cuando lo miré, parecía un poco sorprendido de que no me quedara. Estábamos en un club de striptease, y no me estaba tirando a una chica. No ocurría eso a menudo.

—Creo que deberíamos ir conocer este ring de pelea—, dije, tratando de distraer a Reyes de

hacerme preguntas sobre por qué no me interesaban todas las tetas desnudas a mi alrededor.

—Pero tenemos que consultarlo con Angello primero, ¿no? — dijo mientras salíamos a la noche otra vez.

—Sí—, respondí, mi mente ya se preguntaba qué podría estar haciendo Ana.

Capítulo 10

Ana

Estaba rodeada de libros en la sala de estar de Clara. Ella estaba en la cocina detrás de mí, cocinando la cena mientras yo estudiaba. Estaba tratando de entrar en un programa de Técnico Veterinario en la ciudad, y estaba decidida a cambiar mi vida. Unas semanas más en este trabajo me darían suficiente dinero para mudarme del apartamento de Clara y podría empezar a pagarle por toda su ayuda en las últimas semanas.

—Unos pocos centímetros más, y te vas a caer sobre tu libro—, me advirtió y me di cuenta de que había estado inclinada sobre el sofá, tratando de absorber cada palabra de la página. Mis circunstancias no eran ideales para estar concentrada realmente, pero estaba haciendo lo mejor que podía. De alguna manera me las había arreglado para poner a Dio en el fondo de mi mente y trabajar en el examen de ingreso. La sensación de tener sus dedos deslizándose dentro y fuera de mi vagina todavía estaba muy latente en mi mente, pero trataba de no pensar en eso.

—Sólo un capítulo más y podremos comer—, le respondí felizmente, en ese momento escuchamos un fuerte golpe en la puerta.

Me volví para mirar a Clara, que tenía las cejas en alto sorprendida.

—¿Esperas a alguien? — Le pregunté, a medida que los golpes en la puerta se hacían más fuertes. Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—No que yo recuerde. Podría ser el Sr. González, vive al lado y a veces olvida a qué puerta llama—. Clara se limpió las manos en el delantal de su cintura mientras caminaba hacia la puerta.

—Eso no es exactamente llamar—, dije, con una sonrisa de oreja a oreja, volviendo a mi libro.

—Puede que haya bebido demasiado, mañana se avergonzará y se disculpará cuando se encuentre conmigo—, dijo ella riéndose y abrió la puerta.

Escuché su voz antes de verlo, e inmediatamente mi sangre se enfrió.

—¿Dónde diablos está? — La voz de José era áspera y fría cuando entró en el apartamento. Había empujado a Clara a un lado y ahora ella estaba pegada de espaldas a la pared mientras se lanzaba hacia mí.

Grité, en sólo una fracción de segundo me agarraba el brazo y me apretaba, tirándome del sofá.

—¡José! ¡Me haces daño! — Grité mientras me sacudía salvajemente.

—¿Pensaste que podías esconderte de mí para siempre? —, ladró, y de su boca saltó algo de

saliva sobre mi cara. Mis ojos se abrieron de par en par y se fijaron en su rostro enfurecido. Pude ver que estaba borracho, pude oler la cerveza en su aliento. Su cara se había puesto roja de ira y por primera vez en mi vida, tenía miedo de morir. Era más grande y más fuerte que yo y podía matarme muy fácilmente.

—José, por favor. Suéltame y déjeme explicarte—, le supliqué y sentí la presión de su agarre en mi brazo. Lo estaba apretando, apretando mi carne y un dolor agudo subió y bajó por mi brazo. Me sostenía justo debajo del codo, manteniéndome alzada, a pocos centímetros de su cara.

—¿Dónde está? —, ladró, la saliva voló por todas partes.

—No sé de qué estás hablando, por favor, déjame ir. Me estás haciendo daño—, supliqué. Podía oír a Clara detrás de él, sollozando. La había arrastrado a esto, y ahora ella tenía que ver cómo golpeaban a su mejor amiga.

—¿Dónde está el dinero? — José me acercó su cara. Estaba enseñando los dientes como un animal salvaje y en ese momento, supe que era capaz de todo. No podía moverme, mis pies estaban congelados, estaba colgando de su garra sobre mi brazo... tratando inútilmente de soltarme.

—No tengo tu dinero, José, lo prometo—, lloré, lágrimas calientes rodaron por mis mejillas.

¿Cómo se había convertido Javier en esto? Este no era el tipo del que pensé que me había enamorado. Pero tal vez, no lo conocía en absoluto. Sus fosas nasales estaban acampanadas, desvariaba en una furia de borracho incontrolable y no tenía ni idea de cómo me había encontrado. Creía que no sabía dónde vivía Clara.

—¡Me falta dinero y sé que tú lo has cogido! — grito de nuevo y me sacudió el brazo. Sus dedos se estaban clavando en mi carne y el dolor se hacía más intenso a cada segundo. Tenía miedo de otro puñetazo, de un puñetazo más fuerte que la última vez. No quería que Clara saliera herida, no quería que viera lo que era capaz de hacerme.

—No tomé nada, José, no tengo ni idea de lo que estás hablando—, lloré, tratando de sacar las palabras de mi garganta. Clara seguía sollozando junto a la puerta, a veces tomando valor para gritarle a José que me dejara ir.

—Perra mentirosa—. ¡Dime dónde lo has escondido! — gritó y con su mano libre, empujó todos los libros y papeles de la mesa de café y se fueron volando al suelo. Pero no me soltó el brazo, y pude sentir que mi fuerza se debilitaba. Algo había cambiado en José. No se trataba sólo de un poco de dinero, estaba desesperado por ese supuesto dinero y pensé que ya ganaba suficiente en su trabajo.

—Prometo que no lo tengo. Por favor, José, créeme—, lloré, sollozando salvajemente ahora. Intenté librarme de su agarre de nuevo, lo que sólo le hizo apretar su presión sobre mí. Me atrajo hacia sí mismo y yo grité con horror. Su cara estaba de nuevo cerca de la mía, y pude ver la rabia que goteaba de sus ojos inyectados en sangre. Era capaz de cualquier cosa por ese dinero del que hablaba. ¿Por qué era tan importante para él?

—Dime dónde está antes de que te golpee la cara—, amenazó con un silbido a través de los dientes apretados. Estaba llorando, mi cuerpo temblaba de horror. Había cerrado su otro puño, a punto de estrellarlo sobre mi cara.

—¡Voy a llamar a la policía! — Clara gritó y José y yo la miramos. Ella sostenía su celular en el aire y podíamos ver que había marcado el número de la policía en la pantalla. El agarre de José en mi brazo se debilitó, dándome la oportunidad de escabullirme. Me alejé de él, tropezando con mis libros y me caí al suelo.

—¡Vete ahora o llamaré a la policía! — Clara gritó de nuevo y yo miré hacia arriba para ver que José me miraba, con los hombros llenos de furia.

—No he terminado contigo—, gruñó, en voz baja y justo cuando pensé que me iba a patear, se dio la vuelta y se fue. Cuando llegó a la puerta, Clara se acobardó. La miró directamente a los ojos y pude ver que ella estaba tratando de devolverle la mirada, para dar una muestra de confianza.

Cuando José salió, Clara cerró la puerta de un portazo, giró la cerradura y puso la cadena.

Mi sollozo se hizo más fuerte y ella corrió hacia mí, arrodillándose en el suelo a mi lado.

—Oh, cariño, ¿estás bien? — me preguntó y me cogió del brazo. José había dejado un moretón en mi brazo. Mi piel era de color rosa brillante y podía sentir que palpitaba de dolor donde él había metido los dedos en mi carne.

Clara pasó sus dedos por el lugar y yo hice un gesto de dolor.

—Tenemos que ponerle hielo—, dijo ella y yo traté de controlar mis gritos.

—Lo siento mucho, Clara, no debí haber traído esto hasta tu puerta—, dije, mi cuerpo temblaba por el dolor y el shock.

Se levantó para coger un paquete de hielo del congelador y volvió con él y se sentó de nuevo en el suelo.

—¿Estás herida en alguna otra parte, cariño? — preguntó con voz de arrullo y yo sacudí la cabeza.

—Clara... lo siento mucho—, todo lo que podía hacer era disculparme y llorar. Más que sentir miedo por mí misma, me sentía responsable de poner la vida de mi amiga en peligro. Ella me miró y me arrastró hacia ella en un fuerte abrazo.

—No podemos quedarnos más aquí, ya le has oído, va a volver—, dijo.

—¿Adónde vamos a ir? — Le pregunté, olfateando e intentando detener los temblores en mis brazos.

—Deberíamos quedarnos con Rodrigo unos días, hasta que las cosas se calmen, ya sabes.

José no sabe de Rodrigo, así que será difícil que nos encuentre allí—, dijo y yo asentí con la cabeza, agradecida de que ella tuviera un novio en el que pudiera confiar.

—Es muy tarde y está trabajando, pero mañana, ve directamente a su apartamento después del trabajo. Te enviaré un mensaje con su dirección—, dijo ella y nos abrazamos de nuevo.

¿En qué me había metido?

Capítulo 11

Dio

—Yo iré—, dijo Slash. La reunión había terminado, y todos estábamos sentados alrededor de nuestra mesa habitual en La Dama Afortunada. Papá acababa de darnos el visto bueno para investigar los clubes de lucha que dirigían los Hell's Angels.

—Destacarías demasiado. Dio, Cobra y Reyes deben ir—, dijo papá, vaciando los restos de una botella de cerveza en su garganta. Asentí con la cabeza, justo cuando Ana entró en mi campo de visión. Estaba sirviendo cerveza en una mesa delante de nosotros, y aunque había puesto una sonrisa en su cara, pude ver el vacío en sus ojos.

Sentí un movimiento en mis pantalones cuando la vi, pero parecía asustada, o triste... o algo así. Entonces mi mirada cayó en su brazo, cerca de su codo había una mancha púrpura profunda que parecía un moretón fresco.

Salté de mi silla y me acerqué a ella. Acababa de poner la bandeja de cervezas en la mesa, cuando me acerqué por detrás de ella.

—Afuera, ahora—, gruñí y ella me miró con sus amplios ojos verdes, su largo cabello rojo balanceándose mientras se movía. Podía ver la determinación en mis ojos y no se resistió.

Salí del bar y pude oírla siguiéndome. Afuera, entre las bicicletas estacionadas, me acerqué a ella y la alcancé del brazo.

—¿Qué carajo es esto? — Gruñí, sosteniendo su mirada aunque ella trató de mirar hacia otro lado. Había manchas de color rosa brillante en la parte superior de sus mejillas, sus ojos verdes parecían apagados. Estaba escondiendo algo.

—No es nada. Me he hecho daño—, dijo e intentó apartar el brazo. La dejé ir, pero no iba a dejarla caer.

—¿Quién te hizo esto? — Gruñí con una voz más fuerte y me acerqué a ella. No podía ocultarme un moretón. Reconocí un moretón causado por un fuerte agarre en cuanto lo vi. ¿A quién estaba tratando de engañar?

—Nadie—. Me lastimé accidentalmente—, dijo Ana y se metió nerviosamente unos mechones rojos extraviados detrás de las orejas. Se negaba a mirarme a los ojos. Le alcancé la barbilla y le levanté la cara para que me mirara. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí un fuego ardiendo en la boca del estómago.

—Confía en mí, Ana. Dime quién hizo esto—, dije, con una voz más suave. La agresión no iba a funcionar con ella, necesitaba que fuera honesta conmigo.

—Mi ex... mi ex novio. Estaba borracho y enfadado y me encontró en casa de mi mejor amiga —, balbuceó y yo le quite la mano de la barbilla. Podía sentir la furia corriendo por mis venas. Tuve que apretar los dientes para no arremeter contra algo. Contra cualquier cosa.

Algún imbécil tuvo la puta audacia de ponerle la mano encima a Ana.

Mi Ana.

—¿Quién es este hijo de puta? Voy a aplastarle la cara—, siseé, mirándola con ira. Ana engulló y miró hacia otro lado.

—No, por favor no lo hagas. Sólo olvídalo. Estaba borracho y creo que se ha metido con malas influencias. Creo que le debe dinero a alguien—, dijo ella y sacudí la cabeza.

—Voy a encontrarlo y luego voy a matarlo—, gruñí y esta vez, ella se acercó a mí, dudando justo cuando estaba a punto de poner sus manos en mi pecho.

—Se ha ido, estoy bien... Dio, por favor, déjalo—, dijo, pero pude oír el miedo en su voz.

—No estás bien. Los imbéciles como estos no se detienen después de la primera vez que golpean a sus víctimas—, dije y le alcancé la cintura. Nuestros ojos estaban cerrados, su mirada era suave, de repente parecía menos asustada. —Ana, voy a mantenerte a salvo, vas a tener que confiar en mí. No voy a dejar que este hijo de puta se acerque a ti—, dije y su cara se volvió aún más suave, estaba a punto de llorar. Pude ver sus labios temblando. Sabía que quería estar de acuerdo conmigo, quería que la cuidara, pero su orgullo se interponía.

—Te vas a quedar conmigo. No quiero que te quedes en ningún sitio donde pueda encontrarte —, le dije, y mi mano en su cintura se sentía caliente. Sólo tocarla me hizo sentir vulnerable y no quería sentirme débil en ese momento. Ana bajó la mirada a sus pies y asintió con la cabeza. Iba a venir a casa conmigo.

—Y puedes pedirle a tu amiga que venga también. Ella tampoco está segura en su apartamento—, le dije y ella me miró a los ojos otra vez.

—Se está quedando con su novio, al menos por unos días y yo también iba a ir allí—, dijo, con una pequeña voz tranquila y tuve que hacer todo lo posible para no tirar de ella en mis brazos y besarla.

Alguien la había tocado.

Alguien le había hecho un moretón en el brazo.

Estaba viendo en rojo.

—Vamos—, le dije, y agarrándole la mano, la llevé a mi Harley estacionada. La ayudé a subir a la moto y luego me senté frente a ella. Dudó por un momento, antes de abrazarme.

Ese movimiento en mis pantalones otra vez. Mi pene tenía una mente propia, aunque el sexo

era lo último en lo que pensaba. Necesitaba que estuviera a salvo.

—¿Qué pasa con mi turno? Big T me espera dentro—, le oí decir, mientras aceleraba el motor.

—Puedes enviarle un mensaje de texto más tarde y decirle que te sientes mal. A Big T no le importará. Todos te quieren mucho ahí dentro—, le dije, honestamente. Todo lo que Big T hacía era hablar de la “dulce niña” que era Ana y de lo mucho que le ayudaba.

Y ahora mismo, no podía pensar en otra cosa que en sacarla de allí y ponerla a salvo. Y estar conmigo era lo más seguro que podía mantenerla.

Capítulo 12

Ana

—Bonito apartamento—, dije, mirando a mi alrededor. Dio estaba recogiendo ropa tirada y cajas de pizza del piso alfombrado, y las arrojaba a un rincón de la sala de estar. El lugar no era nada lujoso, pero estaba lo suficientemente bien mantenido para un soltero, especialmente para un tipo como él.

Habíamos estado relativamente silenciosos todo el camino hasta su apartamento, y todo lo que podía pensar era en cómo tenía mis brazos alrededor de él, cómo nuestros cuerpos se rozaban.

—¡Solía serlo! — dijo y ambos nos miramos y sonreímos.

Tenía razón, estaba más segura aquí. En su apartamento, con él. De hecho, no me había sentido tan segura antes y me acerqué al sofá que él acababa de limpiar y me senté.

—Gracias por esto, Dio, no tenías que hacerlo—, dije, amasando mis dedos. Estaba siendo honesta. No estaba en deuda conmigo como para tener que mantenerme a salvo. Yo sólo era una chica con la que casi tuvo sexo detrás de una barra. No tenía ninguna obligación conmigo.

Estaba parado junto a mí, mirándome a la cara y pude ver que me estaba estudiando de nuevo. De la misma manera intensa en que me seguía alrededor de la barra con sus ojos. El flujo y reflujo del deseo volvió a la boca del estómago y me lamí los labios para controlar la tensión. Sabía cómo se sentían sus dedos en mi piel, en mi vagina... y no podía dejar de imaginármelo sin su ropa.

—Puedes llamarme Aidan—, dijo, con una voz más suave y amable, como si le quitara algo de energía el decirme esto.

—Es un nombre hermoso—, dije, sintiendo que mi voz también se debilitaba. Me pregunté a cuántas otras mujeres les había dicho su verdadero nombre. Parecía sentirse seguro y escondido detrás de la barrera de su apodo.

—Es irlandés—, dijo y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros oscuros y crucé una pierna sobre la otra. Estaba desesperada por hacer cualquier cosa para ocultar la tensión en mi vientre, extendiéndose lentamente a mi núcleo y a mis pechos. Podía sentir mis pezones rozando mi blusa. Sus penetrantes ojos azules eran suficientes para hacerme eso, y ahora estaba mirando mis piernas cruzadas.

Dio se puso de pie y yo levanté mi cuello para mirarlo, y luego, sin decir nada más, usó su dedo otra vez. Para inclinar mi cara hacia él. Y me besó. Esta vez fue un beso más suave y gentil, pero me había absorbido. Sus brazos se movieron hacia abajo, y me levantó por la cintura. Mis brazos rodearon su cuello, mis piernas rodearon su cintura y pude sentir que me cargaba, mi espalda se estaba presionando contra la pared de la sala de estar.

Me acunó, nuestros cuerpos se deslizaban uno contra el otro y le oí gruñir, justo en mi boca mientras su beso se hacía más fuerte. Más salvaje.

Se empujó ligeramente, contra mis piernas abiertas e incluso a través de sus vaqueros, me pude hacer una idea de lo grande que era su miembro. Se sentía bien el roce de su bulto contra mis bragas. Mi falda se había subido hasta los muslos y ahora estaba amontonada en mi cintura y su lengua se hundía más y más en mi garganta, Dio se estremeció aún más contra mí.

—Hay que quitarte las bragas—, gruñó, apartándose de mi boca y, con un rápido movimiento, la había tirado hacia abajo, colocándome de nuevo en el suelo. A continuación, me bajó la falda y luego, con prisas, me subió la blusa y me la puso en la cara. De repente, no llevaba nada más que mi sujetador y los tacones que usaba para trabajar.

Dio se detuvo, como si estuviera admirando una obra de arte que acababa de pintar. Podía ver mi vagina abierta y húmeda frente a él, aunque trataba de apretar los muslos. Sus ojos estaban clavados en ese punto afeitado entre mis piernas. Nunca me había sentido tan desnuda antes, bajo su mirada ardiente. Me estaba devorando sólo con sus ojos.

—Esa ropa también tiene que quitarse—, dije, impaciente. Aún no lo había visto desnudo, ni siquiera había visto su pecho. Dio me sonrió, y un brillo volvió a sus ojos azules glaciales.

—Exigente—, dijo perezosamente y luego, en cámara lenta, se quitó la chaqueta, se desabrochó los pantalones y se quitó la camiseta.

OHMYGOD. Querría haber chillado. Mi mente se tambaleaba con la obra exquisita que vi frente a mí. Músculos abultados, brazos y torso tatuados, un pecho liso como si hubiera sido tallado en piedra, sus abdominales pétreos estaban perfectamente alineados, su estómago era plano. Bajó sus calzoncillos, y mis ojos se dirigieron a la circunferencia de sus musculosos muslos y luego a su pene. Solo ver esa verga literalmente me debilitó las rodillas. Ni siquiera me había acercado a tener a alguien con una herramienta tan grande como la de él antes.

Tenía una ligera película de sudor por todo el cuerpo, que inmediatamente me hizo agua la boca.

—Cuando termines de buscar, podemos empezar—, le oí decir, sacándome de mis pensamientos. Dio tenía una sonrisa en su cara y no esperó una respuesta, se abalanzó sobre mí de nuevo y me levantó, lanzándome sobre su hombro. Chillé y me reí con alegría, olvidando todo lo demás que había pasado antes de este momento. Sólo podía pensar en él y en mí, y nuestros cuerpos se fusionaron.

Me llevo a una habitación oscura... un dormitorio... podía ver una cama doble, algunos carteles en la pared, un equipo de música en el suelo... y me dejó caer. Me había arrojado sobre su cama y ahora estaba trepando sobre mí.

Esta vez cuando me besaba, por el lado de mi cuello, pude sentir el rasguño de su barba en mi piel. Él estaba enfocado en recorrer el camino que lo llevaba hacia abajo y yo me arqueé contra él, sosteniendo la parte posterior de su cabeza con ambas manos. Quería que nuestros

núcleos se encontraran. Su pene y mi vagina mojada y goteando desesperadamente, pero aún no era el momento. Él tenía algo más en mente primero.

Tiró de los confines de mi sostén con sus dientes y lo observé, sus ojos se enfocaron en mi cara mientras succionaba mi pezón derecho en su boca.

—Por favor ... oh Dios mío ...— No sabía qué decir, ninguna de esas palabras tenía sentido en mi cabeza, mientras que Dio chupaba y lamía, como si estuviera devorando un helado derretido. Disparos de electricidad corrían por mi columna vertebral, directamente de mis pechos a los que estaba tan atento. Chupó mi pezón, hasta que estaba duro y dolorido por la lujuria y justo cuando apartó la boca y pensé que me iba a dejar tomar un descanso, me lo pellizcó, tirando de mi pezón con sus dientes bruscamente, hasta que grité con un dolor placentero.

Podía sentir mi vagina palpitando, mi clítoris hinchado y listo para él, húmedo y jugoso. Me dolía, no tener su verga metida dentro de mí, que estaba fuera de mi alcance.

—Por favor—, le rogué.

—¿Por favor qué, Ana? — miró hacia arriba pero sin dejar de lado el trabajo que estaba haciendo con los pezones, su boca se amartilló con una sonrisa, sus ojos brillaban de emoción.

—Por favor, cógeme, te necesito dentro de mí—, oí el grito en mi voz. Esas palabras nunca habían sido pronunciadas por mi boca antes. Nunca antes había rogado a un hombre así, pero mis palabras lo habían complacido. Dio sonrió, y me alcanzó su gruesa y abultada verga.

Arqueé mi espalda de nuevo, levantando mis caderas hacia él, invitándolo a entrar. Dio se acarició el pene, mirándome con concentración y justo cuando pensé que iba a entrar en mí, sólo me tocó con la punta en la vagina. Gemí con impaciencia, empujándome hacia él y él volvió a sonreír, disfrutando de que me retorciera debajo de él de esta manera.

Mi cabeza cayó sobre las almohadas y mis brazos se extendieron, recogiendo las sábanas en la desesperación. Podía sentirlo grueso y sólido como el acero, la cabeza de su pene deslizándose por mi vagina, burlándose de mí.

—Dilo otra vez, princesa—, le oí decir y mis párpados se agitaron, estaba empezando a sentirme débil.

—Por favor, cógeme, Dio. Haz lo que quieras, sólo cógeme—, supliqué de nuevo. Su polla se hundió lentamente y yo jadeé. Esto era lo que había estado esperando, fantaseando. Podía sentir mis pliegues estirarse, trabajando para acomodarse a todo su largo mientras se deslizaba centímetro a centímetro profundamente dentro de mí.

Sabía que era grande, sabía que yo necesitaba tiempo y me sorprendió lo considerado que estaba siendo. Dio no me había parecido el tipo de hombre que se preocupaba por si su polla era demasiado grande para una mujer.

—Quiero ver cómo te tocas—, dijo, y yo estaba muy ansioso por complacerlo. Mi mano voló hasta mi clítoris, el cual froté, manteniendo mis ojos en él mientras se mecía más profundamente

en mí. Sólo unos pocos centímetros más y me llenaría completamente. Era un doloroso placer, del que quería más. Él se lo tomaba con calma y yo se lo agradecía y ahora, mientras me frotaba el clítoris, sentía que mi cuerpo se relajaba, que mis músculos se relajaban aún más.

—Estás tan jodidamente apretada—, gruñó y rápidamente, apartó mi mano de mi clítoris y se hizo cargo. Su pulgar se movió expertamente en círculos en mi clítoris, mientras su polla se clavaba más profundamente en mí. Estaba dentro de mí ahora, cada centímetro de él y con mis piernas abiertas, moví mis caderas para sentirlo en cada parte de mí.

Me quejé, cuando comenzó a montarme, lentamente al principio y luego acelerando el paso. Mis caderas rotaban, para adaptarse a sus movimientos, mientras él se introducía en mí. Entrando y saliendo, deslizándose en mis jugos, alcanzando todos esos puntos de placer escondidos en mi interior que no todos podían alcanzar. Empezaba a luchar por contenerme.

—Tienes que venirte en mí verga, princesa—, dijo y vi la desesperación en sus ojos. Estaba luchando para no venirse también. No podía creer que se sintiera tan bien como yo. Yo tenía muy poca experiencia en la cama, en cambio podía ver que él era bueno en esto. Sabía exactamente cómo funciona el cuerpo de una mujer. ¿Cómo lo había llevado al límite tan rápidamente?

Dio me frotó el clítoris más fuerte, más vigorosamente mientras me hundía su pene. Gemí, sintiendo mi cuerpo elevarse con el suyo. Mis pechos rebotaron mientras me montaba, salvajemente, como una máquina. Él sólo quería que yo me viniera y yo se lo agradecí. Explorando sobre él y gritando de placer. Mis manos agarraban mis pechos y podía sentir mi garganta en carne viva con mis gritos.

Dio se derrumbó sobre mí, justo cuando llegó a su clímax, y sentí su calor llenándome. Gruñía y gruñía, y su voz estaba amortiguada por las sábanas en las que estaba enterrada su cara. Pude sentir que se vaciaba dentro de mí. Gimió y se sacudió mientras vaciaba la última gota de su semilla, y luego, lentamente, se deslizó fuera de mí y rodó sobre su espalda a mi lado.

—Mierda—, dijo, respirando fuerte, con los ojos cerrados. No podía dejar de sonreír, no podía creer lo increíble y liberador que se sentía. —Tu coño me aplastó—, dijo y luego se volvió hacia mí. Parecía como si estuviera realmente en shock, como si hubiera esperado durar más tiempo.

Entonces me cogió del brazo, su mirada volvió a caer sobre mi moretón y supe inmediatamente lo que estaba pensando.

Capítulo 13

Dio

El timbre del teléfono sonó agudo en mi oído y mis ojos se abrieron de golpe. Podía sentir el calor de Ana a mi lado, acurrucada en el hueco de mi brazo. Alcancé mi teléfono en la oscuridad y sentí que se movía, pero seguía durmiendo.

Era Slash.

—Atacaron la casa de empeño otra vez—, le oí decir, estaba respirando con dificultad. Me senté en la cama, mis piernas ya se balanceaban en el borde.

—¿Estabas solo?

—Le disparé a un tipo.

—¿Sigues con él?

—Sí.

—Estaré allí en unos minutos. Llama a Reyes y pídele que se reúna con nosotros allí—, dije y colgué el teléfono. En la oscuridad, empecé a vestirme, mientras Ana se quedaba durmiendo tranquilamente. Podía oler su olor en mi piel, la suavidad de su respiración mientras dormía se escuchaba fuerte en mis oídos. Por primera vez, no quería dejar a una mujer durmiendo en mi cama. Por primera vez, quería quedarme y aun así, tenía que irme.

Le di una última mirada antes de salir de la habitación. No se había movido, sólo se acurrucó en posición fetal entre las sábanas. Su cuerpo desnudo brillaba como la plata en la pálida luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas.

Salí de mi apartamento y me subí a mi moto. Al menos sabía que Ana estaría relativamente segura en mi apartamento. Más segura allí que en cualquier otro lugar. Todavía podía sentir la furia palpitante en mis sienes cada vez que pensaba en ese moretón en su brazo.

Un ex novio.

¡Un maldito ex novio!

Podría matarlo si ella me dejara.

Cabalgué rápido y ruidosamente hacia la casa de empeños de García y me di cuenta de que Reyes también estaba llegando al lugar.

El tipo de los Hell's Angels estaba sentado en el pavimento, agarrando su pierna con ambas manos debido a la sangre que brotaba de la herida de bala. Slash estaba de pie a su lado, su arma

apuntaba a la cabeza del tipo. Cerraba y abría mis puños mientras caminaba hacia ellos. Reyes me pisaba los talones, pero todo lo que quería era darle una paliza a alguien. Necesitaba sentir la mandíbula de un tipo en mis nudillos. No sabía cómo era ese ex novio, pero ahora me lo imaginaba bien. Este tipo de los Hell's Angels tendría que parecerse por esta noche.

No lo vio venir. No se lo esperaba. Le golpeé la mandíbula y un chorro de sangre salió de su boca y cayó de espaldas.

—¡Mierda! — Slash dio un paso atrás, una sonrisa se extendió en su rostro. Me paré sobre el cuerpo del tipo y sus gemidos sólo hicieron que mi sangre se cuajara más. Vi los largos miembros de Ana entrelazados en los míos, las curvas de sus caderas desnudas, sus piernas estiradas de forma atractiva, su pelo rojo volando mientras rebotaba debajo de mí. Un maldito idiota la había tocado y dejado un moretón.

Golpeé al tipo en la cara otra vez y él gimió aún más fuerte.

—¡Dio! — La voz del rey me sacó de mi furia ciega. —Necesitamos que esté consciente para poder interrogarlo—, dijo, con una voz más suave. Había visto la locura en mis ojos. Sabía que si me dejaba, mataría a este tipo. Apreté la mandíbula, mis hombros se agitaron con rabia y me alejé. Sentí algo así como un chasquido en mis nudillos y cuando miré hacia abajo los vi magullados y ensangrentados. Finalmente, pude sentir algo.

—¿Dónde están los clubes de lucha? — Slash pateó los pies del tipo. Gimió, y aun agarrando su herida, trató de levantarse. La sangre corría por la parte delantera de su cara y yo lo miré con los ojos inyectados en sangre y las fosas nasales abiertas. Podría volver a hacerlo. Podía estar machacándolo toda la noche, hasta que dejarlo sin sentido.

—Cerca de Gran Vía, el almacén abandonado—, dijo el tipo, la sangre salía de su boca mientras intentaba hablar.

—¿Están traficando con armas? — Preguntó el Rey. No podía pensar. No pude aprovechar el momento para interrogar a esta comadreja.

Slash le pateó los pies de nuevo cuando no respondió y el tipo sacudió la cabeza.

—Sí. ¡Mierda! — gimió y se agarró la herida más fuerte.

Estaban traficando con armas. Este era nuestro territorio. Nadie mueve armas en nuestro territorio. Me abalancé sobre él de nuevo y se acobardó, levantando su mano para proteger su cara de otro golpe. Me puse los cuellos de su chaqueta en las manos y lo acerqué a mi cara, para que me mirara a los ojos. Así no quedaría ninguna duda en su mente.

—Vuelve con tus amiguitos y diles que vamos por ellos—, gruñí y luego lo solté. El tipo se cayó de nuevo en el pavimento, pero ahora intentó deslizarse lejos de mí.

—Sabemos lo de las armas y de que recogen niños, y si no dejan de golpear la casa de empeño, habrá guerra—, le dijo Reyes al tipo con una voz más tranquila y recogida. Sacudió la cabeza y Reyes se acercó a mí. Íbamos a dejar que este bastardo se fuera.

—Alguien se despertó malhumorado—, dijo Slash con una risa, siguiéndonos hacia nuestras motocicletas ahora. Reyes estaba caminando a mi lado, vigilándome.

—Te fuiste de repente del bar—, dijo Reyes.

Me froté el dorso de la mano en la frente, ya que sentía un rastro de sangre en mi cara.

—He estado bebiendo como loco. Necesito recuperar el sueño—, dije, poniéndome el casco al acercarme a la moto. Reyes no parecía que se creyera la explicación, pero Slash no se había dado cuenta.

—Sí, duerme un poco belleza. Tal vez debas tomar un baño de barro y beber un poco de agua de pepino mientras lo haces—, dijo, riéndose solo. Todavía podía oírle reír mientras me alejaba de ellos.

Capítulo 14

Ana

Cuando me desperté, era de mañana y reconocí la habitación inmediatamente. Era donde me había dormido la noche anterior, en los brazos de un hombre que me había hecho sentir segura.

Dio estaba a mi lado, su brazo extendido a la defensiva sobre mis pechos y dormía con sus labios apretados en una firme línea. No pude evitar sonreír. Recordaba todo claramente, cada movimiento, cada toque, cada empujón y sentía un temblor en mi vientre. Lo deseaba sentir de nuevo.

Me moví, su brazo se deslizó sobre mis pechos y fue entonces cuando vi su mano. Había sangre, seca y apelmazada en sus nudillos y un grito subió por mi garganta. Me levanté y me senté en la cama y él gimió y se movió mientras dormía, apartando su rostro de mí y dirigiéndolo hacia la ventana.

Quería tocar su mano, sentir el moretón bajo la punta de mis dedos, pero tenía miedo de despertarlo. ¿Qué pasó anoche? ¿Dónde se había ido mientras yo dormía? Una descarga eléctrica me recorrió la columna vertebral, cuando recordé la mirada de rabia en sus ojos. Cada vez que miraba el moretón de mi brazo, esa rabia volvía. Por un momento, me pregunté si había encontrado a José. ¿Cómo podría hacerlo? No le había dicho el nombre de mi ex novio. ¿A quién había salido y le había dado un puñetazo? Y en medio de la noche, nada menos.

Salí de la cama y alcancé su camiseta en el suelo. La deslicé sobre mi cabeza y me la puse, sobredimensionada y suelta sobre mi cuerpo. Sólo unos minutos más. Lo dejé dormir un poco más...

En la cocina, abrí y cerré los estantes para buscar algo que prepararle a él. Todo estaba vacío. La nevera tenía cuatro huevos en un cartón olvidado, y el resto de los estantes estaban llenos de cervezas. ¿Qué comía este tipo? ¿Sólo sobrevivía con alcohol y aire fresco?

Abrí las ventanas de la cocina mientras cocinaba los huevos en una sartén. El olor de los huevos fritos llenó la cocina y una emoción recorrió mi columna vertebral. Estaba deseando ver su cara cuando se despertara. Colocando los huevos fritos en un plato, abrí el congelador y por suerte tenía algo de hielo. Mi instinto fue poner un poco de hielo en su moretón.

Llenando un vaso con unos cubitos de hielo, llevé el vaso y el plato de huevos al dormitorio. Casi jadeé con sorpresa cuando lo vi sentado en la cama, con las sábanas cubriendo su ingle y sus ojos mirando expectantes a la puerta.

—Lo siento, no quise despertarte—, dije, sintiendo mis mejillas llenas de emoción. Sus ojos azules estaban atravesando mi alma. Sus tatuajes se veían oscuros y amenazantes a la luz de la mañana.

—Ya estaba despierto cuando te deslizaste de la cama—, dijo y pasó una mano por su cabello castaño. Su barba se veía más oscura en su mandíbula, y sus bíceps sobresalían al colocar sus brazos sobre las rodillas dobladas.

Caminé hacia él, de repente no estaba segura de si podía equilibrar las cosas que llevaba. Él tuvo un efecto desestabilizador en mí, y me sentí tonta... como una adolescente drogada.

—Te traje un poco de hielo—, dije y le miré los nudillos. Siguió mi mirada y me pareció ver una sensación de autoconciencia en sus ojos.

Coloqué el plato de huevos en la cama a su lado y cogí un cubo de hielo del vaso. Sus manos permanecieron sobre sus rodillas, y suavemente toqué sus nudillos ensangrentados con el cubo de hielo. Si le picaba, no lo demostraba. Dio no hizo ni un solo movimiento.

Deslicé el cubo de hielo sobre su piel, viendo como la sangre seca comenzaba a humedecerse de nuevo.

—Deberías haber hecho esto anoche. Hubiera ayudado con el dolor—, dije y cuando levanté la vista, vi que me estaba mirando.

Me cogió la muñeca y me dejó sin aliento en la garganta. Con los ojos fijos en mí, me arrancó el cubo de hielo de la mano y en vez de dejarlo caer al suelo, lo acercó a mi cara.

Mis labios se abrieron instintivamente, mi corazón golpeó mi pecho porque no tenía ni idea de lo que planeaba hacer a continuación.

—Hermosa, dulce Ana—, dijo las palabras en un profundo susurro mientras el cubo de hielo se acercaba a mí. Lentamente, me tocó los labios con él y sentí el frío aguijón de su superficie. Me estaba observando, notando cada una de mis reacciones. Deslizó el cubo de hielo a lo largo de mis labios y mi cuerpo se inundó con una nueva ola de calor. ¿Cómo podía sentir tanto calor y frío al mismo tiempo?

Luego bajó con el hielo desde el labio, dejando un rastro en mi cuello, hasta llegar al cuello de la camiseta. Me miró, sus ojos azules brillando y sin avisar, dejó caer el cubo de hielo. Este se deslizó por la camiseta y yo salté con una risita. El hielo me hizo cosquillas y me sorprendió cuando se deslizó por mi pecho, rozando mi pezón izquierdo y luego se disolvió en un pequeño charco en la alfombra.

Todavía sonreía cuando levante mis ojos del piso. Me miraba por debajo de sus pesados párpados, como si estuviera formulando algún tipo de plan en su cabeza. Fuera lo que fuera que estuviera planeando, yo estaba incluida.

No había nada que pudiera hacerme que me asustara.

Yo lo quería todo.

Capítulo 15

Ana

Me llevó a la cama y caí en su regazo. Las sábanas se enredaron y él las empujó bruscamente a un lado, para que yo pudiera ver su furiosa erección. Esa gruesa y enojada verga que estaba lista para mí, y pude sentir la humedad en mi vagina.

—Me has robado la camiseta—, dijo con una sonrisa, mientras me acercaba los labios y nos besábamos. Nuestras lenguas hacían ruidos de chasquidos mientras nos besábamos con deseo. Su mano se deslizó bajo la camiseta y alcanzó mis pechos, los cuales apretó con apuro. Yo gemí, mi cuerpo se estremeció con el placer de sus manos.

Alcancé su pene, mi mano no encajaba en su base. No había olvidado lo grande que era, pero aun así era impactante. Gimió y rompió el beso y alejándose de mí.

—Quiero tu boca en mi verga—, le oí decir y le miré y vi la orden en sus ojos. Nunca fui una fanática de las mamadas, pero con él, no tenía que pedirlo dos veces. Quería que se sintiera bien. Quería sentirme poderosa con este hombre grande y musculoso con los nudillos ensangrentados.

Me puse de rodillas y él me tomo de la cabeza, empujándome hacia abajo hasta que mi cara se alineó con su pene. Manteniéndolo bien sujeto, abrí bien la boca.

—Sé una buena chica y trágalo todo—, dijo, y oí el chisporroteo en su voz. Estaba empujando la parte de atrás de mi cabeza, e hice lo que me pidió. Su verga era gruesa, se deslizó hacia mi boca y casi me atraganté con ella. No había forma de que pudiera meterla completamente, pero iba a intentarlo.

Dio comenzó a empujar en el momento en que su polla estaba unos centímetros dentro. Moviéndolo lentamente sus caderas hacia adelante y hacia atrás, y manteniendo un firme agarre en mi cabeza. Su polla chocó contra la parte posterior de mi garganta y yo jadeé y gemí mientras intentaba meterlo en mi boca. Sus bolas se balanceaban contra mi barbilla. Podía oírle gruñir y gemir, meciéndose lentamente hasta el borde del placer.

Entonces sentí su mano salir de mi cabeza, y en el siguiente segundo, un frío glacial se deslizó por mi piel. Estaba trazando una línea húmeda por mi espalda con otro cubo de hielo. La piel me hormigueaba, se me puso la piel de gallina y pude sentir mi vientre haciendo volteretas. Se estaba volviendo muy difícil mantener el control.

—He querido follarme esta boca desde hace mucho tiempo—, dijo, mientras trazaba el cubito de hielo en la parte baja de mi espalda y luego suavemente en mi culo. Temblé, vacilé y casi me di por vencida, pero no dejó de meterme la verga en la boca. Sus gemidos se hicieron más fuertes y pensé que iba a explotar en mi boca. En cambio, me agarró un puñado de pelo y me levantó. El sabor de su pene todavía era almizclado y fuerte en mi boca.

Me levantó, luego rápidamente enrolló mi camiseta y me la saco. Mis pechos rebotaron a su vista y él tomó otro cubo de hielo del vaso.

—Quédate quieta, princesa. Recuerda que no puedes venirme hasta que te dé permiso—, dijo y mis labios se separaron.

Me puso el cubo de hielo a mis pechos, a mis arrugados y sensibles pezones. Suavemente, me rozó el pezón con él y mi cuerpo se estremeció y yo eché la cabeza hacia atrás, encantada. Iba a ser tan difícil no correrme.

Estaba trazando el hielo en movimientos circulares en mis pezones, a la izquierda y luego a la derecha y podía sentir mis jugos goteando por el interior de mis muslos.

—Dio, quiero correrme—, dije, con la misma voz suplicante que había usado antes. Sus labios se extendieron en una sonrisa, pero aún no me dio permiso.

El hielo empezó a derretirse, mientras me lo frotaba suavemente en los pezones, y luego bajó por mi vientre hasta que me tocó la concha con él. Me estremecí y cerré los ojos. Fue demasiado. No pude controlarme por más tiempo.

Su gentileza y su ritmo lento eran abrumadores. Ahora él había aumentado la tensión en mi vientre y yo sólo quería que me penetrara. Mi cuerpo había empezado a tener espasmos, quería moverme, ¡lo quería dentro de mí! Miré mi cuerpo, con una mano agarrando mi pecho izquierdo, mi boca abierta con deseo. Sus dedos jugaban con mi clítoris, con mi vagina, el hielo se derretía contra mis pliegues. Sentía tanto frío y calor al mismo tiempo.

Esos dedos, con esos nudillos ensangrentados eran tan jodidamente calientes. Había usado esa misma mano para golpear a un tipo ensangrentado, la misma mano había tirado del embrague de su rugiente moto... ¿también esa mano habría apretado el gatillo de un arma? Quería venirme en esas manos, quería esos dedos dentro de mí.

—Dio, por favor—, grité, retorciéndome mientras me frotaba el hielo en el clítoris.

Sucedió en un instante. Sin perder el ritmo, me empujó y me tiró en la cama. Sus manos me cogieron de la cintura y me acomodó. Podía sentirlo detrás de mí, bajando sobre mí, mientras mi cuerpo estaba a segundos de un orgasmo ardiente y efusivo.

—¡Oh Dios mío, me voy a venir! — Grité, agarrando las almohadas con ambas manos, con los ojos bien abiertos y mirando a la pared detrás de la cama. Me cubría con su cuerpo, sus brazos apoyados en la cama alrededor de mi cara. Alcancé sus bíceps, agarrándolos fuertemente con mis manos, mis uñas clavadas en su carne.

—Lo siento por lo que viene, Ana, sólo te necesito...— dijo y antes de que terminara la frase, sentí su polla clavarse en mi concha por detrás. Grité con placer, sintiendo su verga llegar a lo más profundo de mí. Esa polla gruesa y grande, me golpeó como un martillo neumático, a un ritmo rápido, sin darme la oportunidad de respirar o de alcanzar su movimiento. Empujaba profundamente, alcanzando ese punto dulce que me hizo estallar al instante. Me había estado conteniendo durante mucho tiempo y ya no podía aguantar más.

No podía creer lo que acababa de decir. Me necesitaba. Este era el tipo más duro y aterrador con el que había hablado. Estaba en el alto mando de la banda de moteros que eran dueños del bar, llevaba un arma, podía tener a cualquier mujer que quisiera y ahora mismo parecía débil, como si yo fuera la que tenía el control. Me embestía con fuerza porque no tenía control sobre sí mismo. ¿Cómo estaba sucediendo esto?

Me vine gritando, agarrando sus bíceps con mi cuerpo temblando y estremeciéndose mientras él seguía golpeándome. Podía sentir mi vagina estirarse, dolerme. No iba a ser capaz de caminar cómodamente por un tiempo.

Sentí su aliento caliente en mi espalda, bajó su cara, mordiéndome el hombro mientras seguía chocando contra mí. Iba a acabar de nuevo. ¡Tan rápido! Mi vagina se apretó alrededor de su verga, y él empujó más fuerte, más profundo, sin detenerse por nada mientras yo estallaba en un orgasmo aún más largo que el anterior y mis líquidos buscaban maneras de salir.

—Mierda. Ana. ¡Me voy! — Lo escuché gruñir en mi oído mientras acababa también. Nos estábamos uniendo. Nuestro gemido estaba sincronizado mientras nos veníamos, él disparaba su semilla caliente dentro de mí mientras mi vagina fluía sus jugos alrededor de su pene. La cama temblaba salvajemente, las sábanas y almohadas estaban esparcidas por el suelo y los cubitos de hielo derretidos habían dejado manchas de humedad en el colchón.

Se derrumbó encima de mí, su cuerpo cubriendo el mío, su pene todavía dentro de mí. Nuestra respiración era irregular y dura, y luego lo sentí acariciar suavemente mi cabello. Sus labios rozaron mis orejas ardientes y me pellizcó el lóbulo de la oreja juguetonamente.

—Buenos días—, dijo y yo sonreí, enterrada bajo él en su cama. No podía creer lo feliz y satisfecha que me sentía, cómo todo se sentía tan bien a su lado. No me importaba lo poco que supiera de este hombre, lo único que me importaba era lo que era capaz de hacerme sentir. Y él era capaz de hacerme sentir bien... y segura.

—Me gustaría poder quedarme, pero tengo cosas que necesitan mi atención. Tú puedes quedarte cuanto quieras—, le oí decir y sentí que mi corazón se hundía. —Dile a tu amiga dónde estás para que no se preocupe.

—Ya me encargué—, respondí tratando de ocultar la decepción en mi voz. Él se iba a ir. Se movió de encima de mí y luego se deslizó de la cama. Me giré y me puse contra el cabecero, observando cómo empezaba a vestirse. No había nada más delicioso que ver su cuerpo cincelado.

—Pasa el día aquí y ve directo al bar cuando sea tu turno—, dijo y yo me mordí el labio, sofocando una sonrisa.

Esto se sentía normal por alguna razón.

Capítulo 16

Dio

Reyes, Cobra y yo nos quedamos fuera del almacén abandonado.

—Este lugar es una mierda—, dijo Cobra.

Reyes estaba de pie a mi lado, agarrando la cruz alrededor de su cuello y pude sentir que estaba recitando una oración en su cabeza. Se había convertido en un hábito suyo, y yo no dije nada. Ninguno de nosotros diría nada, excepto Cobra. Él tenía su religión, al igual que todos teníamos nuestras debilidades. ¿Ana se estaba convirtiendo en una de las mías?

—Esta es una misión de reconocimiento, recuérdenlo—, les dije a los demás mientras nos preparábamos para entrar. La primera orden del día era averiguar qué tipo de operación infernal estaban llevando a cabo. La siguiente sería hacer una guerra contra los Hell's Angels.

Revisé el arma que estaba metida en mi cinturón, y luego entramos al lugar.

Estaba lleno de humo, muy parecido a Las gatitas, y esto se debía a la cantidad de tabaco y hierba que estos tipos estaban fumando. A diferencia del club de striptease, aquí no había música, sólo una fuerte charla de voces y vítores a nuestro alrededor.

La mayoría de los chicos pertenecían a los Hell's Angels, mientras que había algunos de otros clubes y el resto de los chicos eran sólo clientes habituales; aquellos adictos a apostar por una buena pelea.

El almacén era sólo eso, un almacén abandonado, con el cableado eléctrico expuesto y bombillas tenues colgando de lo alto del techo. Reyes, Cobra y yo nos abrimos paso entre la multitud de hombres que bebían y se daban puñetazos unos a otros. Nos dirigíamos hacia el centro del lugar, donde se había instalado una jaula gigante.

Escuchamos el sonido de una campana, una pelea estaba empezando. Pudimos ver a dos jóvenes, desnudos hasta los calzoncillos, sin guantes ni protectores bucales, con la frente llena de sangre. Estaban listos para empezar una pelea. Uno de ellos no tendría ninguna oportunidad, y claramente iba a ser el flaco pálido, que era al menos un pie más bajo que el musculoso con piel de bronce.

—Voy a buscar al corredor de apuestas—, dijo Cobra a nuestro lado, y estaba a punto de detenerlo cuando tres cabezas rapadas, con tatuajes alrededor de sus cuellos se acercaron a nosotros. Los reconocí como Hell's Angels inmediatamente, y nos paramos en seco.

—¿Qué carajo están haciendo aquí? — dijo uno de ellos, un porro quemado colgando del lado de su boca.

—Sólo estoy aquí para recibir un trozo del pastel, hombre—, dijo Cobra, con su habitual voz alegre.

—¿Recibieron el mensaje? — Pregunté, cuando se detuvieron frente a nosotros.

—¿Qué mensaje? —, dijo uno de ellos, el del bigote recortado y la cabeza brillante.

Sabían exactamente de qué estábamos hablando. Cuando nos quedamos callados, Cobra seguía sonriéndoles, otro se acercó a Reyes.

—¿Nos dices que has venido hasta aquí para asegurarte de que recibimos tu carta de amor? —, dijo, mirando a los ojos de Reyes, que le devolvió la mirada, sin pestañear.

—¿Es el día de San Valentín? — otro bromeó y los tres se rieron.

—Manténgase fuera de nuestro territorio—, interrumpí sus risas, y ahora me acechaban.

—¿Qué has dicho? ¡Hijo de puta! — uno de ellos ladró y Cobra se interpuso entre nosotros. ¿Quién se lo pidió? Si iba a haber puñetazos, yo estaba dentro. Había probado la sangre la noche anterior y no me había saciado.

—Hey hey hey! ¿No podemos hablar todos como caballeros? — dijo Cobra. Los seis estábamos reunidos formando un círculo.

—¿Hablar de qué? ¿Nos trajiste chocolates y perfumes también? — dijo el bromista de su pandilla y se rieron de nuevo. Reyes y yo intercambiamos miradas. Pude verlo en sus ojos. Ya había tenido suficiente. También estaba entusiasmado por la pelea que se sentía en el aire.

—Manténgase fuera de nuestro territorio o habrá guerra—, repetí y sus risas se detuvieron.

—¿Vienes a nuestra casa y nos amenazas? — dijo el tipo del bigote, estrechando sus ojos hacia mí y yo apreté la mandíbula. Por mucho que me hubiera gustado golpear al tipo en la cara, todavía estábamos sólo nosotros tres contra un almacén lleno de miembros de los Hell's Angels.

Otro golpe sonó detrás de nosotros. La pelea estaba a punto de comenzar.

—Estáis llevando armas a nuestro territorio—, dijo Reyes.

—Golpeaste a uno de los nuestros.

—Porque estáis traficando con armas en nuestro territorio. Estás sacudiendo nuestros negocios. ¡Apártate, hijo de puta! — Estaba perdiendo la paciencia y cargué amenazadoramente hacia el tipo del bigote que cargó hacia mí también.

—Hey hey hey! Sólo estamos hablando, ¿recuerdas? — Cobra volvió a intervenir. Me contuve. Cobra tenía razón. Uno de nosotros, o todos, moriríamos si nos peleábamos con estos tipos.

—Nos importa un bledo lo que hagas en tu territorio—, dije. —No lo hagas en el nuestro—,

añadí.

Los chicos se miraron entre sí y luego uno de ellos asintió con la cabeza.

—Mensaje recibido y será transmitido—, dijo, refiriéndose al presidente de su club y yo di un paso atrás.

—Y si no recibes el mensaje...— Escuché decir a Reyes y luego todos lo vimos alcanzar su arma. Los tres pusieron las manos en las suyas y yo me metí en medio para sujetar la mano de Reyes.

—Retrocede hermano. Nos superan en número—, le siseé con los dientes apretados. Todavía estaba mirando a los tres detrás de mí. —Rey—. Es una orden. Retrocede—, gruñí y finalmente quitó la mano de su arma.

Me volví hacia las tres comadrejas.

—Disfruten de la pelea, caballeros—, dije, sarcásticamente, pero no parecieron entenderlo.

—¡Buenos días a todos ustedes! — Cobra dijo alegremente, con un acento irlandés burlón, y yo agarré el brazo de Reyes y empecé a arrastrarlo fuera. Cobra nos seguía, mirando a su alrededor con entusiasmo. Si la situación hubiera sido otra Cobra habría aprovechado la primera oportunidad para hacer apuestas.

Afuera, liberé a Reyes, que me quitó el brazo y pude ver que respiraba con dificultad.

—Vete, hermano—, dije, revisando mi arma de nuevo. El rey apretó los dientes y miró con asombro al almacén.

—Están enfrentando a ese niño enclenque contra una maldita bestia. ¡Lo va a matar ahí arriba! — gruñó, pasando la mano por su pelo con frustración. Pude ver su punto, también me hizo hervir la sangre. ¿Cuál era el objetivo de esa pelea? ¿Sólo querían quedarse parados y ver cómo golpeaban a un niño o lo mataban?

—Nos superaban en número. ¡No había forma de que saliéramos vivos de allí si tirabas del gatillo! — Le ladré, mientras daba vueltas en círculos, con el arma colgando de su mano.

—¡Jesús, hombre, casi haces que nos maten! — Cobra le escupió, mirando el almacén como si aún esperara que algunos de ellos salieran a la carga.

—¡Vete a la mierda, marica bastardo! — Reyes tronó en Cobra, tomándonos a ambos por sorpresa, porque Reyes solía ser el más tranquilo.

—Uno y cada uno de ellos. ¡Todos deberían ser fusilados! — Reyes gruñó y me di cuenta de lo que estaba pasando. Ver a esos niños de la calle siendo enfrentados dentro de la jaula había disparado los recuerdos. Era uno de esos chicos no hace mucho, antes de que papá lo trajera al club.

—No en este momento. No cuando sólo somos nosotros tres. Esta fue una misión de reconocimiento, hermano, le dije a Reyes, sosteniendo su mirada con fuerza hasta que se rindió y miró a otro lado, pasando una mano por su cabello.

—Necesitas cogerte a una chica. Eso es lo que necesitas—, dije, dirigiendo nuestros pasos hacia nuestras motos de nuevo. Reyes nos seguía a regañadientes, pero sabía que teníamos que salir de este lugar rápidamente antes de que hiciera alguna tontería.

—¿Esa es tu respuesta a cada maldita pregunta, Dio?— dijo con una risa frustrada. Yo aceleré el motor, mientras Cobra y él se subían a sus motos.

—Cógete una vagina apretada por detrás y todo está el mundo te parecerá maravilloso—, dije, mi mente se llenó inmediatamente con pensamientos de Ana. Me sentía extraño diciendo estas palabras, porque sólo podía pensar en ella. Sólo la veía a ella en todo. Eran sólo palabras vacías que salían de mi boca sin ningún significado real.

—Sí, tienes razón. Necesito sacarlo—, dijo Reyes y nos fuimos en motocicleta, de vuelta al bar.

Ya no estaba seguro de cómo habría resultado todo si no hubiera conocido a Ana. Podría haber cogido mi arma de la misma forma que lo hizo Reyes. Uno de nosotros habría muerto y los otros dos habrían regresado a La Dama Afortunada para cogerse una chica y hacer un brindis por el hermano caído. Pero no hoy. Esta noche, quería ver a Ana de nuevo.

Capítulo 17

Ana

Clara había pasado antes por el bar para dejar mis libros, así que ahora que el lugar estaba tranquilo, tuve la oportunidad de ponerme al día con mis estudios. Big T estaba detrás del mostrador, y cuando terminé de limpiar los vasos y las mesas, me senté en un taburete del bar con mis libros.

El lugar estaba prácticamente vacío y no tenía nada más que hacer, pero apenas me podía concentrar, mi mente seguía yendo hacia Dio. No pude evitar preguntarme qué estaba haciendo y dónde estaba. Revisé las páginas, tratando de absorber las palabras y esperaba que la mayor parte de la información se me grabara.

Las puertas del bar se abrieron de golpe, y cuando me giré, vi entrar a Dio, seguido de los dos tipos con los que solía andar. Se referían a ellos como Cobra y Reyes, pero no tenía ni idea de cuáles eran sus verdaderos nombres. Al igual que todavía no me había acostumbrado a pensar que Dio se llamaba Aidan.

Nuestros ojos se encontraron al otro lado del bar, mientras los tres caminaban hacia el mostrador. Era un pacto tácito entre nosotros, íbamos a actuar como si no nos conociéramos fuera de este lugar.

—¿Qué es todo esto? — Cobra se acercó a mí y miró las páginas de mis libros. Big T ya había empezado a servirles sus bebidas habituales mientras tomaban sus sillas cerca de mí. Dio estaba evitando mis ojos ahora, aunque yo no quería nada más que él me mirara.

—A mí me parece un montón de garabatos—, Cobra se llevó uno de los libros y empezó a hojear las páginas. Le sonreí e intenté recuperar el libro, pero él siguió inclinándolo fuera de mi alcance y riéndose.

—¡Basta ya, Cobra! — Dio gruñó desde su esquina del mostrador, mientras que Big T puso un vaso de cerveza frente a él. Reyes también sonreía con indulgencia.

—Tendrás que quitármelo si quieres que te lo devuelva—, rió Cobra, colgando el libro delante de mí. Me lancé otra vez a por él y fallé, tropezando ahora con el taburete y él me alcanzó desde la cintura, empujándome bruscamente contra su pecho.

Ya no estaba segura, si esto era sólo un coqueteo casual... si era así como estos hombres coqueteaban casualmente; o había algo más. Si Cobra se me acercaba, delante de Dio... tenía la sensación de que las cosas no iban a ser fáciles. Luché contra él, manteniendo una débil sonrisa en mi cara mientras me sujetaba con fuerza. No quise hacer una escena ni instarlos a seguir adelante.

—Eso está mejor. —¿Qué tanto quieres tu libro de vuelta? — dijo, mordiéndose el labio inferior mientras me miraba. Traté de arrancarme de sus brazos, pero no me dejó ir, disfrutando de

mi lucha.

—Cobra, déjala en paz—, dijo Dio, pero Cobra no iba a ceder tan fácilmente. Alcancé el libro de nuevo con mi último esfuerzo, y tuve que inclinarme hacia él. Inclinó el libro fuera de mi alcance y empujó su cara hacia adelante. Evité sus labios justo a tiempo. Antes de que sintiera los brazos entrelazados alrededor de mi cintura. Dio me estaba sacando de las garras de Cobra. Me tiró al suelo con brusquedad y agarro de los hombros a Cobra.

—¡He dicho que basta! — gruñó, con una voz más profunda y amenazadora y vi a Cobra un poco confundido.

—Sólo me estoy divirtiendo un poco, hermano. ¡Cálmate, carajo! — Cobra le gruñó, pero Dio siguió mirándolo.

—¿Qué les pasa a ustedes dos esta noche? — dijo mientras yo me quedaba mirando a los dos hombres cara a cara, mirándose fijamente.

—La regla es que no debes tocar a los empleados. Así que mantén las manos en los bolsillos de tus pantalones—, dijo Dio, en voz baja y profunda, y Cobra apretó la mandíbula y se movió fuera de su mirada.

Dio se volvió hacia mí, y vi la ira en sus ojos. Mantuvo mi mirada por unos momentos, antes de que se diera la vuelta y caminara detrás del mostrador y entrara en el almacén de atrás.

Acerqué el libro a mí y me senté de nuevo en el taburete. Mis mejillas, la parte de atrás de mi cuello... estaban ardiendo. Todavía podía sentir su agarre de acero en mi cintura cuando me había alejado de Cobra.

Derramé mi cabeza sobre el libro, tratando de evitar encontrarme con los ojos de alguien mientras me sentaba allí, tratando de estudiar de nuevo. A la mierda el estudio. Quería ver a Dio de nuevo. Podía sentir que estaba tenso y enojado por algo. Nunca me había sentido tan especial. Tan protegida. Como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa para mantener a todos los hombres alejados de mí.

Mientras intentaba leer, podía sentir los ojos de alguien sobre mí. Cuando miré, vi a Reyes mirándome, con una botella de cerveza en los labios. Me estaba estudiando en silencio. Pude ver la sospecha en sus ojos... y también algo más, una mirada de conocimiento. Pude ver que iba a averiguar lo que estaba pasando entre Dio y yo.

—Hola—, dije dulcemente y me puse unos mechones de pelo detrás de las orejas. Reyes no dijo nada, sólo siguió sorbiendo de su botella de cerveza y mirándome.

Volví a leer mi libro y a esperar que no nos expusiera. No tenía ni idea de lo que pasaría si la banda de Dio se enteraba de que nos acostábamos.

Que estaba viviendo en su apartamento.

Capítulo 18

Ana

—¿A dónde vas? — Escuché su voz cuando salía del bar esa noche. Me volví hacia él y lo vi de pie con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero. Sus ojos azules eran profundos y resplandecían en la tenue luz de la calle.

—De vuelta al apartamento de mi amiga—, dije, conociendo su mirada.

—Te llevaré—, dijo, haciendo rebotar las llaves de su moto en el aire y luego agarrándolas a tiempo antes de que cayeran al suelo. Sin decir una palabra, lo seguí hasta su Harley y me ayudó a subirme a ella. Esta vez, no dudé antes de enrollar mis brazos alrededor de su cintura y me agarré con fuerza, respirando su olor mientras aceleraba.

El viento me azotó la cara, me despeinó el pelo mientras cabalgábamos en su máquina. A mitad del viaje, me di cuenta de que no le había dado la dirección de Clara, así que no tenía ni idea de adónde me llevaba. Cuando se detuvo, me di cuenta de que estábamos en un oscuro y desierto camino rural.

Dio se bajó de la moto y me ayudó a bajar.

—¿Dónde estamos?

—¿Importa?

Nos miramos en silencio por unos momentos, antes de que él mirara el claro cielo nocturno. Estaba salpicado de pequeñas estrellas brillantes. El aire era limpio, menos contaminado y despejado aquí fuera y me apoyé en la moto para mirarlo. Cuando volví a mirar hacia abajo, él me miraba de nuevo.

—No quise asustarte antes. Sólo necesitaba poner a Cobra en su sitio antes de que las cosas se salieran de control—, dijo, con una voz tan suave que ni siquiera lo reconocí.

—No, gracias. Normalmente soy capaz de manejar estas situaciones... sólo estaba aturdida por el estudio—, respondí y vi que me estaba observando de nuevo. Habíamos hablado tan poco antes. Aparte de su nombre, no sabía nada más de él. Eso y que tenía los ojos más azules que jamás había visto... ¡y esos hoyuelos!

—¿Qué estás estudiando? — preguntó, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta otra vez. Estábamos parados muy juntos, y había tanto silencio a nuestro alrededor que podíamos oír el canto de los grillos en el césped. Esto era pacífico... y hermoso... y nunca pensé que un lugar como este atraería a un hombre como él.

—Estoy estudiando para un examen de ingreso en un curso de Tecnología Veterinaria. Perdí

algunos buenos años de universidad y estoy tratando de compensarlo—, dije, con los ojos mirando hacia el suelo por la vergüenza.

—Tecnóloga Veterinaria—, dijo perezosamente, con voz somnolienta, y miró a su alrededor. —¿Así que vas a trabajar con animales? — preguntó.

—Si entro, sí... eventualmente. Me hubiera gustado ser veterinaria, estudiar ciencia... pero no tengo ni el tiempo ni las habilidades. Sólo quiero empezar a hacer el trabajo que me gusta, lo más rápido posible—, dije y por primera vez, sentí que alguien me estaba escuchando. Dio asintió con la cabeza en silencio y su mirada se dirigió a mis pechos, a mi cuerpo.

—Creo que serás buena en eso. Serás buena en el cuidado de los animales, diablos, puedes manejar nuestro zoológico. Cualquier veterinario sería afortunado de tenerte como su asistente—, dijo y sentí una emoción que me recorría la columna vertebral. Sabía tan poco sobre mí, pero ya se había formado su propio juicio y no podía entender por qué veía lo mejor de mí.

—¿Por qué perdiste tus años de universidad? —, preguntó después y yo miré a mi alrededor nerviosamente. No quería sacar el tema, pero también quería ser completamente honesta con él.

—Estaba demasiada atrapada en mi relación anterior. Lo conocí poco después de entrar a la universidad y era mayor que yo, y no quería que trabajara. Quería ser el que trajera a casa el tocino—, dije y Dio avanzó un paso en mi dirección. Inmediatamente pensé que me había equivocado. No debí haber sacado a relucir a José, debí haber inventado alguna otra excusa.

Estaba cerca de mí, mirándome directamente a los ojos mientras me miraba. Pude ver la rabia en su cara de nuevo, y luego se alejó.

—Me aseguraré de que ese tipo no vuelva a ponerte un dedo encima—, me dijo, atrapando mi mirada. Mi corazón latía contra mi pecho.

—¿Por qué? — Lo solté antes de que pudiera detenerme. Las cejas del Dio se cruzaron, sus ojos azules se hicieron más profundos. Parecía sorprendido por mi pregunta. Ahora que estábamos solos, no tenía sentido echarse atrás.

—¿Por qué quieres hacer eso por mí? Quiero decir, ni siquiera me conoces—, dije y él se acercó aún más a mí ahora.

—Te conozco, Ana Pereira—, dijo mi nombre completo. Sorprendiéndome hasta el punto de que se había tomado la molestia de averiguar mi apellido. Se me puso la piel de gallina cuando acerco su cara a la mía. Me levanté en puntas de pie y con un repentino movimiento, le rodeé el cuello con los brazos, al igual que sus labios se encontraron con los míos.

Fue un beso suave, gentil. Lentamente se tomaba su tiempo para acunar su lengua hasta excitarme. Sus manos se mantuvieron firmes en mi cara, mientras su lengua exploraba mi boca. Luego, cuando sus manos bajaron hasta mi culo y lo apretó con fuerza. Estaba sin aliento por la lujuria.

—Estamos al aire libre. Alguien nos verá—, dije, jadeando mientras me sonreía

malvadamente. Me miro a los ojos, permanecemos en silencio durante unos segundos, hasta que enganchó sus dedos en las presillas de mis vaqueros y me tiró de nuevo hacia él.

—Entonces lo haremos rápido—, dijo. —Tienes mi permiso para venirte cuando quieras esta vez—, añadió.

Capítulo 19

Dio

Presione a Ana contra la motocicleta, y mi lengua se metió en su boca otra vez. Podía sentirla caliente y retorciéndose contra mí, sus caderas clavándose en mí mientras se movía al ritmo de mi lengua. Le quite la camiseta que llevaba puesta, la tiré a un lado para que cayera en el espejo retrovisor y colgara allí. Me quedé mirando sus pechos, tan pequeños como para caber en la palma de mi mano. Los tomé y empujé hacia arriba por encima del sostén que llevaba puesto.

—Mierda. Tienes un cuerpo precioso— Gruñí en voz baja mientras alcanzaba el broche de su sostén y cuando se soltó, lo tiré a un lado también. Ana sacó el animal que hay en mí. Un tipo diferente de animal. No sólo quería irme dentro de ella. Quería devorarla. Poseerla.

Su pálida piel brilló a la luz de la luna mientras se apoyaba en la motocicleta. Sus pezones eran del color de un rosa pálido y estaban erguidos y mi boca se obsesiono con el izquierdo. Mi mano alcanzó el otro, apretando y pellizcándolo, me deleitaba con sus gemidos. Luego lamí su otro pezón, meciéndolo mientras chupaba para que se hundiera más en mí boca, rozando mi verga con su cuerpo. Sus dedos alcanzaron mi pelo, entretejiéndolos y sujetando mi cara con fuerza contra sus pechos. Sus sedosos, pálidos y suaves pechos.

Ella quería un rapidito, así que iba a tener uno.

Mis manos alcanzaron los botones de sus jeans y bajé la cremallera. Estaba ajustado a su trasero y lo deslicé hacia abajo, tirando de él sobre sus muslos, mientras aún chupaba sus pezones, uno por uno.

Bajé sus bragas a continuación, quedando recogidas alrededor de sus tobillos y la giré, empujándola de espaldas al asiento de la bicicleta. El pelo rojo brillante de Ana se extendía sobre su espalda, vibrante contra el contraste de su pálida y suave piel y pasé mis manos por su espalda, sintiendo las curvas de su cintura, la caída de su vientre. Ella me presentaba su trasero, levantándolo en el aire.

Ahora que le había dado permiso para venirse cuando quisiera, parecía que estaba ansiosa por hacerlo. Como si lo hubiera esperado todo el día. Como yo había estado esperando para hundir mi pene en su vagina todo el día.

Me desabroché los pantalones y me acaricié la verga erecta. Estaba listo para ella. Con mis dedos, encontré la humedad de su concha. Los dulces y jugosos pliegues de su núcleo estaban calientes por donde mis dedos se deslizaban. Sí, ella también estaba lista.

Alcancé su pelo, apretándolo en mi puño de modo que tenía su cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Quería ser más amable con ella, pero no pude. Tenía hambre de ella. La deseaba, aunque ya la tenía.

Me metí en su vagina, tan fuerte que le hizo ponerse de puntillas y soltó un lento y profundo gemido.

—No te detengas, Dio, por favor no te detengas—, me suplicó y yo sonreí. No tenía intención de parar. Con una mano en su espalda, tenía sus pechos clavados en el asiento de mi motocicleta mientras me metía en ella de nuevo. Luego le golpeé el trasero y ella gimió y movió sus caderas en un movimiento circular. Le gustaba duro. Justo como me gustaba hacérselo.

Podía sentirla temblar. Esta vez no se iba a contener. Mis manos la soltaron y sostuve sus caderas. Se veía hermosa así, su espalda desnuda en forma de reloj de arena se extendía en mi motocicleta, su cabello rojo ardiente y brillante en su piel pálida, sus pechos rebotando en el asiento mientras yo la penetraba.

—Mantén ese trasero en el alto, princesa—, gruñí y le golpeé el trasero de nuevo, golpeándola con fuerza mientras me sentía llegando al clímax. La marca de mi mano en su culo quedó marcada por un momento, antes de que empezara a desaparecer en su piel. Ella estaba gimiendo, moviendo sus caderas, cerca de llegar a su orgasmo.

—Vente por mí, Ana, vente por mí, nena—, dije, y ella soltó un último grito y luego le temblaron las piernas. Podía sentir su cuerpo sacudiéndose y sus jugos rezumando alrededor de mi pene. Su vagina se había apretado, lo que hizo aún más difícil que yo entrara. Ana jadeaba, sus movimientos se ralentizaban, pero no dejaba de gemir de placer. Yo sonreí, feliz de que hubiera acabado tan rápido, y luego exploté dentro de ella.

Me saqué la verga de su cueva, derramándola en su blanco y lechoso culo. La sacudí de arriba a abajo hasta que la última gota cayó sobre su espalda. Ella se movió, empujándose contra mí, todavía jadeando.

Cuando terminé, me alejé de ella abruptamente. Después de que la neblina de mi orgasmo había pasado, de repente sentí que algo era diferente. Ya me la había cogido tres veces. Y todavía quería más. Esto no era suficiente. Ya debería estar satisfecho.

Ana miró de reojo, con su exquisito pelo cayendo sobre sus ojos verdes mientras intentaba captar mi atención. El tatuaje en su hombro se movió mientras movía sus músculos y yo miré su espalda desnuda, mi semen se derramó por todo su cuerpo.

¿Qué me estaba pasando? Se suponía que esto iba a ser algo de una sola vez. Sólo para sacarlo de mi sistema y barrerlo bajo la alfombra antes de que papá o alguien más lo descubriera. Y ahora no podía dejar de mirarla, de ver cómo movía su cuerpo, cómo sonreía. ¿Desde cuándo me preocupa hacer sonreír a una mujer? ¿Desde cuándo me importaba lo bien que la hacía sentir mi pene?

Ana se dio la vuelta y se mordió el labio, sin darse cuenta del pánico que me invadía.

—¿Me llevarás a casa ahora, Dio? — dijo, con su dulce y suave voz.

Capítulo 20

Ana

Había cajas de pizza esparcidas a nuestro alrededor en la sala de estar de Clara. La televisión estaba encendida, y yo estaba jugando a la novia fugitiva tratando de pintarme un rosa brillante en las uñas de los pies. Estaba sentada en el sofá con las manos en alto, esperando a que se secara el esmalte.

—Así que monta una motocicleta ruidosa. ¿Qué más puedes decirme de él? — Ella fue persistente. Había mirado por la ventana cuando Dio me dejó fuera del edificio, y también le dejé un mensaje de voz la noche anterior para decirle que no me quedaría con ellos en casa de su novio.

Pude sentir que estaba tratando de parecer protectora. Había visto de primera mano lo que José era capaz de hacer, y era natural que estuviera preocupada por mi elección de hombres.

—Es realmente agradable—, dije, pintando cuidadosamente su dedo gordo. Pude sentir su mirada penetrante sobre mí y la volví a mirar.

—¿Qué? — Dije y Clara abrió los ojos de par en par.

—¿"Él es agradable"? ¡Lleva una chaqueta de cuero, tiene millones de tatuajes y monta una peligrosa máquina de muerte!

—¿Viste todo eso en medio de la noche? — Le contesté y ella puso los ojos en blanco. No iba a dejar pasar mi broma, quería todos los detalles.

—¿Me estás diciendo que este tipo es agradable? — preguntó ella y yo suspiré y miré mi labor. Decidí darle algo más de información. Era mi mejor amiga, era la única familia que tenía. Si no podía ser completamente honesta con ella, ¿con quién más podía hablar?

—Sí, lo es. Le preocupaba que José me hiciera daño y se ofreció a darme un lugar para dormir. Y pensé en darles a ti y a tu chico un tiempo a solas—, le sonreí a Clara, pero no me devolvió la sonrisa.

—Entonces, te quedaste en su casa... ¿y qué más? — ella había levantado una ceja. Luego buscó una rebanada fría de pizza de pepperoni de una caja que estaba a su lado.

—Y...— Empecé y ella se llevó una mano a la boca, olvidando que su esmalte de uñas no se había secado del todo.

—¡Te acostaste con él! —, gritó, con una excitación vertiginosa. Sonreí, me sonrojé y volví a pintarle los dedos de los pies. Clara estaba asimilando sus pensamientos.

—Cariño, ¿estás segura de que sabes lo que estás haciendo? — La oí decir, en un tono

preocupado, y la volví a mirar. Deseaba poder explicarle lo que Dio me hacía sentir.

—Sé que hice lo que me apetecía hacer. Sabes que no me meto fácilmente en la cama con el primer tipo que conozco. Hay algo diferente en él, que me hace sentir segura—, le dije y sus ojos se suavizaron.

Había tomado la decisión consciente de dejar de lado la parte de los nudillos ensangrentados de Dio, y la rabia en sus ojos cada vez que recordaba el moretón de mi brazo... y también, por supuesto, mis sospechas de que pertenecía a un club de motociclistas. Tenía la sensación de que Clara no lo entendería. Ella tendría las mismas nociones preconcebidas que yo tenía, antes de empezar a trabajar en La Dama Afortunada. Que los miembros del club no eran más que matones rudos, criminales... Dio y sus amigos no eran nada de eso. Llevaban un estilo de vida diferente, pero había visto de primera mano que operaban con reglas y principios estrictos, sin importar cuán rudo trataban a sus mujeres. Esas mujeres elegían estar a su alrededor. Además, Dio me trataba de manera diferente.

Tenía el presentimiento de que Clara me juzgaría por mi decisión de acostarme con él, si supiera quién era realmente.

—¿Estuvo bueno? — rompió el silencio en la habitación y cuando nuestros ojos se encontraron, pudo ver lo bueno que había estado.

—¿Acabaste? —, preguntó y yo reprimí una risa.

—Muchas y repetidas veces—, respondí y ella gritó.

—¿Te corriste más de una vez? ¿Como si hubieras tenido sexo más de una vez? — Sus preguntas eran incesantes y yo me reía.

—Ambos—, le dije y pude ver la sorpresa en sus ojos. Yo también me habría sorprendido si no lo hubiera experimentado. El sexo con José o el puñado de tipos con los que me había acostado antes... no habían sido nada comparado con esto. Con Dio, el sexo era crudo y salvaje y no me cansaba de él. Incluso ahora, mientras pintaba las uñas de Clara, podía sentir la forma en que su pene me había penetrado. Mi vulva todavía palpitaba por la fuerza con que me había follado y quería todavía más.

Terminé de pintarle las uñas de los pies y Clara se sentó en el sofá, mientras me acomodaba en el suelo a sus pies. La pizza ya se había enfriado, pero yo estaba hambrienta y me comí mi quinta rebanada, todavía con hambre de más. La oí suspirar y la miré.

—Bueno, siempre y cuando sepas lo que estás haciendo y te haga feliz—, dijo ella y ahí estaba esa palabra de nuevo. Feliz. Había pensado que era feliz con José, al menos cuando lo conocí.

Pero con él era un tipo de felicidad diferente, una neblina de sentimientos que yo interpretaba como felicidad. En realidad, sólo estaba feliz de tener un novio, alguien con quien volver a casa que no fueran mis estrictos padres. No estaba feliz de estar con él. Con Dio, me sentía segura, me sentía satisfecha y también me sentía ansiosa cuando él no estaba cerca.

—Soy feliz—, le dije, sin saber qué más decir. ¿Qué teníamos entre nosotros? ¿Era algo real?

—¿Qué pasa con José? — preguntó y yo apreté los ojos y traté de alejar la imagen de José parado sobre mí, preparándose para dar un puñetazo. Tenía miedo de que me encontrara de nuevo. ¿Qué más era capaz de hacer? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llevar esto?

Podría ir a algún lugar, pensé. Me hubiera gustado mudarme, para que la vida de Clara no corriera más peligro, pero ¿a dónde podría ir? ¿Dónde podría ir para que José no me encontrara? Si me iba a algún sitio, si dejaba la ciudad, significaría que Dio y yo no tendríamos ninguna posibilidad... de nada.

—Oooh— esta es la parte buena. Richard Gere va a hacer sus huevos! — Clara aplaudió con entusiasmo y yo miré fijamente la pantalla. Necesitaba encontrar una forma de disfrutar y olvidarme de todo lo demás.

Capítulo 21

Dio

El sonido del reloj en la pared se escuchaba fuerte en la habitación silenciosa. Papá estaba sentado frente a mí, detrás de su escritorio de roble, con sus dedos juntos. Sabía que Ana estaba a salvo en casa de su amiga, la acababa de dejar allí. Y cuando volví a la Dama Afortunada, les pedí a todos que abandonaran la sala de reuniones para poder hablar con él a solas.

—¿Qué pasa, Aidan? — preguntó, con voz sombría. Había juzgado por mi mirada, por mi comportamiento, que fuera lo que fuera, era grave. No tenía el hábito de usar mi nombre de pila, al menos no desde que cumplí los dieciocho años.

Necesitaba ser sincero con él. Las cosas se me estaban yendo de las manos con Ana y él necesitaba saberlo.

—Ana—, dije su nombre y su pelo rojo pasó ante mis ojos. Por un momento las cejas de papá se arrugaron confundido y luego un sabio semblante apareció en su cara. No tuve que decir nada más, él lo sabía.

—¿Cuándo? — preguntó.

—Hace un par de días.

—¿Cuántas veces?

—Unas pocas. Se quedó a dormir en mi casa.

Papá golpeó la mesa con los puños, apretó la mandíbula y luego miró hacia otro lado.

—Eres mi hijo, Dio. ¡Las reglas se aplican a todos! Pero sobre todo a ti—, ladró.

—No estaba en una jodida misión para romper las reglas. Esto nunca me ha sucedido antes —, estaba hablando con los dientes apretados y nos miramos fijamente.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? —, dijo, y yo luché contra el impulso de bajar la mirada. Necesitaba mantener su mirada. Necesitaba que supiera que iba en serio con lo que estaba diciendo.

—Ella podría ser la elegida—, le dije y papá se pasó una mano por su cabello plateado y sacudió la cabeza.

—¡Mierda, Dio! — gruñó y yo apreté la mandíbula. —Esperaba que esto nunca te pasara a ti, hijo.

—Hay algo en ella...

—Hay algo en tu madre también. ¡Estas mujeres nos ponen de rodillas y nos debilitan! — Papá gruñó y yo lo miré con desprecio.

—No tienes que sermonearme sobre tu relación con mamá.

—¡Amo a esa mujer, diablos! —, ladró y me mordí la lengua. Sabía que lo había hecho. Sabía que lo hizo, carajo. Pero la había hecho llorar. Una y otra vez. Puede que haya cambiado su forma de actuar, pero yo nunca haría nada para herir a Ana, de la forma en que él había herido a mamá. Eso era lo que realmente estaba dándole a entender con mi mirada.

Papá estaba pensando, se quedó en silencio por unos momentos y luego me miró con sus penetrantes ojos azules.

—Le han dado una paliza—, dijo de repente y tuve que agarrar el borde del escritorio con mis manos para no arremeter contra algo. Había notado el moretón en el brazo de Ana.

—Lo sé.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Su ex novio.

—Necesita que la cuiden. Si va a ser tu mujer, tienes que asegurarte de que siga siendo así. No quiero problemas por una chica, Aidan. Manéjalo ahora antes de que te involucres demasiado —, dijo papá y sentí que podía respirar de nuevo. Esta era su manera de darme permiso para estar con ella, y eso era todo lo que necesitaba oír.

Me levanté de mi silla para irme.

—Hijo—, me detuvo antes de que saliera de la habitación.

—Es una buena chica y espero que sepa que tú no lo eres—, dijo y le miré a los ojos.

—Lo sabe—, dije, aunque no estaba seguro de si realmente era así, o si a ella importaba. Ni siquiera estaba seguro de si quería estar conmigo. Con todo lo demás en mi vida siempre había tomado lo que deseaba, pero con Ana, no iba a forzar nada.

Salí de la sala de reuniones, mientras ya me sacaba el teléfono de los pantalones. Marqué el número de Ana cuando salí del bar. Sonó unas cuantas veces, antes de que ella respondiera. Su hola era balbuceante, pero podía oír el sonido de la televisión de fondo.

—Ana.

—Oye... me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—No importa. Necesito hablar contigo—, dije, caminando hacia mi moto. Cuando vi el

espejo retrovisor, recordé la forma en que su camiseta y su sostén colgaban de él mientras yo me estrellaba contra ella. Me hizo poner duro al instante; el solo pensar en su cuerpo.

—Bien, ¿de qué querías hablar?

—Tienes que decirme el nombre de tu ex novio—, dije y hubo silencio en el otro extremo.

—Dio...

—Sólo dime su nombre, Ana. No me lo pongas difícil—, dije, mi voz se profundizó con ira. Papá tenía razón. Este imbécil tenía que desaparecer de la foto, antes de que pudiera pensar en tener algo con ella. Mi primera prioridad era garantizar su seguridad, para no pensar todo el tiempo en esa escoria.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? — dijo ella y yo me pasé una mano por el pelo.

—No necesitas pensar en eso. Sólo dime quién es.

—Sí, necesito pensarlo, Dio. Estamos hablando de mi ex novio. ¡No un tipo cualquiera con el que te peleaste en la carretera! — Escuché la carcajada en su voz, aunque hablaba en voz baja. No quería que su amiga nos oyera discutir.

—Para mí, es un tipo al azar. Un bastardo que te puso la mano encima. Y es hora de que me ocupe de ello—, gruñí al teléfono, agarrándolo fuertemente a mi oreja.

—¿Cómo lo harás, Dio? No quiero que lo mates. No quiero sangre en tus manos—, dijo y un gemido entró en su voz. Me quedé en silencio durante varios momentos y luego ella soltó un grito ahogado.

—Ya hay sangre en tus manos, ¿no? Ya has matado gente antes. ¡Esto es normal para ti! — sollozaba mientras hablaba y el sonido de sus gritos me volvía loco. Quería romper el teléfono, quería quemar mi motocicleta, quería golpear a alguien. ¡Cualquier cosa para que dejara de llorar!

—Ana, para, por favor, no llores—, mi voz había bajado varios decibelios. No podía soportar otro momento de oírla llorar. Habría roto los cristales de los espejos laterales si no se detenía su llanto. Su sollozo se hizo más suave, y luego olfateó y la imaginé limpiándose su pequeña nariz con el dorso de la mano. Apreté mis puños, odiándome por hacerla llorar.

No se había detenido completamente, o no podía detenerse y de cualquier manera, todavía podía oír sus sollozos.

—Diablos. Ana. ¡Deja de llorar o me harás ir hasta allí! — Gruñí profundamente y su sollozo se hizo más suave.

—Vale, ya no estoy llorando—, dijo y yo inspiré profundamente.

—No me importa lo que pienses de mí, Ana. Esto es lo que es mi vida y entenderé si no quieres estar conmigo, pero quiero arreglar esto—, dije, tratando de mantener mi voz tranquila

mientras le hablaba. Volvió a olfatear y luego su respiración se hizo más uniforme.

—José Salazar. Ese es su nombre—, dijo ella y yo apreté los ojos. Ella me había dicho su nombre. No sabía lo que estaba pensando. Lo que pensaba de mí o si todavía quería estar conmigo, pero este maldito José Salazar era un hijo de puta muerto.

—Bien—, dije.

—Bien.

Hubo unos segundos de silencio entre nosotros.

—Tengo miedo de lo que hará si me encuentra de nuevo, Dio—, dijo ella y yo apreté los dientes. Esto era exactamente lo que no quería que sintiera.

—Yo me ocuparé de él—, dije.

—¿Y si le hace daño a mi amiga? ¿Qué pasa si lastima a Clara? — había un miedo crónico goteando de su voz y ahora me alegraba de haberle sacado su nombre. Ella estaba tratando de ser orgullosa y pretendiendo ser fuerte antes. La verdad era que estaba asustada.

—Me aseguraré de que nunca se acerque a ti, Ana. Lo prometo—, dije y ella volvió a olfatear.

—Bien.

—Tengo que irme ahora, deberías descansar un poco—, dije y me detuve de decir más. Había otras cosas burbujeando en la punta de mi lengua. Tenía miedo de soltar algo que ella no quería oír, que no debería decirle. No ahora. No cuando ella estaba pasando por esto.

—Buenas noches, Dio—, dijo en voz baja y colgué. El ruido blanco de la llamada cortada se escuchaba en mi oído. Me había obligado a colgar. Quería seguir escuchando su voz, pero había otras cosas que debían hacerse primero.

José Salazar necesitaba ser visitado.

Lo que sea que Ana pensó que le iba a hacer a ese bastardo, lo iba a hacer diez veces peor. Se arrepentiría de cada palabra que le dijera. Lamentaría haberla conocido. Podía sentir mi sangre hirviendo. Iba a entrar en erupción. Encontrarlo no sería difícil, teníamos conexiones en el departamento de policía. Y una vez que lo encontrara, no tendría ningún lugar donde escapar.

—¡Dio! — La voz aguda de Cobra cortó el silencio de la noche. Me volví para verlo tambalearse al bajar de su motocicleta. Ni siquiera le había oído llegar al bar, estaba completamente obsesionado con Ana y nuestra conversación.

—¿Cobra? — Me precipité hacia él y ahora que su cara se veía con la luz del farol de la esquina, vi que lo habían golpeado. La sangre corría por su cara, su frente estaba abierta. Lo agarré por los hombros, justo cuando estaba a punto de caerse hasta el suelo.

—¿Qué carajo te pasó, hombre? — Le gritaba, mientras trataba de mantenerlo con los ojos abiertos. Sus ropas parecían desgastadas y polvorientas y lo miré para asegurarme de que no había heridas de puñaladas o disparos. Sólo le dieron una paliza. ¡Se había metido en una maldita pelea!

En serio. ¿Elegiste esta noche entre todas las demás noches?

—Estoy bien. Sólo es un rasguño—, dijo sonriendo mientras me rodeaba el hombro con su brazo y le ayudaba a acercarse a la barra. Cobra cojeaba, pero al menos podía caminar.

Abrí la puerta de una patada, y la música alta y el parloteo del resto del club nos envolvió. Cobra estaba colgando de mi hombro, tratando de mantenerse en pie. Algunos de los chicos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y nos miraron. Pude ver a Angello en una mesa con Coronado y los otros.

—Que alguien llame a mi madre. ¡Necesita unos putos puntos! — Grite a pleno pulmón.

A José Salazar le quedaba una noche más de vida, porque por suerte para él, mi club siempre estaba primero.

Capítulo 22

Dio

—¡Me siento excelente! — Cobra sacudió la cabeza salvajemente, mientras que mamá se puso delante de él, con una aguja e hilo en la mano. Ella estaba perdiendo la paciencia, pero sus sentimientos maternos hacia los miembros del club eran reales. Reyes estaba sentado detrás de Cobra, tratando de mantener su cabeza quieta mientras ella le cosía la herida en la frente.

Cobra bebió de un golpe el shot de whisky que Big T había puesto a su lado en el mostrador. Inclino la cabeza hacia atrás y se dispuso a aguantar el dolor.

—¡Wooohooo! — gritó, con los ojos apretados por el dolor y los efectos del whisky. Esta fue su tercera oportunidad.

—¡Quédate quieto o le diré a Big T que no te de ningún trago más! — Lo reprendió mamá.

—Necesitas que te cosan hermano—, Reyes trató de apaciguarlo, pero Cobra chasqueó sus dedos en el aire de nuevo, tratando de llamar la atención de Big T. Podía ver a papá y a Coronado en el fondo hablando.

—¡Quietos, Cobra! — Le dije y me sonrió con dientes. Reyes le sujetó los hombros mientras mamá le ponía la aguja sobre la frente.

—Te diré, esto va a doler—, dijo ella y le perforó la piel con la aguja. Cobra apretó sus mandíbulas y lo vi agarrando el borde del mostrador, pero no iba a gritar. No importaba lo doloroso que fuera esto.

—¿Qué paso? — Angello había aparecido detrás de él y Cobra trató de levantar su cuello para ver.

Mamá le pegó en la mejilla, tan fuerte como solía pegarle a la mía cuando era niño y Cobra la miró pidiéndole disculpas.

—Me asaltaron—, dijo.

—¿Quién? — Angello le preguntó, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—Hell's Angels—. Estaba donde "Las gatitas", recogiendo las cuotas del mes, dijo, ahora con una voz más sobria. Pude ver que estaba reviviendo el momento.

—¿Cuota? ¿Nuestras cuotas? — Angello preguntó y Cobra asintió con la cabeza. Su movimiento hizo que mamá le pusiera la mano en la mejilla otra vez, y él se quedó quieto.

—¿Estabas solo?

—Yo estaba en la parte de atrás, ya me iba. Me acababan de pasar la pasta, dijo Cobra, sus párpados revoloteaban de dolor mientras mamá le clavaba la aguja en la piel otra vez. Apretó los dientes para dejar de llorar y Angello intercambió miradas conmigo.

—¿Cuántos eran?

—Tres—. Esos tres hijos de puta del almacén—, dijo Cobra, mirándome ahora y apreté la mandíbula con rabia. Reyes estaba sacudiendo la cabeza detrás de Cobra. Sabía lo que estaba pensando. Deberíamos haberlos matado cuando tuvimos la oportunidad. Pero no tuvimos la oportunidad. ¡Nos superaban en número!

—Se llevaron el dinero, por supuesto—, agregó Cobra y escuché a Angello gruñir en voz baja.

—. Estarás como nuevo en unos días—, dijo mamá, alejándose de Cobra ahora para admirar su obra. Cobra cogió otro trago de whisky, lo bebió y se golpeó los labios.

—No sentí nada—, dijo y Slash soltó una risa escandalosa.

—Puede que quieras secarte las lágrimas de tus mejillas primero, hermano. Estás arruinando tu maquillaje—, dijo y Reyes se rió también. Cobra seguía sonriendo. ¡Este hijo de puta sonriente!

—Vuelve a verme en siete días, Cobra. Hay que quitar esos puntos antes de que empiecen a infectar tu piel—, dijo mamá y se limpió las manos con un trapo.

Vi como le daba palmaditas en el hombro a Angello, me miró y asintió con la cabeza. No importaba cuanto desaprobara nuestro estilo de vida, siempre iba a estar ahí para su marido y para los niños. Le sonreí tranquilamente, pero ella era muy directa. No encontraba la situación tan divertida como Cobra.

—Te veré en casa—, dijo ella y papá se inclinó para plantarle un beso rápido en la mejilla y luego la abofeteó por detrás cuando se alejó de él. Puse los ojos en blanco y miré hacia otro lado.

—Esto tiene que terminar—, Reyes estaba limpiando sus manos ensangrentadas en un trapo ahora y se levantó de su silla. Algunos de los chicos ya habían empezado una partida de poker con Cobra, estaban bebiendo chupitos de whisky y se estaban haciendo apuestas. Reyes y Slash se acercaron a Angello y yo y Coronado nos unimos.

—Sí, esto necesita ser controlado—, dijo Coronado y mi padre asintió con la cabeza.

—Maten a cualquier miembro de Hells's Angels que encuentren en nuestro territorio—, dijo, después de un momento de silencio. Reyes y yo intercambiamos miradas.

—¿Es una orden? — Slash preguntó y Angello lo miró fijamente y luego asintió con la cabeza otra vez.

—Sí, hazlo—, dijo y luego se dio la vuelta y se alejó, Coronado le pisó los talones.

Reyes, Slash y yo mirábamos a Cobra lanzando cartas sobre la mesa, empujando a los otros tipos.

—Tenemos que obligar al bastardo a dormir—, dijo Reyes y yo sacudí la cabeza.

—Ruby le ha dado suficientes pastillas. No tenemos que obligarlo a hacer nada—, dijo Slash.

Observamos a Cobra durante unos minutos más, cada uno de nosotros perdido en sus propios pensamientos. Angello nos había dado la orden de disparar en cuanto los viéramos. Este fue el comienzo de una guerra, lo que significaba que cualquier cosa podía pasar.

Los párpados de Cobra empezaban a caer mientras se llevaba otro vaso de chupito a los labios.

—¿Debería estar mezclando alcohol con las píldoras? — El rey preguntó y Slash se encogió de hombros.

—Si esto no lo mata, algo más lo hará—, dijo y nos miramos. Tenía razón. La guerra con los Hell's Angels significaba que cualquiera de nosotros podía morir, pero teníamos nuestras órdenes y debíamos cumplirlas.

La cabeza de Cobra se balanceó una vez y luego se estrelló, de frente en la mesa y un fuerte Whoa estalló a nuestro alrededor.

—Vamos. Hora de dormir para ti, hombrecito—, dijo Slash y agarró a Cobra por la parte de atrás de su cuello, mientras Reyes y yo le agarrábamos las piernas. Lo llevamos arriba a la litera donde lo depositamos para que pasara la noche.

Salimos a conducir nuestras motos. Reyes, Slash y yo salimos a explorar el territorio. Era la mitad de la noche, pero mi cabeza zumbaba. Demasiadas cosas habían pasado en una noche. Los Hell's Angels acababan de golpear a uno de nuestros hermanos, en nuestro territorio.

Habría consecuencias.

—Iré al norte—, nos gritó Slash con el sonido de nuestros motores rugiendo y yo asentí con la cabeza. Reyes y yo cabalgamos hacia el sur. No íbamos a darle a esas comadrejas la oportunidad de derribar o robar un negocio una vez más. Y definitivamente no íbamos a darles la oportunidad de volver a golpear a ninguno de los nuestros. Esto iba a terminar e íbamos a ganar los Outlaws.

Agarrado a mi moto con fuerza, Reyes y yo íbamos uno al lado del otro, nuestros ojos escudriñando cada camino y cada esquina que pasábamos. Intenté no pensar en Ana y su ex, eso tendría que esperar otro día. Al menos ella estaba a salvo por ahora. Pero era difícil separar los dos sentimientos. Mi rabia contra su ex se alimentaba aún más por lo que le había pasado a Cobra; aunque las dos cosas no estaban conectadas. Si los Hell's Angels no se hubieran metido con Cobra, José Salazar ya estaría muerto.

Estaba cabalgando con Reyes a mi lado y el sonido de un disparo nos alertó.

—¡Vino del norte! — Reyes rugió y ambos hicimos un giro en U al unísono, aumentando la velocidad. El disparo había venido de la dirección en la que Slash se había ido. Se hizo otro disparo y cabalgamos aún más rápido.

A lo lejos, podíamos ver a Slash, de pie en la acera. Se agarraba el hombro, mientras su Harley estaba en el suelo. Había saltado de su moto en algún momento.

Su mano libre apuntaba directamente a la cabeza de un miembro de los Hell's Angels. El tipo estaba contra una pared de ladrillos, con las manos en alto mientras Slash se paraba frente a él. Esto se estaba convirtiendo rápidamente en algo común y suprimí una sonrisa.

Reyes y yo saltamos de nuestras máquinas.

—¿Estás herido, hermano? — Reyes le gritó a Slash, mientras yo sacaba la pistola de mis vaqueros. Nos unimos a Slash, apuntando nuestras armas al imbécil contra la pared.

—Sólo mi hombro—, gruñó Slash, y la sangre brotaba de donde la agarraba con la otra mano. Pude ver ese brazo temblando un poco, y me encontré con sus ojos e incliné mi cabeza.

—Lo tenemos—, dije, y Slash bajó su arma.

Me acerqué al tipo que nos estaba gruñendo. Parecía un animal salvaje enjaulado, pero ahora lo superaban en número, así que no podía hacer nada.

Había una mochila en el suelo a su lado.

—¿Qué hay en eso? — Le gruñí y pateé la mochila con los pies. Se sentía pesada, como si estuviera llena de algo metálico.

El tipo no dijo nada y oí a Reyes amartillar su revólver, listo para disparar en cualquier momento. Me agaché y abrí la mochila.

Estaba jodidamente llena de armas. Intercambié miradas con Reyes y Slash.

—¿Pensaste que podías cabalgar por nuestro territorio, con una bolsa llena de malditas armas? — Le ladré y el tipo me escupió en la cara. Le agarré del cuello y le golpeé con los nudillos en la mandíbula. Se estremeció, pero aceptó bien el puñetazo. Cuando me levanté, estaba limpiándose la sangre de la nariz.

—¿Quién dijo que es de ustedes, hijo de puta? — Le oí decir, cuando levanté la mochila y la balanceé sobre mi hombro. ¡Tenía que haber al menos una docena de armas ahí!

Me volví hacia él, sacudí mi cabeza y luego me volví hacia mi moto. Esto no iba a terminar bien para él.

—Voy a ir a dejar esto en el club. Slash, vuelve y cósete esa herida. Llama a mi madre—, dije y luego le golpeé en la espalda. —Maldita sea, se va a enojar, dos suturas en una noche—.

Con la mochila en los hombros, me subí a la moto y aceleré el motor. Cuando Reyes y yo intercambiamos miradas, asentí con la cabeza.

Con el casco puesto y el motor rugiendo, me alejé en dirección a la Dama Afortunada; pero oí el sonido del disparo en el aire. Dos pájaros acababan de ser muertos de un tiro. Las órdenes de Angello habían sido cumplidas, y el Rey se había salido con la suya.

¿Qué dicen sobre el amor y la guerra? Todo se vale...

Capítulo 23

Ana

No había visto a Dio en todo el día y desde que hablé con él por teléfono la noche anterior, estaba ansiosa por volver a verlo.

Trabajé mi turno, mis dedos hormigean cada vez que las puertas del bar se abren. Dio no había regresado, ni siquiera cuando llegó el momento de irme.

—Que tengas una buena noche, chica—, me dijo Angello, mientras comía una enorme hamburguesa en su mesa junto a la ventana. Le sonreí, mientras salía y justo cuando abrí la puerta, mi nariz chocó con el pecho amplio de Dio. Jadeé con sorpresa, y miré hacia arriba para encontrarle mirándome fijamente, con una sonrisa en su cara, sus mejillas con hoyuelos, sus mandíbulas cinceladas y afiladas.

—¿Lista para irnos? — dijo y yo le arrugué las cejas.

—Sí, ya me iba a la casa de Clara—, le dije, y él tomó los libros que tenía en mis manos. Esperaba tener la oportunidad de estudiar un poco esta noche, pero el bar me había mantenido ocupada.

—Te he hecho unos espaguetis. Están en mi apartamento—, dijo Dio, metiendo los libros bajo su brazo. Mis ojos se abrieron de par en par y pude sentir que mis mejillas ardían. Este tipo estaba lleno de sorpresas. No esperaba que pudiera hervir agua. ¿Cómo había conseguido una cena de espaguetis?

—¿Con albóndigas? — Pregunté, arqueando una ceja sospechosamente hacia él.

—Las puedo preparar—, dijo, y nos sonreímos el uno al otro. Sin esperar una respuesta, Dio se volvió hacia su moto y yo lo seguí.

—Tengo mi examen de ingreso mañana—, dije y Dio detuvo su andar, sus ojos escudriñaban en mi cara. Me miraba de nuevo, de esa manera en que lograba que me sintiera desnuda bajo su mirada.

—Te llevaré—, dijo y me lamí los labios. Me preguntaba si podía decir que estaba nerviosa por ello.

—No he tenido mucho tiempo para estudiar—, dije, volviéndome a sonrojar y Dio se acercó a mí, mirando mi cuerpo con sus peligrosos ojos azules.

—¿Te he mantenido ocupada? — preguntó y me mordí el labio.

—Más o menos—, dije y vergonzosamente me puse unos mechones de pelo detrás de las orejas. ¿Cómo fue capaz de hacerme sentir tan débil con solo estar en frente mío? ¿Por qué no

podía resistirme a él?

—Estarás bien, princesa—, dijo, con una voz profunda pero amable, y cuando oí esa palabra, princesa, sentí un calambre en el estómago. Había usado ese término, una y otra vez cuando tuvimos sexo. Y ahora, por primera vez, lo usaba en una conversación regular. Tenía miedo de que mis rodillas se tambaleasen visiblemente.

—No he estudiado tanto como debería. Realmente necesito pasar el examen—, dije y Dio extendió la mano y alejó mi flequillo, despejando mi frente. Fue un momento tan tierno, y me sorprendió de nuevo.

—Aprobarás el examen, Ana. Esta noche, te necesito—, dijo y sus ojos se oscurecieron. Una tormenta se había apoderado de sus ojos azules y sus labios se apretaron en una firme línea. Mi corazón bajo hasta mi estómago.

—¿Qué pasó hoy, Aidan? ¿Dónde estabas? — Dije, usando su nombre por primera vez. Sus dedos se quedaron en mi cara, me acarició la mejilla con el pulgar y pude sentir como se me ponía la piel de gallina.

—Ha empezado una guerra. Entre nosotros y otro grupo—, dijo, y yo le agarré la muñeca y le apreté. Quería saber más. Quería saberlo todo.

—¿Una guerra? ¿Qué clase de guerra? — Pregunté. Nuestras miradas estaban fijas en el otro, había silencio a nuestro alrededor y los faroles eran la única fuente de luz.

—Tenemos que proteger nuestro territorio, tengo que mantener las calles seguras—, dijo, y pude sentir que mi respiración se volvió irregular. Había tanto que quería preguntarle, pero sabía que no podía. No podía presionarlo. Dio era capaz de abrirse a mí, lo sabía. Pero tendría que ser a su debido tiempo.

—¿A salvo de qué? — Pregunté tentativamente. ¿Quería saberlo?

—A salvo de los Hell's Angels. Y necesito mantenerte a salvo, princesa—, dijo mientras me agarraba de su brazo. Eso era todo lo que iba a decirme.

—¿Tu...? — Intenté sacar las palabras. Necesitaba saber si ya había encontrado a José. Ya no me importaba lo que le pasara a ese bastardo. Dio apretó los dientes, sus ojos me atravesaron y parpadeaban.

—No por ahora—, dijo, y nos quedamos en silencio por unos momentos.

—¿Tienes hambre? — preguntó, alejándose de mí. Sentí que había estado conteniendo la respiración, y suspiré y luego forcé una sonrisa en mi cara.

—Podría comer—, dije, y Dio se dirigió a su moto nuevamente.

—Bien, porque he ganado lo suficiente como para alimentar a un ejército—, dijo mientras me ayudaba a subir a su motocicleta de nuevo.

Podía sentir mi cuerpo emocionarse, al verlo; alto y fuerte, sus hombros se agitaban, los músculos de sus muslos se movían con rapidez mientras alzaba su pierna por sobre su máquina y se sentaba delante de mí. Sentía su olor masculino y mis sentidos se tambaleaban. Este era el hombre más sexy que había conocido, y me iba a casa con él.

¡Ir a casa!

—Dio—, dije, justo cuando echaba a andar el motor. Dudé en envolver mis brazos alrededor de su cintura.

—Ana—, dijo, girando la cabeza de lado para oírme mejor.

—¿Qué hay de la regla de tu club? Big T me dijo que ustedes son muy estrictos al respecto. No deberíamos estar juntos. No deberíamos ser vistos juntos—, dije e inmediatamente me arrepentí de mi decisión de decir algo. ¿No iban acaso bien las cosas? ¿Qué más podría haber pedido? Que yo dijera esto podría arruinar la noche.

—Angello sabe. Se lo dije—, y sentí ese hormigueo en la punta de mis dedos otra vez.

—¿Angello? — Dije y recordé esa sonrisa intermitente que me había dado al salir del bar esa noche.

—Sí, es mi padre y es el presidente del club—, me dijo Dio y me mordí el labio, tratando de suprimir una sonrisa feliz. ¡Le había hablado a su padre de nosotros! No quería empezar a albergar falsas esperanzas de que esto pudiera significar algo para él... que esto era más que una simple diversión para él. ¡Pero le había hablado a su padre de nosotros!

—Ahora agárrate fuerte, princesa, este va a ser un viaje rápido. No quiero que los espaguetis se enfríen—, dijo y le rodeé con mis brazos, apoyando mi cara tiernamente en su espalda.

Me estaba dando cuenta ahora, que este hombre grande y fuerte, que pertenecía a un club de motos y que a veces volvía por la noche con los nudillos magullados y sangrando... se había pasado toda la noche cocinándose espaguetis.

Capítulo 24

Dio

Había un poco de salsa a los lados de la boca de Ana. Estaba riéndose, pero se detuvo cuando vio que mi mano se movía hacia ella. Con mi pulgar, limpié lentamente la salsa de las comisuras de sus labios y luego deslicé mi dedo sobre su brillante labio inferior. Relleno, rojo y delicioso. Esa era la descripción adecuada. Los ojos verdes de Ana brillaban con la tenue luz de la lámpara. Estábamos sentados en el suelo de la cocina, comiendo nuestros espaguetis en tazones.

Me contó la historia de cómo perdió su primer móvil, el que había comprado con su duro salario. Cuán alterada y furiosa estaba por ello... y no pude hacer otra cosa que mirarla fijamente.

—Me recuerda a la escena de la Dama y el Vagabundo—, dijo Ana, cuando aparté los dedos.

—¿No es eso lo que somos? Eres una dama—, dije, con voz somnolienta. Mi pene estaba en tensión, tomando nota de su delgado y curvilíneo cuerpo. Sus ojos se oscurecieron y ella me sonrió a medias.

—No eres un vagabundo—, dijo ella y yo me incliné hacia adelante, con el tazón cayendo de mis manos al suelo. Cogí su cara entre mis manos y la besé. Mi lengua se deslizó en su boca y Ana gimió seductoramente. Mi lengua se burló de ella, lanzándose y retirándose y luego enredándose con la suya otra vez. Mis manos se elevaron, tejiendo a través de su ardiente cabello rojo. No me cansaba de ella.

Me aparte de ella. Su espalda presionó contra el armario inferior de mi cocina del tamaño de una caja de cerillas, y dejé un rastro húmedo en su barbilla, bajé por su cuello, hasta que mis dientes tiraron de los botones de su ajustada camisa azul. Se soltaron fácilmente, dejando al descubierto su sujetador de encaje blanco, que miré fijamente durante unos momentos, admirando sus pechos pálidos y lechosos.

Ana me pasó los dedos por el pelo mientras yo le agarraba los pezones, tirando de su sostén. Sus pezones se convirtieron en puntos húmedos y rígidos mientras los chupaba turnándolos. Ana ronroneaba y se retorció, moviendo sus caderas hacia mí. Así que accedí, no me iba a abstener de darle lo que quería. Mi mano se deslizó bajo sus jeans y le alcancé la vagina. Ya estaba mojada y le acaricié, su clítoris... sintiendo mis dedos deslizarse dentro y fuera de su cálida y palpitante entrada.

Le besé la boca de nuevo, empujándola a la posición en la que se encontraba ahora en el suelo. La cubrí con mi cuerpo, mientras mi verga la empujaba, nuestra ropa actuaba como una barrera. Justo ahí. Mierda. Me balanceé y rodé en ese lugar mientras ella abría las piernas de forma atractiva. Quería ir despacio esta vez, apreciar su belleza, admirar lo que era capaz de hacer a mis sentidos.

Ahora le mordisqueaba los lóbulos de las orejas, mientras mis dedos jugaban con sus

pezones. Casi exploto, justo en mis vaqueros, cuando empezó a dar vueltas en sus caderas contra mí. Quería prolongar mi orgasmo. Quería verla venirse a ella primero. Ana me alcanzó hambrienta cuando me alejé.

—Dio...— respiró mi nombre. Su boca roja, todavía pegajosa con la salsa de espagueti, estaba abierta. Mis manos trazaron la forma de sus curvas, su torso, la caída de su vientre plano y luego sobre sus jeans ajustados.

Hincado en mis rodillas entre sus muslos extendidos, desabroché los botones de sus pantalones. Ana arqueó su espalda, echando la cabeza hacia atrás, empujando sus pechos desnudos hacia mí.

—Buena chica—, dije, cuando empecé a bajar sus vaqueros por sus piernas. Llevaba puestas bragas de encaje a juego, que ahora estaban mojadas y las eliminé también.

Sus pezones eran rosados y frescos y me anhelaban, y los alcancé de nuevo, apretándolos con fuerza y ella hizo un gesto de dolor. Entonces bajé, nivelando mi cara con su apretada concha suplicante. Mis brazos se mantuvieron extendidos, sujeté suavemente sus pezones y respiré hondo sobre el pelo caliente de su húmedo coño. Sabía que le gustaba porque se retorció de placer.

Mi lengua alcanzó sus pliegues, y ella gimió. Mi boca absorbió sus jugos, y mi lengua se deslizó dentro de ella.

—¡Oh Dios mío! — gimió y su cuerpo se estremeció con la sensación. Sonreí mientras la chupaba, mi lengua absorbió sus jugos y luego me sumergí en su interior.

—No pares... por favor, no pares... esto es increíble—, jadeaba mientras intentaba hablar, entorpeciendo sus palabras mientras yo empezaba a follar su vagina con mi boca. Sabía salado y delicioso y apretó sus muslos alrededor de mi cara. Me encantaba verla así. Podría haber pasado toda la noche haciéndola sentir bien.

Sacudí mi cabeza salvajemente, mi lengua entrando y saliendo de su dulce punto. Mis dedos se movieron y jugaron con sus pezones, mis brazos se extendieron fuertemente a lo largo de ella. Podía sentir su cuerpo temblando. Ella se precipitaba a toda velocidad hacia el borde de su clímax. Se agarró a mi pelo, apretándolo y soltándolo mientras intentaba ralentizar su orgasmo.

Pero cuando probé sus dulces jugos filtrándose, llenándome la boca con su líquido, supe que no había sido capaz de contenerse. Ana gritó mientras se venía, y yo mantuve mi lengua allí, empujándola dentro y fuera de ella. Su coño se apretó durante unos momentos y luego se relajó de nuevo. No había terminado. Esto nunca iba a terminar. Por primera vez en mi vida, me importaba cómo se sentía una mujer e iba a disfrutar de ello.

Ralentiqué el golpeteo de mi lengua en ella, pero sólo por unos momentos... antes de empezar de nuevo. Su clítoris estaba hinchado de deseo, su vagina goteando con los jugos que yo estaba continuamente tomando.

Me separé de ella, y miré directamente a sus ojos vidriosos.

—Dio, por favor, por favor cógeme—, suplicó, apoyándose en mi pecho. Ella sentía la tosquedad de mis músculos, mis abdominales...

—No con mi verga. No esta noche. Esta noche se trata de ti, princesa—, dije con una sonrisa y luego, cuando menos se lo esperaba, le metí tres dedos. Mi pulgar se encargó de su clítoris. Ana volvió a gritar. Estaba exhausta, sus ojos estaban somnolientos por el sueño. Ya estaba satisfecha, pero yo quería ver su cara cuando volviera a venirse.

Al tomar velocidad, mis dedos entraron y salieron de ella, mientras mi pulgar mantenía su clítoris hinchado y listo para la segunda ronda. Ana gemía y lloriqueaba, su cabeza se movía de lado a lado mientras trataba de controlar otro orgasmo. Sus pechos temblaban y rebotaban cuando deslizaba mis dedos dentro y fuera de ella. Su espalda estaba arqueada y su cabeza presionada torpemente contra la puerta del armario mientras yo me estrellaba contra ella.

Su cara estaba arrugada, sus mejillas estaban rojas de placer, sus labios estaban separados y ella iba a venirse de nuevo, y al parecer, mucho más fuerte.

—Vente para mí, princesa—, le dije con una voz profunda, justo cuando ella estallaba de nuevo. Esta vez ella sí gritó, su cuerpo se sacudió hacia arriba y yo mantuve mis dedos dentro de ella. Entré y salí en un rápido y profundo movimiento hasta que ella volvió a explotar sobre mi mano. Su pelo rojo estaba pegado desordenadamente en su cara, su piel brillaba con el sudor cuando acabo. Esta duró más tiempo, su cuerpo temblaba en oleadas de placer. Podría haberse venido una tercera vez, no podría decirlo.

Todo lo que me importaba era observarla, la forma en que su cara se apretaba, la forma en que su boca estaba abierta. No tenía preocupaciones, no había nada en su mente... todo lo que hacía era vivir el momento de su hermoso orgasmo. Y yo lo había generado. Yo era el responsable de hacerla sentir así. Esta dulce e inocente chica era una esclava de mis dedos, y se vino goteando jugos por toda mi mano.

Ana cayó al suelo, con los ojos cerrados por el cansancio. Le saqué los dedos de la concha y me los llevé a los labios, antes de lamer sus jugos pegajosos. Ana gimió con satisfacción y luego, pude percibir una sonrisa de placer en su rostro.

—Duerme bien, princesa—, me incliné para susurrarle al oído. Ella se quejó de nuevo en respuesta y luego se dio la vuelta y me puso un brazo alrededor del cuello.

No tuve más remedio que acostarme con ella en el suelo de mi cocina, acunándola en mis brazos. Yo también estaba agotado, pero pasé unos minutos escuchando su respiración tranquila mientras dormía.

Haría cualquier cosa para mantener a esta mujer a salvo.

Haría cualquier cosa para asegurarme de que durmiese sana y salva todas las noches.

Y por sobre todo, jamás haría algo para lastimarla.

Capítulo 25

Ana

¡Entré! A pesar de lo mal preparada que creía que estaba para el examen de admisión, ¡conseguí entrar en el curso de Tecnología Veterinaria! Los resultados salieron a los tres días del examen, y yo estaba realmente muy feliz.

Era consciente de lo ocupado que estaba Dio. Me había dicho que había una guerra entre ellos y un Club de motoqueros rival, llamado *Hell's Angels*. Aparte de eso, no me había comentado casi nada, aunque yo sí sospechaba que había algún peligro. Intenté no preocuparme por él, porque si había alguien en el mundo que podía cuidarse a sí mismo, ese era Dio.

Esta noche iba a ser especial. Clara se quedaba con su novio el fin de semana, lo que significaba que tenía el apartamento para mí sola. Le había enviado un mensaje de texto a Dio antes, para decirle que quería prepararle la cena. No había hablado bien con él desde esa noche que me hizo espaguetis, pero sinceramente esperaba que me dijera que no tendría tiempo.

En lugar de eso, respondió...

—Deberías saber que me gusta el queso. Casi tanto como me gusta follarte. Estaré allí a las nueve y llevaré champán para celebrar tus resultados. Estoy muy orgulloso.

Me sonrojé cuando leí ese mensaje, y luego lo volví a leer unas cuantas veces más. ¡Dio estaba orgulloso de mí! Tenía más fe en mí y en mis habilidades, que yo en mí misma.

Así que hice macarrones con queso y pan de ajo y me vestí para la noche. Con un vestido azul marino ajustado y altos tacones negros, planché mi pelo rojo, lo dejé liso y elegante. Cuando me miré en el espejo, me pregunté si habría exagerado con el maquillaje. Sombra de ojos plateada, un profundo lápiz labial ciruela y unas largas pestañas negras y rebosantes... estaba satisfecha. Me pregunté qué pensaría Dio cuando me viera esta noche, toda arreglada para él.

Volví para comprobar el pan de ajo en el horno, cuando llamaron al timbre. Casi me da un infarto, corrí a la puerta, mi corazón palpitaba acelerado mientras la abría. ¡Por fin de nuevo a solas con él!

No era Dio quien llamaba al otro lado, era José, y abrió la puerta de un empujón, y se abalanzó hacia adentro del apartamento, haciéndome a un lado.

—¿Tienes compañía? — me gruñó, y luego cerró la puerta. Grité e intenté correr hacia mi móvil que se encontraba en la encimera de la cocina, pero José me agarró del pelo, tirándome fuerte hacia él.

Esta vez había llamado de forma civilizada, ¡no tenía como haber imaginado que pudiese ser él!

—¿Qué rayos quieres de mí? — Grite, mientras me mantenía en posición, gruñendo en mi cara.

—¡Quiero que me devuelvas mi dinero y, además, quiero saber para quién demonios te has vestido! — gruñó, enseñándome los dientes como un perro rabioso.

Esta noche no estaba borracho, por lo tanto, el alcohol no era su excusa.

—Te dije que no tengo tu dinero. Por favor, suéltame y déjame en paz—, dije, sollozando entre lágrimas.

José levantó la mano, listo para darme una bofetada en la cara.

—Perra mentirosa. ¡Sé que tú lo tomaste y ahora me tratas de engañar! — Bufó, y yo no pude hacer nada más que gritar, encogiéndome bajo él, esperando que su bofetada cayera en cualquier momento en mi cara.

—Déjala ir antes de que te arrepientas de cualquiera de tus decisiones—, oí la voz de Dio y vi a José girar la cabeza hacia la puerta.

—¡Dio! — Grité, tratando de librarme del control de José, pero él sólo apretó aún más su puño en mi pelo, tirándome hacia él.

—¿Quién carajo eres? — José le siseó a Dio, mientras él daba unos pasos hacia nosotros.

—Déjala ir y te lo diré—, la voz de Dio era sorprendentemente tranquila, comparada con la rabia que había visto en sus ojos antes. Podía sentir los músculos de José endureciéndose. Puede que pensara que era un hombre valiente cuando me golpeó, pero en realidad era un cobarde. Y era obvio quién era el hombre más fuerte de la habitación.

—¿Este es el tipo con el que me estás engañando? — La saliva salió de su boca cuando se volvió hacia mí otra vez.

Dio se acercaba a nosotros, y José empezó a retroceder, con sus manos en mi pelo todavía. No podía dejar de llorar, siendo arrastrada desde mi pelo y cuando abrí mis ojos miré a Dio y vi la furia silenciosa en su mirada.

—¿Quieres morir esta noche? —, dijo, con una profunda voz amenazadora. Había acorralado a José, que ahora me usaba como escudo.

—Retrocede, imbécil. Esto es entre mi chica y yo—, dijo José y vi una sonrisa diabólica en la cara de Dio.

Se abalanzó sobre José, colocándole las manos alrededor de su cuello mientras lo sujetaba a la pared. Le estaba ahogando, y el agarre que tenía sobre mi pelo se debilitó y no tuvo más remedio que dejarme ir. Me escabullí debajo del brazo de Dio. La cara de José comenzaba a hincharse, volviéndose de color púrpura. Pude ver las venas bombeando sangre en los brazos de

Dio mientras seguía ahogando a José.

—¡Dio, no lo mates! — Grité y me echó una mirada. Luego liberó la presión en el cuello de José, pero justo cuando José empezó a jadear para respirar, le dio un puñetazo en las tripas.

José se desplomó, encorvándose de dolor mientras se agarraba al estómago. Dio echó su cabeza hacia atrás con una mano, sólo para poder golpearlo en la cara otra vez. Escuché el crujido de la mandíbula de José mientras caía al suelo. Le brotaba sangre por la nariz y yo retrocedí horrorizada.

—¡La has herido, hijo de puta! — Dio lo pateó en el estómago de nuevo, y José se revolvió en el suelo, agarrando su vientre, la sangre goteaba de su cara.

—Vas a matarlo, Dio, ¡no! — Grité, aterrorizada de que él no supiera cómo parar.

—¡Merece morir, carajo! — gruñó, pateándolo en la mandíbula de nuevo. Podía oír a José gemir, rodando, estremeciéndose cada vez que Dio se movía.

—Levántate, imbécil. ¡Levántate! ¿Ves cómo se siente? — Dio había agarrado el pelo de José y le sostenía la cabeza, de la misma manera que había sostenido la mía.

—¡Abre los ojos y mírala! — Dio gritó en los oídos de José y no tuvo más remedio que mirarme. Pude ver que su ojo izquierdo estaba gravemente magullado e hinchado. No podía soportar mirarlo, ni siquiera podía mirar a Dio. Empezaba a sentirme mal.

—Si te vuelves a acercar a ella, nada me impedirá matarte. ¿Lo entiendes, hijo de puta? — Dio siseó en el oído de José y este asintió con la cabeza salvajemente de acuerdo.

Luego lo soltó y José cayó al suelo, sobre sus manos y rodillas, arrastrándose patéticamente hacia la esquina de la habitación. Lo miré fijamente, con lágrimas aun cayendo por mis mejillas. Ahora me dolía la nuca, donde me había estado tirando del pelo con fuerza.

—Soy yo—, escuché la voz de Dio. Miré para verle hablando por su teléfono. Sus hombros se agitaban, sus fosas nasales estaban llenas de rabia, y miraba a José con asco.

—Tengo una situación aquí. Consigue la dirección de Ana de Big T y ven con los demás. Hay un imbécil del que tenemos que ocuparnos—, dijo Dio y luego me miró. No pude controlar mi llanto todavía, y él se acercó a mí, agarrándome por la cintura y tirando de mí hacia él.

Lloré en su pecho, enterrando mi cara en él y cuando sentí la fuerza de sus brazos a mi alrededor, supe que iba a estar a salvo.

—Y llama a Ruby. Este lugar necesita ser limpiado—, dijo Dio, y luego cerró su teléfono.

Me acariciaba el pelo, me daba besos húmedos en la frente. Parecía que no podía soportar verme llorar.

—Ven conmigo, princesa—, me susurró al oído y cuando volví a mirarlo, asentí con la

cabeza. Iría a cualquier parte con él. No necesitaba pedírmelo dos veces.

—Este tipo no se volverá a acercarme a ti nunca más. ¿Me oyes? Ahora estás a salvo—, dijo, susurrándome suavemente al oído. Me aferré a él, como si fuera una tabla salvadora en medio de un océano y mi mirada se posó en José en el suelo, curando sus heridas con gruñidos y gemidos.

No sentí nada por él. Ningún hueso de mi cuerpo me dolía por este hombre con el que había compartido una vida durante años. Fue Dio quien me salvó la vida, él era el único que me importaba. Me estaba dando cuenta de que José no había significado nada para mí, nunca. Ni siquiera cerca de la forma en que amaba a Dio.

Capítulo 26

Dio

—Ese imbécil está en la cárcel—, dije, mientras Ana se metía en la bañera.

La llevé a mi apartamento y le preparé un baño. No podía soportar verla sufrir, verla llorar. Y todo el tiempo que montamos en mi moto de camino a mi departamento, pude oírla sollozar. Ahora, estaba en el agua burbujeante, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera, la parte inferior de su pelo rojo estaba empapado.

Ana movió sus brazos, enviando ondas a su alrededor en el agua. Su maquillaje estaba manchado por el llanto, y sus ojos verdes brillaban mucho. Era la criatura más hermosa que había visto, y ahora era toda mía.

—¿José está en la cárcel? —, preguntó, con la voz entrecortada por un suspiro.

—Angello... mi padre pidió un favor a la policía. Ellos van a transferirlo a otra ciudad—, dije, y me senté con las piernas cruzadas en el piso del baño.

—¿Otra ciudad? — dijo Ana, con una semi sonrisa apareciendo de las esquinas de su boca.

—Sí—, dije, y alcanzando su brazo, acaricié su suave piel, mientras se inclinaba sobre el borde de la bañera para mirarme. Estaba estirada, empapada, y cada vez que veía su exquisito cuerpo sumergido en el agua, sentía que mi pene se movía. Pero follar con ella era lo último que tenía en mente esta noche. Sólo quería que se sintiera segura, quería que supiera que no dejaría que le pasara nada.

—¿Con qué motivo? —, preguntó, sacándome de mis pensamientos. Por un momento, no supe de qué estaba hablando, y luego me di cuenta de que seguía hablando de José Salazar.

—Algo inventado. Tenemos policías en nómina, que nos deben un montón de favores—, dije y Ana arqueó las cejas y luego sonrió. Esa sonrisa me hizo sentir vulnerable. Una sonrisa genuina y feliz. Se estaba adaptando a mi estilo de vida, no se quejaba de cuántas leyes estábamos violando. Era la clase de mujer que nunca me reprocharía nada. Siempre estaría a mi lado, y se sentía increíble tener eso.

—Estarás a salvo ahora, princesa—, le dije y parpadeó, sus mejillas enrojecieron hasta coincidir con el color de su brillante cabello.

—Estuve a salvo desde el momento en que te conocí. Te debo mi vida, Dio—, dijo, y yo me acerqué y le besé los labios.

Nos mirábamos fijamente, y no podía creer que una mujer hermosa, una mujer como ella... me hubiera considerado digno para darse un baño en mi bañera. Nunca antes me había sentido así por

una mujer. Ninguna chica se había acercado siquiera a hacerme sentir como ella. Entonces, ¿qué estaba esperando? ¿Qué otra prueba necesitaba para convencerme de que ella era lo más importante en mi vida?

—Múdate conmigo, Ana—, las palabras me salieron a borbotones y por unos momentos, cruzó las cejas y me miró con incredulidad.

—¿Aquí? — preguntó y una risa nerviosa se me escapó.

—Ese era mi plan, o podríamos encontrar un lugar diferente si no quieres vivir aquí—, dije y ella se mordió el labio, tratando de suprimir la sonrisa que le estallaba en la cara.

—¿Esto es porque quieres que esté a salvo? Porque así podrás vigilarme de cerca...— dijo y vi la piel de gallina en sus brazos, sus hombros, su piel brillando con el agua jabonosa del baño.

—No, esto es porque quiero despertarme a tu lado todos los días—, dije y la cara de Ana se sonrojó de nuevo. Batió sus párpados y bajó la mirada hacia las ondas en el agua.

—Yo también quiero despertarme a tu lado todos los días—, dijo y la alcancé de nuevo, besando su cara húmeda.

—Y quiero apoyarte—, dije y ella me miró a los ojos otra vez.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que quiero encargarme de la cuota de tu curso, tus libros, lo que necesites. Ya no necesitas trabajar en la Dama Afortunada—, le expliqué y abrió la boca para protestar.

—Pero....

—Sin peros—. Es definitivo. El club se encargará de todo, y todo lo que tienes que hacer es estudiar y convertirte en una Tecnóloga veterinaria. Después de eso, puedes conseguir el trabajo de tus sueños y vivir la vida que siempre has querido—, continué y aunque ella se esforzaba por ocultarlo, pude ver que estaba profundamente emocionada.

—Dio... yo...— dijo ella y yo sacudí mi cabeza, emocionándome con el sonido de su dulce voz. Habría hecho cualquier cosa para que no llorara. Y parecía que por fin era feliz.

—Gracias—, dijo sonriendo ampliamente.

—No necesitas agradecerme, princesa. Esto es lo que quiero hacer por ti—, le dije, y ella salió de la bañera, lanzándose sobre mí y el agua voló por todas partes, mojando mi ropa.

Caí de espaldas mientras ella caía en mi regazo, besándome salvajemente... con una especie de furia que no creía que fuera capaz de tener.

No me estaba quejando. No había nada en lo que pensara más cada día, que tener su cuerpo presionado contra el mío.

Ana abrió la boca y yo le metí la lengua entre los labios. Probándola, respirándola. Mis manos estaban en su cintura, agarrándola fuertemente mientras se apretaba contra mí. Ahora que ella había empezado, no iba a parar. Me iba a hartar de ella, al menos por esta noche, porque sabía que volvería a quererla mañana por la mañana.

Capítulo 27

Ana

Me deslicé sobre él, con mi cuerpo desnudo y brillando por el agua jabonosa mientras lo besaba. Nunca antes había tomado la iniciativa de esta manera, y estaba disfrutando del control que tenía sobre él ahora. Nuestros labios chocaron y Dio me metió la lengua en la boca, recordándome la forma en que me la metió en la concha la otra noche.

Sabía que lo estaba mojando, su ropa estaba húmeda y no parecía importarle. Estaba desesperada por él. Mi vagina estaba ardiendo con la urgente necesidad de que me follara y me puse a horcajadas, mis manos sujetaron su cara para mantenerlo en posición.

Empecé a mover mis caderas, sintiendo el abultamiento de su pene palpitante contra mi vagina caliente y me sentí bien. Tacha eso. Se sintió absolutamente increíble. Se había acabado. Ya estaba a salvo. José nunca más se acercaría a mí, y yo iba a vivir con este hombre increíble.

Dio se enfrentó a mis giros con sus propios empujones y la tela áspera de sus pantalones rozó contra mi vulva. Yo lo deseaba.

—¡Ana! — respiró mi nombre mientras le tiraba del labio inferior con los dientes.

—¡Quiero follarte hasta los sesos, mujer preciosa! —, dijo, y yo eché la cabeza hacia atrás, rompiendo nuestro beso, y me reí con total abandono. No podía recordar la última vez que me sentí tan bien. La última vez que me sentí tan libre.

—Quiero mi polla en tus manos, quiero estar dentro de ti, sentir tu concha apretada que me acoge—, gruñó, agarrándose fuertemente a mi cintura, manteniéndome en posición mientras ubicaba mis caderas en su regazo. Se agarró a mi pecho desnudo, chupando mi pezón izquierdo y luego el derecho, mientras mi pelo caía salvajemente sobre mi cara.

Le desabroché el cinturón rápidamente, le bajé la cremallera de los pantalones y luego le saqué fuera la verga. Estaba grande como siempre, palpitaba y emanaba golpes y la punta de su polla ya estaba pegajosa con el prepucio. Sentí escalofríos por la columna vertebral, y mis pezones se apretaron más y se volvieron más sensibles en su boca mientras chupaba.

Acaricié su polla, sus pelotas, mis manos crujiendo dentro de sus pantalones y su jadeo se hizo más pesado. Su agarre se hizo más fuerte en mi cintura y entonces le ayudé a sacar su mástil por completo. Estaba erguida, con el tronco recto, y la miré fijamente, asombrada por lo que era capaz de hacerme con sólo esa parte de su cuerpo. Podía sentir los nudos en mi vientre que se arremolinaban cada vez más. Necesitaba esa verga dentro de mí, acariciando ese punto que haría que me viniese.

Levanté mi culo en el aire, mi concha suspendida sobre su polla y miré hacia arriba para ver que Dio me miraba fijamente. Sus ojos azules se habían vuelto tormentosamente oscuros, su

mandíbula estaba apretada. Respiré profundamente y con mis manos en su pecho, balanceé mi cuerpo hacia abajo.

Gemí en voz alta y él maldijo asquerosamente, mientras mi vagina se separaba, estirándose para acomodar su enorme verga. Caí sobre su pecho, y él me rodeó con sus brazos alrededor de la espalda, sosteniéndome cerca de él mientras se mecía.

—Mierda. Se siente increíble—, gruñó y empecé a rebotar.

Su polla se deslizó dentro y fuera de mí, mientras yo me mecía, acercándome al borde del orgasmo con cada golpe. Mis pechos rebotaban conmigo, y él observaba mi cuerpo mientras me movía y me balanceaba con placer. Me cogió del pelo, pasando sus dedos por las hebras, luego me tomó los pechos, me golpeó los pezones dolorosamente y luego se agarró a mi trasero, dándome un suave empujón cada vez que rebotaba.

—Vente, princesa—, me ordenó y me agarré el seno izquierdo, apretando, permitiendo a mi cuerpo liberar todas las emociones reprimidas. Estalle en un orgasmo múltiple, gritando su nombre, gimiendo en voz alta y rezumando mis jugos por toda su polla. Dio me sonreía, me miraba mientras tenía un orgasmo tras otro y cuando mi respiración comenzó a disminuir, sacó su pene de mí vagina exhausta.

—Suficiente—, dijo y me dio la vuelta. Colocándose detrás mío. Puse mi trasero apuntando hacia él, separando mis muslos para que tuviera mejor acceso. Podía sentir que se inclinaba sobre mí. Y entonces me dio una palmada en el culo. Me estremecí, grité y luego empujé mi trasero hacia él otra vez.

—¿Te gusta eso? —, dijo, y dio una bofetada en la otra nalga. Me gustó eso. ¡Me encantó! Luego me sacudió el clítoris, jugando con mi coño y probando si estaba mojado. No necesitaba hacer la prueba. Estaba tan listo como siempre

—Esta vez te vas a venir conmigo—, me respiró en el oído, mientras me agarraba la cintura y me levantaba. Estaba de rodillas, presionada contra la pared del baño, mis pechos se aplastaron mientras me sujetaba a la pared con su cuerpo. Sus brazos estaban enrollados alrededor de mis pechos, alrededor de mis caderas y sentí la presión de su verga en mi espalda, deslizándose por las pompas de mi culo y temblé anticipadamente. No podía esperar.

—Voy a entrar en ti, princesa—, le oí decir, y luego escuché el gruñido. Había metido su polla dentro de mí, mis nalgas lo envolvían firmemente mientras empujaba y empujaba. Su brazo me sujetaba suave pero firmemente desde mi cuello, el otro estaba en mi pelo, bajando por mi espalda, y luego bajó más hasta que sus dedos volvieron a jugar con mi clítoris.

Fue demasiado para mí, ya que su pene estaba profundamente metido en mi vagina. Estaba cerca de un orgasmo, pero me había ordenado que me fuera con él.

Traté de controlar mi respiración, para igualar su ritmo mientras se abalanzaba sobre mí, pero podía sentir que se había adelantado.

—Eso es, princesa. Despacio y con calma. Vente cuando te lo diga, no antes—, dijo,

gruñendo peligrosamente en mis oídos.

—Sí, Dio—, dije, con una voz más dulce mientras me empujaba contra la pared con cada golpe de su pene.

—Dime lo que quieres. ¡Dime, Ana! — dijo y yo intenté formular las palabras. ¡No era el momento de hacer un plan detallado de todo lo que quería de él!

—Te quiero.

—Ya estoy dentro de ti. Dime qué más quieres. Suplícame.

—Quiero que entres dentro de mí. Quiero todo...

—Ruégame, princesa.

—Por favor, Dio, lléname con tu semen. Vente dentro de mí, por favor—, supliqué, gritando de placer mientras sentía su pene acariciando ese punto en mí que no necesitaba más provocación.

Lo escuché gruñir fuertemente mientras se soltaba, su cuerpo temblando detrás de mí, sus manos temblando.

—¡Vente ahora, Ana! —, tronó y me quejé mientras me liberaba. Nuestros orgasmos estaban sucediendo juntos. Mi cuerpo subiendo y bajando, mis pechos presionados contra la pared, mi garganta agrietada y seca por todos los gritos. Podía sentir que se drenaba dentro de mí, sus jugos se disparaban dentro de mí estaba ordeñado hasta la última gota de sí mismo en mí.

Mi respiración tardó más tiempo que la de él en normalizarse, y cuando lo hizo, sentí que se deslizaba fuera de mí.

—Ven aquí, hermosa—, dijo, tirando de mí por la cintura.

Cayó de espaldas y yo caí con él, tendida sobre su pecho. Me sentí pequeña y sin embargo completamente segura en sus brazos. Los envolvió a mi alrededor, con su respiración tosca y áspera en mi oído. Me besó en la mejilla mientras ambos mirábamos al techo, tratando de recuperar el aliento.

—Aidan...— Dije, después de haber estado en silencio durante demasiado tiempo. No había nada más que el eco de nuestra respiración en el baño.

—Ana...— dijo y yo sentí que estaba sonriendo. Yo también estaba sonriendo. Todo lo que hicimos fue increíble.

—¿Se ha acabado? ¿La guerra?

—Está bajo control, princesa. Sólo necesitábamos asegurarnos de que supieran que seguimos a cargo de nuestro territorio—, dijo. Me moví en sus brazos, su pene estaba empezando a volver a su tamaño en reposo, pero pude sentirla clavarse en la parte posterior de mis muslos y me sentí excitada de nuevo. ¿Hablas en serio? ¡Déjalo ya, Ana! No pude evitar reírme de los pensamientos

que pasaban por mi cabeza.

—¿Vas a estar a salvo? — Dijo y escuché una pequeña risa que brotó de él.

—Sí, princesa. Estaré a salvo. Nada me alejará de ti, ni siquiera unas pocas balas aquí y allá —, dijo y me torcí el cuello para echarle una mirada deslumbrante. Dio rió.

—Estoy bromeando—, dijo y luego me acarició la mejilla con su dedo. Nos mirábamos a los ojos y sabía que siempre se saldría con la suya en nuestra relación, mientras me mirara así.

—Estoy enamorado de ti.

Sus palabras salieron de la nada, golpeándome en la cara como un saco de patatas. No podía creer lo que había escuchado. ¿Cómo fue capaz de usar esa palabra? ¿Cómo podía un hombre como él estar enamorado de otra cosa que no fuera de sí mismo y su motocicleta?

Me tambaleé, por el shock más que por otra cosa... porque sabía exactamente cuáles eran mis sentimientos. Los había estado experimentando en mi cabeza durante mucho tiempo.

—No espero que digas nada, Ana. Sólo quería que lo supieras—, dijo y supe que ya me había tomado demasiado tiempo para responder apropiadamente.

—No, quiero decir algo. Te amo—, dije y me deslice hacia arriba, sobre su hombro y mi cabeza quedo apoyada suavemente contra el suelo. Nuestras caras estaban al mismo nivel. Entonces él sonrió. Los hoyuelos de sus mejillas se hicieron más profundos, y sus ojos azules brillaron mientras nos mirábamos.

—Nunca haré nada para lastimarte, Ana—, dijo y anudó un mechón de mi cabello alrededor de su dedo índice, perezosamente.

—Sé que no lo harás. Confío en ti—, le dije, y luego se acercó y me besó la punta de la nariz.

—Siempre estarás a salvo conmigo—, dijo.

—Y feliz—, añadí y ambos sonreímos.

No podía imaginar un momento en mi vida en el que no estuviera feliz y satisfecha con este hombre. No necesitaba nada más, aparte de su presencia en mi vida.

—He aprendido de los errores de los demás... de mi padre. No quiero repetirlos y te doy mi palabra—, dijo y yo le acaricié la cara en el pliegue de su brazo, respirando su potente aroma masculino. Nada podía ser más puro o más poderoso que ese instante.

Yo había cometido errores propios, errores de juicio y Dio me había salvado del más grande.

—Yo he aprendido de mis propios errores. Ahora sé lo que es bueno para mí, lo que es correcto para mí... y tú eres eso—, dije y nos besamos de nuevo, un lento y dulce beso en el que me perdí. Cuando terminamos de besarnos, vi que sonreía y me pregunté si se sentía tan feliz como yo. No, era posible que fuera de otra manera, porque era él quien me mantenía segura y caliente.

Nos quedamos así por un rato más, en los brazos del otro en el piso del baño. En algún momento, nos quedamos dormidos y fue la primera de muchas... de interminables... maravillosas noches juntos.

Epílogo

Un año después

Dio

—Mi único problema con esta boda, es que no se permiten strippers—, dijo Cobra, intercambiando miradas de risa con Slash. Yo miraba mi reflejo en el espejo, mientras mamá me ayudaba a arreglar mi pajarita color vino.

—¿Lo dejarán en paz? Está tratando de ser un ejemplo para ustedes, así que aprendan de él—, les dijo mamá bromeando, y ellos continuaron riéndose. Sus ojos brillaron mientras me miraba en el espejo. Pude ver que estaba orgullosa. Establecerse con una buena mujer, no era algo que esperaba de su hijo. Ella sonreía y yo estaba feliz de que ella también lo estuviera.

—Felicidades, hermano—, dijo Reyes, golpeándome la espalda, justo cuando papá entraba en la habitación.

—Despejad, chicos. Necesito hablar con mi hijo—, dijo.

Papá ya estaba en su traje... un atuendo con el que nunca lo había visto antes. Estaba de pie en la puerta de la habitación, con las manos juntas delante de él.

Reyes, Slash y Cobra me dieron una palmadita en el hombro para felicitar me cuando salieron. Mis mejores hombres. Mis hermanos. Mamá también besó a su marido en la mejilla antes de salir de la habitación. Pude ver que estaba en un romántico estado de ánimo.

Metí una mano en el bolsillo de mi pantalón, mientras lo miraba por el espejo. Permaneció de pie donde estaba y me pregunté si todavía desaprobaba en secreto esta relación. Sabía que le gustaba Ana, de hecho, la adoraba. Ese no era el problema. El problema era que me casaba con ella. Era más que una relación casual con una chica hermosa que no podía dejar de lado.

Papá respiró profundamente y me encontré con sus ojos.

—Tu hermana está ahí fuera—, dijo y yo asentí con la cabeza.

—Ya la he visto—, le dije. Miriam rara vez nos visitaba, alejándose de nuestro estilo de vida lo más posible. Yo lo prefería así, pero no iba a perderse la boda de su hermano. Tenía que verlo por ella misma para creerlo.

Papá estaba tranquilo otra vez, acariciando su barba entrecana. Sabía que tenía algo que decir y deseaba que lo dijera.

—Si tu madre no se hubiera quedado embarazada de ti, hijo, nunca me habría casado con ella—, dijo y yo apreté la mandíbula. Esto no era exactamente algo que quería escuchar el día de mi

boda.

—Sí, siempre tuve esa sensación—, dije y él se acercó a mí.

—No me malinterpretes, Aiden, amo a tu madre. Ella es la única mujer en el mundo que puede mantenerme bajo control—, dijo y yo miré hacia otro lado, y me volví para arreglar mi pajarita de nuevo. Intenté imaginarme a Ana, caminando por el pasillo hacia mí, para concentrarme en cualquier cosa menos en esta mierda por la que mi padre había decidido hacerme pasar.

—Pero el matrimonio nunca estuvo en las cartas. Nunca me imaginé como un hombre de familia—, continuó, sin entender la indirecta.

Lo miré a través del espejo. Se había detenido justo detrás de mí, mirándome de arriba a abajo.

—Crees que estoy cometiendo un error. Que voy a cargar con responsabilidades, y con una mujer y niños—, dije, con una voz muerta y él asintió con la cabeza.

—Sí, tendrás responsabilidades. Ahora eres responsable de otra vida, y cuando tengas hijos, serás responsable de las tuyas también—, dijo y yo apreté la mandíbula. No me importaba una mierda lo que él pensara de este matrimonio. No quería nada más que casarme con Ana. Este había sido el año más feliz de mi vida y había estado jodidamente increíble.

—¿Pero cometer un error? No lo creo—, dijo y mis cejas se cruzaron de sorpresa. ¿A dónde iba con esto?

Papá extendió la mano y la puso en mi hombro y mis músculos se endurecieron.

—Ana es una buena mujer, y hace feliz a tu madre. Más importante aún, te hace feliz y te mantiene con los pies en la tierra. Así que, no, no creo que estés cometiendo un error, hijo. Creo que estás tomando la mejor maldita decisión de tu vida—, dijo.

Papá me tendió la mano y, aún en estado de shock, la estreché. Nos sonreímos el uno al otro y vi la mirada de orgullo en sus ojos.

—Ahora sal y cástate con esa mujer antes de que huya con Reyes o con alguien más. Demonios, si fuera unos años más joven...— Papá dijo con una risa y yo juguetonamente le di un puñetazo en el hombro.

—No termines esa frase, papá—, dije, sonriéndole y él cerró la boca.

—Gracias—, añadí y él asintió con la cabeza.

Tenía razón, fue la mejor decisión de mi vida y no podía esperar a tomarla.

Ana

Clara fijó las delicadas petunias rosas en mi pelo, mientras me sentaba frente al espejo. Ella retrocedió y miró su obra, complacida. Luego aplaudió con entusiasmo.

—Eres la novia más hermosa que he visto nunca. ¡Incluso en las revistas! — Lloró y me pareció ver una lágrima brillando en los rincones de sus ojos. Me sonrojé y le sonreí a través del espejo.

Mi vestido era un vestido largo y blanco. Una lluvia de cristales brillaba por todo el vestido. Dio había insistido en que llevara un vestido con diamantes. No se escatimaron gastos. Había encargado a un diseñador francés de vestidos de novia que volara desde París y me hiciera el vestido a mano, así que decir que estaba satisfecha con él, era quedarse corto. Me quedaba perfecto y se movía cada vez que me movía.

Había optado por no usar la tiara o el velo, y en su lugar, animé a Clara a diseñar una corona de petunia para mi pelo. Zafiros azules brillaban en un collar alrededor de mi cuello y colgaban en dos pendientes desde mis orejas. Nunca antes me había sentido tan extravagante o hermosa.

—¿Listo? ¿Debemos salir? Es la hora, cariño—, dijo Clara y se inclinó para darme un beso en la mejilla. Reyes me iba a entregar. El mejor amigo de Dio.

No tuve ninguna conexión con mis padres, desde que me mudé de casa y empecé a vivir con José. Había enviado las invitaciones, pero estaba segura de que no iban a asistir a la boda. No sabían nada de mi vida, ¿por qué estarían interesados?

Escuché que la puerta se cerraba y luego se abría detrás de mí.

—Ana—, la voz de mi padre me sorprendió y casi grité cuando lo vi en el espejo, parado en la puerta.

—¡Papá! — Lloré y me levanté, mi vestido se balanceaba a mi alrededor. Él se apresuró hacia mí, alcanzando mis manos.

—Te ves hermosa, cariño—, dijo y me dio vueltas para verme bien. No lo había visto en años, no había oído su voz...

—¿Qué estás haciendo aquí? No pensé que vendrías. ¿Mamá también está aquí? — Yo lo estaba abrumando con preguntas y papá se rió.

—Por supuesto que asistiríamos a la boda de nuestra hija. Y ella está aquí, sentada fuera, charlando con la madre del novio—, dijo y me sonrojé. Nunca imaginé que Ruby conocería a mi madre. No se convertirían exactamente en las mejores amigas, lo sabía, pero me alegraba que al menos lo intentaran.

—¿Vamos? Podemos hablar más tarde. Debería entregarte primero, para que te cases con ese hombre—, dijo y me sorprendió ver que papá sonreía. Estaba realmente feliz por mí. Pensaba que nunca había aprobado ninguna de mis decisiones... pero ahora empezaba a preguntarme si era sólo a José a quien no aprobaba.

Me agarré de su brazo, mientras me acompañaba fuera de la habitación, y nos sonreímos el uno al otro mientras nos acercamos al pasillo.

Escuché la música en su apogeo, y todos se pusieron de pie a ambos lados del pasillo y mi corazón latió fuertemente en mi pecho.

Dio estaba de pie al final del pasillo. Nunca antes lo había visto con traje, y no podía creer lo absolutamente hermoso que se veía.

Su pelo peinado como siempre con ese perfecto corte, sus ojos azules brillantes, haciendo juego con el pañuelo de su esmoquin. Su corbata de lazo era de un color rojo intenso y se veía musculoso y atlético con esa ropa que le quedaba tan bien. Estaba lleno de atractivo sexual, y sabía que todo el mundo podía verlo.

Casi quería separarme de papá e ir corriendo hacia él. Quería que me levantara en el aire, me diera vueltas y me besara. Aunque caminaba hacia él, acercándome cada vez más, todavía me sentía como si hubiera pasado una eternidad desde que nos besamos.

Dio parecía sorprendido cuando me vio acercarme. Parecía como si alguien le hubiera dado una bofetada en la cara y no sabía cómo reaccionar ante eso. Sus ojos se agrandaron y su boca se abrió, luego vi como se hundía en el suelo, se encorvó sobre sus rodillas y su mano voló hacia su boca. Era como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Algunos de nuestros invitados se rieron, otros aplaudieron y yo no pude evitar reírme con ellos.

—¡Me voy a casar con esta mujer! — Dio gritó a todo pulmón y la gente lo vitoreó aún más.

Sus tatuajes permanecían ocultos hoy, pero algunos se asomaron por debajo de sus puños. Su barba estaba bien cuidada y limpia y no podía quitarle los ojos de encima. Yo también quería gritar, ¡me voy a casar con este hombre!

El año pasado fue el mejor y más emocionante viaje en montaña rusa que pude haber experimentado. Habíamos encajado el uno con el otro sin problemas. Pasamos nuestros días separados, yo estudiando, Dio en el trabajo... pero ni una sola vez, ni siquiera una noche, dormí en otro lugar que no fuera nuestra cama. A mi lado. Manteniéndome caliente.

Confiaba en él ciegamente. No había hecho nada para traicionar esa confianza y me dio completa libertad para vivir mi vida como yo quería. Así que también le di completa libertad a él. Trabajábamos bien juntos, de hecho, trabajábamos muy bien y con cada día que pasaba, sentía que me estaba enamorando de él aún más. Si eso fuera posible.

Los amigos de Dio, Reyes, Slash y Cobra estaban a su lado. Sus rostros también estaban con una sonrisa, mirándome mientras caminaba hacia su mejor amigo, a pocos metros de atarlo a una vida de domesticación, pero a ninguno de ellos le importaba. Yo era como una hermana para ellos, todos éramos una familia.

La figura de Big T llamaba la atención entre la multitud, luego Angello que me miraba, Ruby estaba sentada al lado de mi madre. ¡Estaban tomadas de la mano! ¡¿Que le estaba pasando al mundo?!

Y luego estaba frente a él, a una pulgada de distancia de él. Dio no esperó a que yo soltara el brazo de papá. Me tomó la mano atrayéndome, directamente hacia él. Sus labios cubrieron los míos y me inclinó hacia atrás mientras me besaba profundamente. Había ovaciones a nuestro alrededor, la gente aplaudía y cuando me soltó, me sonrojé.

—¡No se suponía que hicieras eso! ¡Todavía no estamos casados! — Lo regañé juguetonamente, mi voz se ahogaba bajo los vítores y el parloteo de nuestros invitados. Dio se inclinó hacia mí y respiró hondo, como si quisiera decirme un secreto.

—Tendrías que haber dicho algo antes, cuando te hacía venirte con mi boca—, dijo con una sonrisa. Tuve que mordirme el labio para no reírme.

—Damas y caballeros... estamos reunidos aquí hoy...— el sacerdote comenzó a decir y nos vimos obligados a mirar al frente. ¡Apúrate ya! Dije en voz baja.

Estoy lista para que este hombre me tome como esposa.

FIN